

**EL PENOSO NACIMIENTO DE MIGUEL GODÍNEZ**

**O...**

**Tratado sobre la sífilis**



**Cuentos**

**MARCELO COLUSSI**

**inSurgente★org**

# ÍNDICE

Un recuerdo perturbador	1
Frascos de formol	3
Sorpresa	6
¡Muere, hijo de puta!	10
Un error	12
¿Brujería?	16
Suicidios	22
Mea culpa	31
El hijo de Paganini	37
Enigma resuelto	43
No me atraparán	45
Catástrofe	48
Amores que nunca acaban	50
El Doctor	54
Cuento corto y estúpido	60
El pozo	61
Diálogos	66

Teorema	78
Una familia perfecta	81
¿Quién tiene la batuta?	96
Un muerto especial	97
Denuncia sobre neuroarmas	100
Aborto	108
Miss Johnson	114
Racismo a la carta	117
Luz, cámara ¡acción!	126
Accidentes domésticos	135
Herencia maldita	137

## UN RECUERDO PERTURBADOR

Remedando a un sabio chino, esos maestros que hablan poco, con elípticas parábolas, inescrutables las más de las veces, así vivía Salomón en su destartado cuartucho. Eran frecuentes las visitas de gente que se le acercaba pidiendo la luz de su sabiduría. No solo de la comunidad judía, a la que pertenecía, sino de todos los rincones de la diversidad humana. Ávidos de sus consejos, muchas veces quienes lo buscaban debían esperar semanas, meses incluso, antes de ser recibidos por el hermético sabio.

Mi primo H. y su hijo J., que por aquel entonces estaban pasando indecibles penurias, fueron a verlo. Con mucho tiempo de antelación habían gestionado la cita, y finalmente, un gélido miércoles que nevaba mucho, llegaron a su morada. Los dejó estupefactos su presencia: de una edad indescifrable, larga barba hasta el abdomen y aspecto desaliñado, los atendió sin mirarles nunca a los ojos.

*“Maestro, no sabe la emoción que nos embarga de poder llegar a usted”.*

*“¿Qué quieren de mí?”,* respondió con voz áspera, cortante.

*“Mi esposa, es decir: la madre él”* -señalando a su hijo- *“está sumamente afectada y nadie le encuentra solución”.*

*“¿Qué le sucede?”,* preguntó enterneciéndose algo.

*“Ella es hija de una señora que estuvo en Buchenwald, y continuamente tiene pesadillas donde grita, en idish: «¡a los gitanos, a los gitanos!»”.*

El silencio se hizo sepulcral. Por varios minutos el tiempo pareció detenerse. De pronto, de los ojos del Maestro comenzaron a caer unas lágrimas. Preguntó luego, con voz pausada:

*“¿A los gitanos?”*

*“Sí, Maestro. Y casi todas las noches sueña eso. Incluso se levanta sonámbula, sigue gritando eso, y destruye la vajilla. ¡Usted no sabe todos los platos y vasos que ya ha quebrado!”.*

*“¿Qué color de ojos tiene?”,* preguntó desconcertando a los consultantes, que quedaron sorprendidos.

*“Celestes como el cielo”.* El silencio nuevamente ganó la escena. Luego de una tensa espera, mi primo prosiguió:

*“La hemos llevado con los mejores médicos y psicólogos, pero nadie le encuentra cura... ¿Qué debemos hacer, Maestro?”*

*“Una noche de luna llena, sin nieve pero con mucho frío, hacerla cantar «O Tannenbaum» mientras el universo se mueve sin destino fijo, y arreciar en la macroscopía secular”.*

Padre e hijo se miraron estupefactos; no sabían cómo reaccionar. Si la respuesta había sido una alegoría, una profunda metáfora, era absolutamente incomprensible. Salomón quedó mudo, mirando el infinito. Los consultantes, mirándose entre sí con gesto despavorido, también quedaron mudos.

Luego de un momento, el Maestro agregó:

*“Y no reparar en gastos...”*, frase que se hizo más enigmática aún.

Como el silencio se prolongaba tenso, mi primo y mi sobrino -según me contaron luego- optaron por retirarse. Lentamente se incorporaron, y esbozando un tímido saludo que no fue respondido por Salomón -que seguía en trance- salieron de la habitación.

Días después se supo que el presunto adivino y sabio iluminado, al escuchar hablar de la *Shoah*, el Holocausto -que él había sufrido en sus mocedades como judío oriundo de la ciudad de Leipzig siendo destinado a Auschwitz-, entró en crisis psicótica. Sus orientaciones, siempre ofrecidas en ese tono hermético que los consultantes aceptaban como sesudas elucubraciones, insondables y crípticas formulaciones que daban para pensar, eran en realidad floridos delirios. Ahora, en el Hospital Psiquiátrico de U., recuerda con obstinada meticulosidad cada día pasado en el campo de concentración.

## FRASCOS DE FORMOL

Gilberto nunca decía “no” a nada. Era ya proverbial su amabilidad. No discutía con nadie, siempre con una sonrisa en su rostro.

En el grupo juvenil de la iglesia donde actuaba, algo en tren de broma, le apodaban “el santo”. En realidad, más que broma parecía una realidad. “*Un pan de dios*” era la expresión que mejor le cuadraba, que lo describía en su integridad.

Sin explicación lógica posible, era el preferido de su abuelo entre sus ocho nietos. Don Maximiliano, el más acaudalado terrateniente de la zona, legendario por sus amoríos y por su violencia -tenía varios muertos en su haber, siempre en “defensa propia”, según rezaban los partes policiales, así como incontables hijos extramatrimoniales- gustaba decir que Gilberto era su “*único y verdadero sucesor*”.

De hecho, ambos eran dos gotas de agua: sus características de “*raza superior*”, como solía expresarse el viejo hacendado, les hacía sentirse en un plano especial. Abuelo y nieto superaban el metro noventa de altura, y la blancura de sus pieles, así como el azul profundo de sus ojos y el amarillo reverberante de sus cabellos, no tenían parangón. Por lo pronto, Gilberto era el único de sus descendientes que hablaba en perfecto alemán con el viejo (lo había estudiado con obsesiva perfección en la *Deutsche Schule*).

Del pasado de don Maximiliano nadie sabía mucho a ciencia cierta. Oscuramente se tenía idea que había llegado a ese rincón de aquel país latinoamericano escapando de la guerra. No más que eso. Y que tenía mucho dinero. Dada esa opacidad, se habían ido tejiendo distintas leyendas a su alrededor. El viejo terrateniente, siempre enigmático, impenetrable, sonreía levemente tras su máscara pétrea. Las dos pistolas que cargaba en su cintura, más el infaltable machete, clausuraban todas las preguntas.

Gilberto despertaba ternura. Ese “pan de dios”, ese “santo”, parecía de otro mundo: su actitud casi beatífica, su candidez, el hecho de jamás proferir insultos, le daban un aire especial. Resultaba raro que un tipo como su abuelo, quien aún era partidario de utilizar el látigo para castigar a sus trabajadores en ciertas ocasiones, ponderara tanto a ese inocente jovencito de aspecto angelical. Si algo los unía, era su compartida afición por la entomología. Ambos dedicaban, por separado o a veces juntos, largas horas a buscar y clasificar insectos.

Nadie conocía de la secreta pasión de Gilberto, quien solía perderse tardes completas en las zonas boscosas de la heredad de su abuelo: buscaba insectos... para descuartizarlos. Don Maximiliano, a su vez -también en secreto- era un consumado descuartizador de animalitos. En su estudio -decorado con pomposa suntuosidad- exhibía interminables frascos con piezas de bichos varios, y en las paredes se mostraban numerosas cabezas embalsamadas de distintos animales.

Cuatro cráneos humanos sobre su escritorio daban un toque tétrico al lugar. Las empleadas domésticas buscaban como escaparle a la limpieza de esa habitación; el aire lúgubre de tanta botella con formol, mariposas y murciélagos atravesados con alfileres y bocas rugientes de animales momificados las espantaba.

Solo Gilberto mantenía una muy cordial relación con el abuelo; tanto sus hijos como los nietos miraban al anciano con temor, con cierta desconfianza. Había algo de siniestro en su figura. Sin buscarlo, espantaba. ¿Qué había en ese nieto, el “alemancito”, con el que mantenía un trato tan cordial?

Gilberto, sin que pareciera darse cuenta de ello, era continuamente víctima de acoso. Muchas veces, un acoso sutil o, en todo caso, abusaban de él. Dada su generosidad, como nunca se negaba a nada, terminaba siendo el obligado chofer de todo su grupo de amigas y amigos. Tenía un lujoso vehículo cero kilómetro, que los dividendos de la hacienda permitía comprar. Pero él casi no lo disfrutaba: era más el tiempo que dedicaba a llevar pasajeros gratis que lo utilizado para sí mismo.

Un hecho especialmente importante en su vida, silenciado por Gilberto durante mucho tiempo, fue el aborto que, sin quererlo, terminó apañando. Se puede decir que nunca tuvo novia; en todo caso, más de alguna mujer lo sedujo, incluso lo llevó a la cama. Como él nunca decía que no, se dejó. Fue así que Alicia, hermosa morena veinteañera, quedó embarazada. El procedimiento quirúrgico lo terminó pagando Gilberto, sin saber que el dinero que daba era para eso. Cuando supo que ya no sería padre, casi desespera. La muchacha, sin mayor trámite, lo dejó. A partir de ahí la actitud del joven -23 años tenía en ese entonces- empezó a cambiar.

Coincidió todo ello con la muerte de su abuelo y de sus padres en un accidente aéreo. Los tres, junto con el piloto, cayeron en la avioneta particular propiedad de don Maximiliano, dirigiéndose alguna vez hacia la ciudad de P. El testamento del viejo alemán era explícito: Gilberto era el único -¡el único!- heredero de sus propiedades: Hacienda La Moderna “*con todo lo clavado y plantado*” (se quitó la indicación que rezaba “*indios incluidos*”, por ser una rémora impresentable en la actualidad), alrededor de una docena de propiedades en la capital, varios vehículos, la avioneta, un lujoso yate.

Por supuesto, toda la familia reaccionó airada. Sus tres hermanos, tres tíos y ocho primos no lo podían creer. El odio que se disparó entre todos ellos fue volcánico, incontenible. De todos modos, no había modo de reaccionar jurídicamente contra el beneficiado: el texto del documento legal no daba lugar a malentendidos.

Pero siempre se encuentran alternativas. Como el dinero lo compra todo, en un complot del más alto hermetismo, varios de los familiares lograron “convencer” a un juez. Así fue que se intentó declarar *insano mental* a Gilberto. Cuando el joven se percató de la artera maniobra, ya su suerte estaba echada. O, al menos, eso era lo que pensaban los otros descendientes.

Hasta donde se sabe, el joven no tuvo ninguna asesoría; fue enteramente su elucubración. Lo cierto es que, un día antes de la audiencia fijada por el juzgado, Gilberto citó a la familia al despacho que otrora fuera de don Maximiliano. No se conocen los detalles exactos, pero el voraz incendio terminó con la vida de los diez familiares presentes, así como con la de tres empleados de la casa. Gilberto se salvó de milagro. Los cuatro que no murieron carbonizados, quienes no estuvieron aquel día en la reunión por diversos motivos, fueron apareciendo descuartizados tiempo después, sin ninguna explicación. Ahora, en su nueva casa -un apartamento bastante modesto en el barrio M., en la capital- en la habitación convertida en estudio, exhibe cuatro cráneos, igual que lo hacía su abuelo. Y varios frascos con formol con piezas biológicas. Él dice que son insectos y partes de animalitos que diseccionó. En realidad, nadie se lo cree.



# SORPRESA

## Marcelo Colussi y alguien más (cuento a cuatro manos)

Esteban y Silvina eran dos personas que se consideraban exitosas. Sin cuestionarse mucho qué significaba ese “éxito”, sus vidas giraban casi por entero, obsesivamente, en torno a esa idea. Cumplían a cabalidad con todos los elementos que, según lo establecido, les conferían ese, para ellos, tanpreciado don. Eso los mantenía orgullosos, quizá un tanto pedantes. “*No todo el mundo es exitoso*”, razonaban. Por tanto, ellos se salían de esa “mediocridad de perdedores”.

Habían hecho carreras meteóricas en sus respectivas profesiones. Ella, 31 años, arquitecta, trabaja en un estudio de los más renombrados de la ciudad. Era allí, pese a su relativamente corta edad, pieza clave. Los tres arquitectos dueños de la empresa estaban fascinados con su trabajo. Y también con ella. Su belleza impactaba tanto como su talento profesional. De hecho, en la universidad privada donde había estudiado, había sido nombrada “Miss Arquitectura” en más de una oportunidad. Su costoso vehículo era la envidia de sus compañeros de trabajo. Las propuestas para salir, siempre desestimadas por Silvina, le llegaban en cantidades industriales. Sabía poner distancia con los “*buitres que merodeaban*”.

Él, también 31 años, administrador de empresas, se había graduado a los 23 años con todos los honores, y tenía ahora dos maestrías. Como manejaba el inglés a la perfección -había pasado su adolescencia en Estados Unidos- no le costó ascender meteóricamente en una empresa multinacional de ese origen que operaba en su hispanohablante país, siendo gerente de operaciones. Era un adicto al trabajo, donde pasaba de doce a catorce horas diarias.

Después de un noviazgo de seis años, durante las épocas universitarias, se casaron con todas las de la ley. Provenientes los dos de familias de clase media acomodada, tuvieron como regalo de bodas en un esfuerzo conjunto de los padres de ambos un bonito apartamento. Ahora, tras tres años de matrimonio y sin hijos a la vista por el momento, por decisión de la pareja, se embarcaron en un crédito hipotecario para adquirir una lujosa quinta en una exclusiva zona. Piscina en su amplio jardín, estacionamiento para seis vehículos y ocho habitaciones en la lujosa casona eran, al menos para su criterio, una inequívoca muestra de éxito. No había cancha de tenis aún, pero ya la harían.

Como cada vez trabajaban más y más -había que pagar la mansión- su vida en común se limitaba a unos minutos en el desayuno y un furtivo encuentro por las noches, agotados ambos, con el único deseo de descansar. Su vida sexual iba quedando limitada a ocasionales encuentros -cuando se podía- los fines de semana. De eso no hablaban mucho. El éxito consistía, en todo caso, en mostrarse siempre sonrientes, sin preocupaciones a la vista, muy bien vestidos y, en lo posible, bronceados. Todo lo cual lograban con creces -también el bronceado-.

Iba todo viento en popa, al menos en los íconos que entendían debían hacerse públicos. Casa y vehículos lujosos, buena ropa, ocasionales salidas a los restaurantes más elegantes y sonrisas por doquier los mantenía satisfechos. Buena parte de los orgasmos de Silvina eran fingidos, pero eso no importaba. Ella suponía que Esteban se daba cuenta, pero no valía la pena preguntar. Sus treinta y dos pares de zapatos, más otros numerosos oropeles, silenciaban esos espinosos asuntos. Saberse codiciada por los varones del estudio, aunque con ninguno jamás fuera a tomarse un café, también servían para sentirse feliz.

Para Esteban el éxito estaba en sentirse “triunfador” siendo gerente -uno de los cinco gerentes de la empresa- a tan corta edad; de hecho, el más joven de todos. Sus frecuentes viajes a Los Ángeles, donde estaba la casa central, lo hacían sentir orgulloso. También saber que su esposa era codiciada por tantos hombres, y que ella no optaba por ninguno, sino solo por él.

Pero un nubarrón apareció de pronto. La multinacional entró en un período de crisis y decidió reorganizar sus estrategias comerciales. La reducción de personal fue una de sus más drásticas medidas. Esteban, aunque con una cuantiosa indemnización, se encontró desocupado por vez primera en su vida.

El golpe fue duro. Prefirió no contarlo a nadie; le daba particular vergüenza sentirse sin trabajo, sin ingreso. Su preocupación mayúscula, igual que la de Silvina, fue la de si podría mantener el tren de vida llevado hasta ese entonces. Pero más aún, saber si podrían continuar pagando el crédito con el banco para la lujosa mansión que habitaban. La sola idea de tener que dejarla -a la mansión, claro- lo trastornaba. No podía soportar esa idea; hasta se le cruzó lo de suicidio si eso se llegara a concretar.

Silvina decidió sacrificarse. Hablaría con los arquitectos del estudio para pedirle trabajos extras. Ella podía dedicarse a dibujar planos, tal como hacían los estudiantes, fuera del horario de oficina. Eso traería dinero extra. Sus empleadores estuvieron de acuerdo, contó a Esteban, y se quedaría todos los días algún tiempo luego del horario de cierre. Todo fuera por no dejar de pagar ese bendito crédito.

De esa forma, ella comenzó a llegar más tarde todas las noches. Primero, un par de horas más de lo que habitualmente solía hacer antes. Paulatinamente esos tiempos extras se fueron haciendo más largos; así, fue habitual que apareciera de vuelta por la casa a las 22 o 23 horas. A veces, incluso, después de medianoche. Esteban no estaba muy de acuerdo, pero aguantaba eso resignado. Mientras, buscaba afanosamente un nuevo puesto.

Así pasaron cuatro largos meses; él, cada vez más ganado por la angustia, ella, aportando una considerable entrada extra a la casa, y llegando cada vez más tarde por las noches. Pero el buen humor de ambos, aún un poco forzosamente, no desapareció. Hasta que, por fin, Esteban volvió a conseguir el anhelado trabajo.

Después de varias interminables entrevistas, una empresa farmacéutica de origen europeo lo contrató para su Departamento de Mercadeo, con un sueldo casi similar al anterior. La alegría de la pareja fue enorme, y lo festejaron en forma.

También Esteban lo quiso festejar por su parte. Con algunos de sus amigos más íntimos, y con dos primos con quienes mantenía una relación sumamente estrecha, salieron una noche de viernes, como en su época de soltero. La idea era tomar unos tragos, casi gastando a cuenta del futuro salario. El lunes siguiente comenzaba en su nuevo puesto.

El festejo se prolongó varias horas, con bastantes copas y mucha alegría. Uno de los miembros del grupo propuso terminar la noche *“como dios manda: yendo de putas”*. Esteban dudó si dios mandaría eso, pero impulsado por los vapores etílicos, aceptó. Eso no era común en él; era una práctica que muy ocasionalmente había tenido en sus épocas de estudiante. No estaba del todo convencido, pero motivado por sus amigos, lo vio como una travesura pasable. *“Silvina no se va a enterar. Además... una vez por año no hace daño”*, se dijo.

Decidieron llamar a una empresa VIP de sexoservidoras, de esas que van a domicilio con personal “especialmente seleccionado”, todas jóvenes muy bonitas, muy discretas, y “dispuestas a todo”, según la tarifa que se pague. Por supuesto, aceptan tarjetas de crédito, e incluso dan factura. “Servicio de masaje”, anotan en la descripción del producto.

Pidieron tres mujeres para los seis varones de la reunión. Ya sobre la marcha verían cómo se distribuirían y qué les ordenarían hacer específicamente. Las esperaron en el apartamento de soltero de uno de los amigos: Julián, el más joven, de muy buena posición económica. Como casualmente esa fecha era noche de Halloween, aparecieron disfrazadas, estruendosamente maquilladas y con sendos antifaces. La sorpresa de Esteban fue mayúscula al ver a las trabajadoras sexuales, pues una de ellas, quizá las más guapa, le pareció que era Silvina. No podía creer que fuera ella, pero la duda lo carcomía. El antifaz no le permitía tener total certeza. Silvina quedó más sorprendida aún, pero no dijo una palabra.

Aunque la sorpresa fue más grande aún, al menos para Esteban, pues el dueño de casa solicitó, sin decírselo a sus amigos, junto a las tres damas, también una mujer trans, o sea un *travestí*. Para Esteban eso fue conmocionante: siempre había querido tener una relación con una mujer-hombre de esas, pero no se había atrevido. Ahora era la ocasión.

Lo detenía la posibilidad que una de esas mujeres fuera Silvina. *“¡Qué vergüenza, si era ella, que se enterara!”*, se dijo. Lo pensó rápidamente, llegando a la conclusión que eso no podía ser. Seguramente los efectos del alcohol le habían nublado un poco la vista y estaba viendo visiones. Así pudo convencerse, y terminó siendo el más activo con la mujer-hombre. Tuvo sexo oral y anal, activo y pasivo; algo de cocaína que apareció por allí -uno de los amigos la aportó- lo ayudó a desinhibirse totalmente.

Silvina, desde el primer momento, quedó azorada. Su disfraz y el abundante maquillaje pensó que la ocultaban bien, por lo que trató de mantener la calma y actuar con todo el profesionalismo del caso. En principio, quedó estupefacta por dos cosas: ser descubierta por su esposo, así como por constatar que Esteban no era tan “santo” como decía. Pero mucho más aún la golpeó ver su conducta homosexual. Pese a no querer ver el espectáculo, no pudo evitarlo. “*Lo peor de todo*”, se decía, “*es que goza más que cuando coge conmigo*” ..., pero no dijo palabra. Varios meses de estar haciendo ese trabajo “extra” le permitieron mantener el aplomo en la oportunidad, fingiendo siempre “*estar pasándola bomba*”.

En un momento, luego de un par de horas de sexo alocado con los otros jóvenes - con su esposo lo evitó siempre-, fue al baño de la casa; ahí se quitó el antifaz -en la empresa le habían pedido especialmente a las cuatro personas asignadas que lo mantuvieran todo el tiempo, para “*darle más sabor a la cosa en Noche de brujas*”-. Así lo hizo ella, pero ya estaba asfixiada. Mientras se arreglaba el cabello y el maquillaje, pasó por la puerta entreabierta Esteban y la vio con la cara descubierta. Ella no se dio cuenta. Fue solo pasar un instante, pero suficiente para constatar que era su esposa. No dijo palabra.

La noche fantástica terminó y todo el mundo, salvo Julián, marchó a sus casas. Algo, o bastante, borrachos llegaron Silvina y Esteban, cada uno en su vehículo con diferencia de unos pocos minutos. Los dos se contaron muy superficialmente lo que habían hecho. El joven administrador relató la parranda con sus amigos, donde todo había estado “*super*”. “*Unos cuantos tragos y escuchamos música toda la noche. Estuvo muy bueno*”. Por su parte, la joven arquitecta contó su “*larga y aburrida jornada*” dibujando planos. “*Ya me dolía la mano de tanto dibujar*”, agregó con cara cansada.

Ambos sospechaban que el otro sabía lo acontecido, pero nunca dijeron una palabra del asunto. Eran especialistas en mirar para otro lado, en simular (los orgasmos, Silvina; que todo anda bien, Esteban). Así pasó el tiempo, siempre ocultando, siempre fingiendo, y finalmente tuvieron la anhelada cancha de tenis.

### ***Post scriptum***

Pasado el tiempo, Silvina sigue “dibujando planos” en horas extras. Ahora aspiran a un Ferrari.

## ¡MUERE, HIJO DE PUTA!

En algún país del África cuyo nombre no es relevante en este momento, en la década de los 70 del siglo pasado tenía lugar una sangrienta dictadura. El general B., colocado en el poder por la confabulación de varias potencias occidentales, aseguraba a las multinacionales del caso los recursos minerales que robaban impunemente.

Las protestas populares se silenciaban a base de muertes, desapariciones y torturas. Como siempre esas potencias, al igual que los organismos internacionales y las principales embajadas, seguían llenándose la boca de palabras altisonantes: “libertad”, “democracia”, “derechos humanos” y cosas por el estilo, mientras miraban para otro lado en relación a las montañas de cadáveres y ríos de sangre que bañaban al país.

El general B. en persona, en muchas ocasiones tomaba parte en las torturas de los opositores políticos. Su megalomanía iba en aumento; las potencias a quienes servía lo aplaudían. Su última demostración de grandeza había sido la adquisición de diez aviones militares de última tecnología, endeudando a la nación de una manera bochornosa. Las protestas, silenciadas siempre a base de sangre y cachiporrazos, no se habían hecho esperar: era vergonzoso gastar esa fortuna en maquinaria bélica mientras el hambre, la malaria y el dengue arreciaban por los cuatro puntos cardinales del país. Las potencias y los organismos internacionales, sin embargo, seguían mirando distraídas para otro lado.

El 17 de junio se celebraba el Día de la Independencia. Era absurdo, patético, más bien triste: un país con 18 grupos tribales diversos, con 18 lenguas y autóctonas y una europea establecida como oficial, impuesta a latigazos, país que a duras penas producía algo de alimentos para su población y que debía importar casi todo, no podía festejar ninguna “independencia”. Pero para el general B. y su equipo de gobierno -otros militares tan sanguinarios como él- representaba un motivo de especial orgullo organizar un fastuoso desfile para la ocasión. Sería el momento de presentar los recién comprados aviones.

Gastando exorbitantes cantidades de dinero en actos celebratorios, el país se engalanó para el festejo. El día indicado, con sus mejores galas, la plana mayor de oficiales se había dado cita en el palco de honor para presenciar la parada militar. Los carteles con la imagen del general B., con su pechera cubierta de medallas, inundaban el paisaje. La población -famélica, en muchos casos descalza- agitaba banderitas nacionales, regalo del gobierno.

El acto central se hacía en la ciudad capital, a orillas del caudaloso río M. Bajo un sol extenuante, soldados y más soldados, tanques de guerra, vehículos militares y toda la parafernalia que servía para reprimir a la población, desfilaba soberbia. Sobre el final del acto hicieron su entrada los aviones. Con pilotos poco

experimentados -habían sido capacitados en el país fabricante de las aeronaves un corto tiempo- la posibilidad de un accidente era algo muy posible. Y efectivamente sucedió.

Dos de los aviones chocaron en pleno vuelo, ante la mirada atónita del público. La gran mayoría, en secreto, festejó. Era una forma, indirecta quizá, pero una forma finalmente, de infligirle un daño a la dictadura. Dos aviones menos, dos posibilidades menos para el pueblo hambreado y reprimido de sufrir los ataques de esa aeronáutica asesina.

En el acto, uno de los pilotos murió con la explosión; el otro pudo eyectarse con su asiento, cayendo en paracaídas en medio del río. Como no había ninguna embarcación militar preparada, solo un bote de pescadores artesanales pudo ir en su rescate. Los hermanos J. y A. salieron presurosos hacia donde flotaba el piloto.

Esto me lo contó A., pidiéndome expresamente que lo mantuviera en secreto. Como acaba de morir, ya viejito -siempre fue pescador-, ahora puedo contarlo. Me relató el susodicho que llegando cerca del piloto, que a duras penas se mantenía a flote en medio del caudaloso río, hizo como que le tendía una mano. Así, si lo observaban desde la orilla, todo el mundo podía ver un intento de salvataje. La verdad fue otra. Ya cerca del siniestrado, simulando tenderle la mano, le dio con el remo en la cara, y con un gancho de los que utilizaban para la pesca, perforó el salvavidas que lo mantenía a flote. Con gesto triunfal le dijo: *¡Muere, hijo de puta! Una mierda menos*".

## UN ERROR

Cecilia pintaba muy bien. Ya había expuesto en un par de galerías, y ahora estaba gestionando una nueva muestra, esta vez en París. Su familia, una de las más adineradas del país, en principio no veía muy bien sus aficiones artísticas, pero con el tiempo fueron aceptándolas. Ahora, ante la posibilidad de exhibir en Europa, padre y madre la miraban encantados.

La joven vivía en un mundo de ensueño. Con sus 22 años recién cumplidos, su vida había sido un cuento de hadas. Educada en los mejores colegios de Suiza, su afición por las artes plásticas la había llevado a su corta edad a frecuentar grandes maestros de la plástica, de Europa y de Estados Unidos. Ahora, de vuelta en Feudalia, su país natal, seguía pintando, mientras su padre continuaba haciendo más y más dinero con sus numerosas empresas, su madre pasaba su tiempo en tareas de beneficencia y la dictadura militar asolaba la nación.

Su novio, Roberto, a punto de graduarse de ingeniero y listo para viajar a Alemania con un post grado, era su amor de toda la vida. El joven, de familia igualmente adinerada, también vivía en una campana de cristal. Con automóvil flamante cada año -aspiraba a un Ferrari con su primer sueldo y sus ahorros; de momento no trabajaba- prácticamente nada sabía de la sangrienta dictadura en que vivía.

La feliz pareja, alejada de mundanas preocupaciones, llevaba un noviazgo peliclesco. Entre lujos y opulencia, parecían no enterarse de las montañas de cadáveres y los ríos de sangre que marcaban el día a día de Feudalia. La aparición de *“guerrilleros comunistas”* había obligado a la intervención de las *“patrióticas y abnegadas”* fuerzas armadas, para impedir que *“el sucio trapo rojo ondeara en los mástiles impolutos de la república”*. Don Carlos, padre de Cecilia, que había rechazado ser Ministro de Economía en el gobierno del actual presidente de facto, el general Pérez, por considerar que eso lo alejaba de sus negocios, era uno de los principales impulsores de la *“limpieza”* que se estaba llevando a cabo. Hombre público como era -varias veces presidente de la cámara empresarial- había declarado en distintas oportunidades que *“el país estaba pasando por un momento angustiante, y que un poco de mano dura era imprescindible”*.

El general Pérez, intachable militar formado en la Escuela de las Américas, en Panamá, cumplía a cabalidad con lo recomendado (¿exigido?) por el embajador de Estados Unidos y varios de los más connotados empresarios -don Carlos era uno de ellos- en alguna reunión previa al golpe de Estado que lo llevó a la presidencia: *“General, el país necesita de sus buenos oficios. No podemos ser cabeza de playa de apátridas y ateas potencias extraterritoriales, así que... tiene carta blanca para limpiarnos el terreno de esos molestos comunistoides, esos zurditos malolientes que nos traen ideas foráneas”*.

La indicación había sido más que clara. Como buen soldado, el general Pérez sabía cumplir órdenes. Sus doce o catorce horas diarias dedicadas a atender la represión, es decir: los asuntos de Estado, las pasaba encantado. Para él eso no era una pesada carga laboral: era la más sentida obligación llevada a cabo “*con la satisfacción del deber cumplido*”. “*¡Hay que salvar al país de las garras del comunismo internacional!*”, decía plétórico.

Nadie se atrevía a hablar en Feudalia. Las escasas denuncias de violaciones a los derechos humanos que aparecían esporádicamente, eran silenciadas con brutalidad. Cárceles clandestinas, cámaras de torturas, desaparición sistemática de “*personas molestas*” (léase: disidentes políticos), aparición de cadáveres descuartizados en zonas despobladas y patrullajes militares continuos estaban a la orden del día. El país se había vestido de verde olivo.

Cecilia y Roberto seguían su vida de ensueño, ajenos a esa sangrienta realidad. A lo sumo, sabían que había “*algunos bochinchos*”, y que las “*gloriosas fuerzas armadas*” estaban poniendo la casa en orden.

Aquel miércoles por la mañana, Cecilia tenía que ver al maestro Romagnolli, una de las glorias nacionales de la plástica. Feudalia no se caracterizaba precisamente por un alto desarrollo ni científico ni cultural, pero había chispazos geniales por aquí y por allá. Este pintor era uno de ellos. Hijo de inmigrantes italianos, había hecho su vida allí; su talento le había dado fama internacional. Era por eso que la joven artista y millonaria lo había contactado, para que el maestro le sirviera de contacto con la galería de Francia. Romagnolli, sabiendo de la calidad artística de la muchacha, lo estaba haciendo gustoso.

Cecilia y Roberto llegaron a la casa del pintor en el preciso momento en que se estaba llevando a cabo el operativo. Eran tres automóviles sin placa de identificación, con cuatro ocupantes cada uno. Armados hasta los dientes y encapuchados, los matones -después se supo que era personal militar actuando de civil- se estaban llevando a Romagnolli. El maestro -Cecilia no lo sabía, ni siquiera podía imaginarlo- era parte del movimiento revolucionario. Su trabajo consistía en proporcionar logística; sus 62 años no le permitían incorporarse como combatiente, pero su acción era vital para la organización.

La parejita quedó estupefacta al ver lo que estaba ocurriendo. Ambos tenían idea de que esas cosas sucedían, pero preferían ignorarlas. Con sus familias jamás hablaban de eso; era más tolerable reconocer, un poco a medias, que tenían relaciones sexuales prematrimoniales que tocar esos espinosos temas políticos. El padre de Roberto, un acaudalado terrateniente, había donado al Ejército una de sus cuantiosas propiedades en la ciudad capital para que allí funcionara un centro clandestino de detención y tortura. Por supuesto, nadie en su familia sabía nada al respecto.



Cecilia se molestó tremendamente al ver que llevaban a empellones y patadas a su adorado maestro. Sin pensarlo, muy alterada, se dirigió a los gritos, desafiante, a los armados:

*“¿Qué hacen, animales? ¿Por qué tratan así a este caballero?”*

Los matones se miraron sorprendidos, y esperaron instrucciones de quien estaba a cargo de la operación. Luego se supo que era el Capitán de Infantería Eleuterio Monzón. Éste, igualmente sorprendido, se dirigió a la pareja:

*“¿Y ustedes quién mierda son?”*

*“Lo mismo me pregunto yo: ¿quién mierda son ustedes?, ¿qué mierda están haciendo con Marco, con el profesor Romagnolli?”* Era raro que Cecilia utilizara improperios. Más raro aún -para Roberto constituía una sorpresa mayúscula, lo que lo dejó sin palabras- verla así alterada, con el rostro enrojecido y los ojos que le saltaban de las órbitas.

El capitán, por supuesto vestido de civil, quedó perplejo. Luego de pensarlo unos segundos, ordenó a su gente:

*“Llévense también a estos dos. Deben ser cómplices estos hijos de puta”.*

En un santiamén, Cecilia y Roberto estaban encapuchados, esposados e introducidos a la fuerza en los vehículos, entre golpes e insultos. Ahí comenzó su calvario.

Marco Romagnolli intentó explicar que estos jóvenes nada tenían que ver con el grupo guerrillero. Un tremendo culatazo en la boca lo acalló, quitándole varios dientes y partiéndole el labio inferior. Ya en la cárcel secreta, ensangrentados, doloridos hasta morir por los golpes, sometidos psicológicamente con los agravios recibidos -*“¡te vamos a cortar la verga, hijo de puta, y a tu mujer la vamos a violar mil veces!, ¿entendiste?”*- Cecilia y Roberto fueron separados. Cada uno fue alojado en un pequeño calabozo, al igual que hicieron con el pintor. A partir de ahí, ya no volvieron a verse entre sí.

Después de tres días de interminables torturas, Romagnolli repitió por enésima vez que la pareja no pertenecía a ninguna célula, que eran de muy buena familia, y que la muchacha era una excelente pintora que venía a verlo por su viaje a Francia. Hasta ese momento no le creían; sus torturadores pensaban que era una estrategia para que liberaran a dos de sus “cómplices”. Pero eso, repetido hasta el cansancio por el artista plástico, más lo dicho por Roberto, abrieron una duda al encargado de la prisión, el coronel Gómez. El joven, en medio de las palizas recibidas, insistiendo una y mil veces que no tenía ninguna relación con movimiento armado alguno, que no era de izquierda, que era hijo de uno de los grandes ricachones de Feudalia, pudo reconocer el lugar en que se encontraba.

*“Esta casa es de mi viejo. Estoy seguro, porque aquí me vine a masturbar por primera vez en mi vida. Si quieren se las describo completa. ¡Esta casa es de mi familia! ¿Por qué me tienen aquí?”*

Ante tanta insistencia, y ante lo que parecía algo congruente, llamaron al coronel. El oficial en persona vino a preguntar cómo estaba la situación. Después de un largo interrogatorio, esta vez sin golpes ni blasfemias atemorizantes -“*imprescindibles para un buen trabajo de investigación*”, según rezaban los manuales militares- decidió averiguar. En forma urgente presentó el caso a su superioridad, y casi de inmediato todo se iluminó. El presidente de la república, el general Pérez, ya había sido informado por las dos “respetables” familias del drama que estaban viviendo. Don Carlos en persona lo había visitado en su despacho para presentar el cuadro de situación: hacía tres días que su hija y su futuro yerno habían desaparecido. La primera hipótesis adelantada por las autoridades fue que podía tratarse de un secuestro extorsivo por parte de “esos *malditos bolcheviques*”. Ahora, con lo informado desde “El Hogar de Huérfanos” -así apodaban a ese centro de torturas- las cosas comenzaban a aclararse.

No sabían cómo proceder ante las familias de Cecilia y de Roberto. En sentido estricto, no era un error. Dos personas que se acercaban a la casa de un miembro activo de la guerrilla, perfectamente eran sospechosas de poder pertenecer a la organización. Eran tiempos de guerra sucia, y las verdaderas autoridades de Feudalia -la embajada y el consejo empresarial- habían pedido expresamente “*limpiar el país de comunistas*”. ¿Quién era culpable? ¿A quién acusar?

La familia de Cecilia, recalcitrantemente católica, estaba en total desacuerdo con el aborto. Pero en este caso hizo una excepción. Producto de las violaciones de esos días en cautiverio, la joven resultó embarazada. En total hermetismo, con todas las medidas sanitarias del caso -en Feudalia el aborto era ilegal en ese entonces-, se procedió a detener el embarazo.

Don Carlos intentó entender lo sucedido. Él mismo le había hablado de “carta blanca” al militar que ahora era presidente. Y “carta blanca” significaba todo eso: hacer lo necesario, cualquier cosa, saltando todos los límites imaginables, para detener esa “*enfermedad pestilente del comunismo*”. De todos modos, no estaba en los planes lo sucedido con Cecilia y Roberto. Obviamente, eso no podía esperarse; había sido un exceso, uno más de los miles y miles cometidos durante la dictadura. ¿Un error? “*Suerte perra la mía*”, se maldecía don Carlos. “*¿Por qué me tuvo que tocar esto? ¿Por qué?*”

Fue la presión familiar, fundamentalmente la de su esposa, la distinguida doña María de las Mercedes González Casanova y de Fuentes, señora de J., la que terminó obligándolo a tomar la decisión. Don Carlos, a partir de las conversaciones mantenidas con el embajador, William H., quien quedó impresionantemente consternado al conocer el caso teniendo que pedir instrucciones a Washington, hizo lo imposible por remover al general Pérez. “*En realidad este pobre hombre no tenía la culpa*”, declaró alguna vez con unas copas de más a algunos de sus más íntimos

amigos, varios de ellos empresarios estadounidenses, hablando en elegante inglés británico. “*Fueron las circunstancias*”. Finalmente, aunque la carnicería continuó, Pérez fue reemplazado.

Las heridas físicas fueron sanando, tanto en Roberto como en Cecilia. No así las psicológicas. Finalmente, no siguieron juntos. Con el paso del tiempo, el muchacho llegó a tener su maestría en Alemania, y luego un doctorado. Al regresar a Feudalia, se hizo cargo de alguna de las empresas de su padre, como reputado ingeniero industrial que era. Se casó. Ahora ya es abuelo, y único heredero de una cuantiosa fortuna. De Cecilia nunca más volvió a mencionar palabra.

Cecilia, producto del suplicio vivido, prácticamente no volvió a estar en Feudalia. Se instaló en París, y allí se dedicó toda su vida a pintar. Fue una destacada artista plástica; pintaba óleos, pero donde mejor se sentía era en las acuarelas. A su país natal volvió en muy contadas ocasiones: para la muerte de sus padres, alguna vez por una cuestión administrativa en relación a su enorme herencia, solo una vez para visitar a antiguas amigas. Ahora, ya sin dictadura, estuvo por aquí de pasada en estos días. Como ya hacía tiempo que manteníamos este contacto, nos concedió una entrevista. Ahí nos contó un poco más en detalle lo que ya sabíamos de oídas: viviendo en la ciudad luz se fue relacionando cada vez más con artistas jóvenes, intelectuales, militantes políticos de izquierda. El cambio fue gradual, pero al cabo de los años, definitivo, sin retorno. El cheque millonario que le envían sus administradores puntualmente cada mes lo sigue cobrando. Muy pocos saben que destina buena parte a financiar un movimiento guerrillero en el África. Con lágrimas en los ojos nos contó que le hubiera gustado tener un hijo, pero luego de lo vivido nunca más volvió a tener relaciones sexuales con nadie. Su vida la dedicó enteramente al arte..., y a apoyar causas de izquierda.

Uno de sus cuadros más notorios -pintura expresionista-, hoy día en una pinacoteca privada que mantiene uno de sus mejores amigos italianos, se titula “*Pobre tipo*”. Nadie entiende bien por qué hay tanta sangre en la obra. Nosotros sí lo entendemos. El general Pérez sigue sin entender por qué lo removieron de su cargo, si solo se limitó a cumplir órdenes.

## ¿BRUJERÍA?

<https://www.youtube.com/watch?v=3TjVBpyTeZM>

Ni bien conoció la historia, Tao Lam decidió que quería hacer algo al respecto. Sabía que existía un lejano parentesco con esa rama de la familia Lam que había emigrado a Canadá un tiempo atrás. Por tanto Elisa, la misteriosamente desaparecida joven, era una lejana familiar. Las noticias que recorrieron el mundo, y que, por supuesto, también llegaron a Hong Kong, lo conmovieron profundamente.

Tao era periodista. Si bien aún muy joven, ya se había ganado fama de acucioso investigador, inteligente, muy profundo. Por eso el canal de noticias ATV Home lo había contratado. Sus búsquedas periodísticas, que daban como resultado “picantes” notas, eran seguidas con mucho interés. De ahí que, cuando planteó a la dirección del canal la posibilidad de hacer una exhaustiva investigación sobre el caso Elisa Lam en Los Ángeles -lugar de la desaparición de la muchacha- de inmediato tuvo luz verde. Se le asignó un generoso presupuesto para moverse por un mes entre Canadá, lugar donde vivía Elisa con sus padres, y la ciudad estadounidense. El canal preparó todas las condiciones necesarias, habiendo contactado tanto con la policía de Los Ángeles como con las autoridades del hotel donde había tenido lugar el suceso, así como la familia Lam en Vancouver, todo ello para facilitar el desplazamiento de los periodistas-investigadores. Tao viajaría, con los gastos pagos, junto al camarógrafo Wang Ming Fu, compañero de trabajo con quien había ido trabando una profunda amistad.

La historia trágica de la desaparición y muerte de Elisa Lam seguía envuelta en el misterio. Esta joven de 21 años, Lam Ho Yi, quien tomara el nombre occidental de Elisa en Canadá donde sus progenitores de origen chino abrieron un restaurante de comida original de su país, era ya nacida en territorio del continente americano, en la ciudad de Vancouver. Presentaba algunos trastornos psicológicos. Por lo pronto, el año de su desaparición, 2013, no habiéndose inscrito para continuar sus estudios en la Universidad de Columbia Británica, había consultado con un psiquiatra. Se le había diagnosticado depresión profunda y trastorno bipolar (psicosis maniaco-depresiva), por lo que estaba recibiendo tratamiento con neurolépticos y antidepresivos (quetiapina, wellbutrin, lamotrigina y venlafaxina). Ese año, por tanto, decidió no estudiar, tomándose un tiempo para recorrer la costa oeste de Estados Unidos.

Fue así que viajó sola a Los Ángeles, contrariando la voluntad de sus padres. Ellos sabían que Elisa no estaba en las mejores condiciones para moverse, que su depresión no era poca, pero no pudieron oponerse. Ya en California, sin conocer la ciudad, buscó un albergue barato, terminando en un sitio con un oscuro historial a sus espaldas: el Hotel Cecil. Ese lugar, que parecía especialmente preparado para una macabra obra de terror, mostraba una historia espesa, pesada, que podría asustar a cualquiera. Habiendo sido elegante al momento de su inauguración, allá

por 1924 con un fino estilo Art Decó, en el momento de la llegada de Elisa había pasado a ser un decadente refugio de marginales, un hotelucho de mala muerte, pese a sus 600 habitaciones. La zona en que se hallaba, el pleno centro de la ciudad, había ido decayendo hasta convertirse en “área roja”, plagada de drogadictos, vendedores callejeros de drogas, prostitutas, personas recién salidas de la cárcel sin destino y *homeless*.

Si bien sus instalaciones aún conservaban el lujo de épocas idas, el escaso mantenimiento y el tipo de clientela con la que se manejaba habían ido deteriorando su imagen. Como aristócratas venidos a menos, el Hotel Cecil no tenía mucho de lo que sentirse orgulloso, más que de su gloria pasada. Menos aún, con la sucesión de “catástrofes” que contaba en su haber: muertes varias en sus habitaciones, suicidios, haber hospedado a criminales tristemente famosos, ser lugar de refugio de marginales diversos. Por sus habitaciones pasaron dos de los más connotados asesinos seriales de Estados Unidos: Richard Ramírez, con 14 asesinatos en su haber durante el año 1985, y Jack Unterweger, quien asesinó a 10 trabajadoras sexuales la década de los 90, tres de ellas durante su estancia en el Cecil. Igualmente hospedó a Elizabeth Short, popularmente conocida en los medios como “La Dalia Negra”, al momento en que apareciera descuartizada, crimen que conmovió a todo Los Ángeles y que catapultó más aún la funesta reputación del Cecil. La misteriosa muerte de Elisa Lam completaba patéticamente el macabro paisaje.

Tao y Wang viajaron llenos de expectativas, deseosos de hacer una nota verdaderamente impactante. En Hong Kong, o incluso en toda China, eso podría ser todo un éxito, dado que la suerte corrida por esta joven de ascendencia china había tocado profundamente la fibra nacional. Se prepararon muy exhaustivamente para la investigación. Tao leyó todo lo que pudo encontrar sobre el caso, vio el tétrico video infinitas veces y se informó de las interminables conjeturas que recorrían el internet, para hacerse una muy detallada idea de la situación. De ese modo, partió con varias hipótesis. Por supuesto, las había en gran cantidad, no faltando explicaciones esotéricas, ligadas a fuerzas fantasmáticas, a fenómenos paranormales y hasta algún abordaje que hablaba de alienígenas involucrados en el asunto. Como siempre, los “casos raros” disparaban toda suerte de dislates.

Por lo que habían podido conocer los reporteros, Elisa tomó en principio una habitación compartida; su comportamiento algo extraño, extravagante, asustó a sus compañeras, las que pidieron se alejara a la joven chino-canadiense. Las autoridades del hotel, entonces, ubicaron a Elisa en una habitación para ella sola. La suma de todos estos elementos -su rara conducta, su diagnóstico psicológico, el estar bajo medicación psiquiátrica- abrían ya una punta investigativa para profundizar, la misma que utilizó la policía en su momento.

Lo tremendamente llamativo de todo el caso fue el inquietante video del ascensor de la noche del 31 de enero de 2013, última vez que se vio a Elisa con vida, antes de su posterior desaparición. Igualmente rara, inquietante se diría, fue la forma en que se la encontró días después: muerta en un depósito de agua en la azotea del

hotel sin ninguna pista clara que permitiera esclarecer el hecho. La policía llegó a la conclusión que no se trató de un hecho criminal. ¿Suicidio? Era difícil decirlo, pero no habiendo rastro alguno de violencia en el cuerpo de la joven, ni prueba de ataque sexual o de consumo de alguna sustancia psicotrópica, el hecho no podía catalogarse como homicidio. La autopsia no reveló ningún dato adicional que hiciera pensar en algo delictivo. Simplemente, se consideró un accidente; Elisa habría subido, ella sola, hasta el tanque de agua, y habría caído ahí dentro, no pudiendo sobrevivir, por lo que no había asesino que perseguir.

Finalmente, el caso se cerró. Al menos, se cerró como expediente judicial. Pero al haberse viralizado el video del ascensor (en diez días recibió más de diez millones de visitas), las especulaciones y los “investigadores” de internet se multiplicaron al infinito. Por tanto, de algún modo el caso Elisa Lam nunca se dio por terminado; las dudas siguieron flotando en el ambiente. Tan “llamativo” resultaba el asunto, que años después un canal televisivo lo aprovechó para generar una serie, de gran audiencia por cierto (gran negocio, claro está).

Tao y su camarógrafo Wang revisaron el video de marras no menos de 200 veces. El registro de la cámara de seguridad del ascensor dura casi 4 minutos. Lo que se ve hacer allí a Elisa parece el montaje de una película de terror. Pero no lo es. Es exactamente lo que quedó grabado, material que nunca fue editado. La policía permitió que el mismo se difundiera, y por lo bizarramente escalofriante, o escalofriantemente bizarro, que se ve, abrió interminables comentarios, conjeturas, conspiraciones. Una de las preguntas recurrentes es por qué por tanto tiempo las puertas permanecieron abiertas; ello llevó a pensar a muchos observadores -espíritu conspiracionista mediante- que hubo otros agentes involucrados en la desaparición, y no solo se trató de un accidente fatal de la joven.

No faltó también quien dijo haber visto un zapato masculino en el minuto 2:27, último momento en que se ve a Elisa. Del mismo modo, se especuló con que faltaban partes del video, convenientemente editado por las autoridades policiales o por el personal del hotel. Todo ello, en tanto especulaciones de las más variadas, creíbles y radicalmente no creíbles -“*Elisa estaba comunicándose con un espíritu que se hallaba en el pasillo a través de sus incomprensibles gesticulaciones*”, se dijo por allí- alimentaron un mito, que no dejó de crecer con el tiempo.

Entre algunas de las cosas llamativas, sin explicación por parte de nadie, es la desaparición del teléfono celular de la joven. Junto a su cadáver, flotando en la cisterna del techo con dos metros y medio de profundidad, aparecieron sus ropas, pero no así el teléfono. Eso, obviamente, dio lugar a las más intrincadas elucubraciones.

Igual de intrincada, complicada, compleja, fue una de las conclusiones -si es que así puede llamársele- a la que llegaron varios internautas interesados en el caso. En el momento en que se produjo el fallecimiento de la joven y en los meses posteriores, cuando tuvo lugar la investigación de los detectives de la policía de Los Ángeles, en la zona en que se encuentra el hotel, Skid Row, tuvo lugar un gran brote

de tuberculosis. Fue llamativo, al menos eso indicaron varios “investigadores cibernéticos”, que la prueba específica aplicada por las autoridades sanitarias de la ciudad para detectar potenciales nuevas víctimas de la enfermedad, tenía como nombre LAM-ELISA: Lipo Arabino Mannan -LAM- (glucolípido y factor virulento asociado con *Mycobacterium tuberculosis*, la bacteria responsable de la tuberculosis), y Enzyme-Linked Immunosorbent Assay -ELISA- (ensayo por inmunoabsorción ligado a enzimas para detectar anticuerpos). Rarezas de ese tipo empezaron a encontrarse por todos lados, alimentando así en forma exponencial el aura de misterio que rodeó el caso. Y sigue rodeándolo años después. Tanto, que un prestigioso canal encontró en él una interesante veta económica, produciendo una serie.

Con el paso del tiempo, el Hotel Cecil cambió su nombre por el de Stay on Main, sin dejar de ser un albergue de bajo costo, listo para recibir a todo tipo de personas no importando su condición. También con los años, el hotel fue enjuiciado, tanto por algunos de los huéspedes que se alojaron en el momento de la muerte de Elisa -y que, seguramente, bebieron el agua que provenía del depósito donde flotaba su cadáver- como por sus padres. Todas las demandas fueron finalmente desestimadas, pues la institución adujo que no podía responsabilizarse de un hecho fortuito, explicable básicamente por una enfermedad mental de una de sus pasajeras.

El trabajo de Tao y de Wang fue arduo. El mes presupuestado inicialmente no alcanzó, por lo que el canal decidió prolongar por treinta días más su financiamiento. De ese modo, los periodistas pudieron verse con una interminable cantidad de personas. Empezando por familia Lam en Vancouver, tomaron contacto con numerosos policías asignados al caso en su momento, así como con muchos trabajadores del hotel, del 2013 y actuales. Para completar la investigación, se entrevistaron también con vecinos del lugar, huéspedes y habitantes diversos de Los Ángeles. Producto de todo eso, produjeron abundantes imágenes y el guión de un fabuloso video, que en algún momento se pensaba difundir por la televisión de Hong Kong.

En el diario de campo de Tao se decía, coincidiendo con lo afirmado por la policía en su momento -explicación que parecía la más lógica, en realidad: la única lógica- que la joven chino-canadiense no había sido víctima de ningún hecho criminal. Su condición psicológica explicaba lo sucedido: padeciendo un trastorno psíquico grave, en la soledad del hotel sufrió un acceso psicótico que la llevó a la muerte. Lo que se ve en el ascensor, más allá de la forma incomprensible que pueda presentar -y que sin duda impresiona, asusta, pareciendo no admitir explicaciones racionales- manifiesta en definitiva una conducta delirante. Todo indicaría que Elisa Lam fue víctima de un delirio persecutorio (¿personalidad esquizo-paranoide de base?), lo que se puede ver en su rara conducta en el video del ascensor. Presumiblemente se sintió perseguida y salió aterrorizada. No está claro cómo llegó a los tanques de agua de la azotea, pero no sería improbable que eso haya sucedido: en medio de su frenética y despavorida huida de sus perseguidores imaginarios, la desesperada Elisa podría haber buscado refugio en la cisterna, sin saber en qué peligro mortal

se metía. Una persona psicótica en pleno brote, en pleno ataque, es capaz de hacer cualquier cosa. No hubo mano criminal: su propia enfermedad mental la mató.

Terminado de escribir su reporte, Tao bajó al restaurante del hotel. Wang no quiso acompañarlo pues dijo tener mucho dolor de cabeza. Luego de un tiempo prudencial, viendo que Tao no regresaba a la habitación, el camarógrafo se inquietó un poco. Lo llamó reiteradas veces a su teléfono móvil, sin conseguir comunicarse. Ante ello, se sorprendió, por lo que decidió bajar. Ni en el restaurante ni en la recepción supieron explicarle nada: Tao había desaparecido. Inmediatamente se movilizó la policía; incluso llegó el Cónsul chino destacado en Los Ángeles. La prensa, más rápida a veces que la policía, inundó el Hotel Cecil en búsqueda de primicias. El despliegue fue casi inmediato, impresionante. El mismo Wang, en tiempo real, comenzó a mandar noticias a Hong Kong. Un nuevo revuelo, similar al de 2013, o superior, comenzó a copar el interés de la opinión pública mundial. Tras tres días de afanosa búsqueda, desnudo, con sus prendas flotando en el agua, en el mismo tanque que años atrás había aparecido el cuerpo de Elisa Lam, se encontró el de Tao, también muerto por inmersión. No había la más mínima señal de violencia; la autopsia no reveló ingestión de psicotrópicos ni de alcohol etílico. No había habido agresión sexual. La sorpresa cundió por todo el orbe. Nadie sabía explicar qué había pasado. El teléfono celular de Tao sigue sin aparecer.



# SUICIDIOS

## 1. PADRE MAURICIO

Cura viejo: Padre Mauricio, ¿cómo le va? ¿Qué lo trae por aquí?

Cura joven: Padre Esteban, me quiero confesar. Usted es bastante mayor que yo, siempre lo respeté mucho. Lo admiro en todo sentido, por eso ahora lo busco como confesor.

Cura viejo: De acuerdo, hijo. Te escucho. ¿Qué te está sucediendo?

Cura joven: Es que..., me da un poco de vergüenza decirlo. O más bien: consternación. Me cuesta...

Cura viejo: Te entiendo. Pero no te preocupes: para eso estamos los pastores de almas, para saber escuchar a nuestro rebaño, y orientarlo. A ver... ¿qué te pasa? Tranquilo, dímelo.

Cura joven: ¿Sabe una cosa, padre? He pensado en suicidarme.

Cura viejo: ¡Uy, caramba! Eso es grave. Pero, ¿qué está pasando, padre Mauricio? ¡Eso es pecado!

Cura joven: Sí, sí... ¡Lo sé! Por eso estoy tan preocupado. No quiero hacerlo, por supuesto que no. Pero las circunstancias, la vida me está empujando hacia eso. Sé que está muy mal, pero lo pienso.

Cura viejo: Bueno, tranquilo. Veamos..., ¿cómo has llegado a esa idea?

Cura joven: Por las cosas que me están sucediendo. No aguanto más...

Cura viejo: Cuenta tranquilo, hijo. Con humildad, con respeto a nuestro Señor Jesucristo y al Sumo Hacedor, padre celestial omnipotente. ¡Cuenta!

Cura joven: ¿Puedo contar tranquilo, padre?

Cura viejo: ¡Pero por supuesto! ¿No estamos para eso acaso? Para saber escuchar las cuitas, las tribulaciones de estos gusanos inmundos y pecadores que somos todos. ¡Por supuesto que sí, padre Mauricio! Hay secreto de confesión, ya lo sabes.

Cura joven: Sí, claro. Bueno... sucede que embaracé a una mujer.

Cura viejo: Ahá... ¿Y por eso te quieres suicidar?

Cura joven: No, no... No es por eso. Eso se arregla. El problema es más grave.

Cura viejo: ¿Es casada ella?

Cura joven: Sí, efectivamente. Son una pareja que viene todos los domingos a misa. Usted les conoce, padre.

Cura viejo: Bueno, pero.... ¿qué te lleva a pensar en tomar una decisión así, tan tremenda, tan contraria a los designios de nuestro Señor todopoderoso?

Cura joven: Es que pequé más aún: me metí también con la hermana de esta mujer.

Cura viejo: Ah, eres bígamo.

Cura joven: Como usted.

Cura viejo: ¡¡¿Qué dices?!!

Cura joven: Como usted bien sabe..., eso quise decir. No, no... perdón. Como usted bien sabe, padre Esteban, la carne es débil.

Cura viejo: (silencio)

Cura joven: Y ahí viene la parte fea, tremenda, oscura. El tormento que me está llevando a pensar en esta salida improcedente.

Cura viejo: ¿Qué sucedió?

Cura joven: Con la hermana no tuve erección.

## **2. FALTAN DOS DÍAS**

Beatriz sentía que todo lo hacía mal, que en todo fracasaba, que el mundo parecía conspirar contra ella. Hacía tiempo que quería consultar con un psicólogo, pero nunca se atrevía a dar el paso.

Aquel martes caluroso, molesta por tener que hacer ese trámite -odiaba hacerlos- fue al banco. Una de sus cuentas había quedado sin uso por más de un año, y necesitaba reactivarla ahora. La empleada que la atendió fue parca, con una fingida simpatía profesional. Sin mayor emoción le explicó que, al reactivar la cuenta luego de catorce meses de inactividad, tenía una penalización. Podía optar por una suma que debía pagar, o tomar un seguro de vida, equivalente a la misma cantidad. Beatriz se molestó terriblemente.

Resultaba una injusticia atroz ese cobro, pero la señorita que la atendió se limitó a decir que eran “*políticas de la institución*”. Por tanto, no había mucho que discutir: el cobro era irreversible.

“*Ni una cosa sale bien*”, pensó. Esa misma semana había ido mal en su examen en la universidad, y la semana anterior venía de separarse de su novio. “*Me cambió por la que era mi mejor amiga*”, mascullaba con amargura. Su odio contra la vida era indecible. Este seguro de vida vendido obligatoriamente (“*¡exacción!, cobro ilegal*”, se dijo furiosa) fue la gota que derramó el vaso.

Salió muy ofuscada del banco, pensando una vez más que su vida era solo golpes tras golpe. Para completar su desgracia, la moto no le arrancó en el estacionamiento, por lo que debió esperar que llegara el servicio mecánico de su seguro. Mientras hacía tiempo, se sentó en un restaurante a tomar un café. Fue ahí que lo decidió.

Rauda, regresó a la agencia bancaria. Canceló al mecánico que ya estaba en camino, porque lo que debía hacer ahora era “*mucho más importante, ¡primordial!*”. Debió esperar un nuevo turno para volver a hablar con quien la había atendido. Refunfuñando, pasó casi media hora en la sala de espera. Finalmente, la misma muchacha la recibió, siempre con su fingida sonrisa plástica. Quedó algo sorprendida ante el pedido de Beatriz: iba a aumentar la póliza en un dos mil por ciento. Si el seguro que le obligaban a tomar, que cubría suicidio, otorgaba una prima de diez mil dólares, ahora la cifra se hacía muchísimo más alta. También cambió el nombre del beneficiario: ya no sería su hermano menor, a quien adoraba y protegía en todo lo que podía, sino su madre, esa “*vieja de mierda que me arruinó la vida. Así se siente culpable*”.

Se desentendió de la moto y el mecánico, y volvió a la misma cafetería. Ahí redactó la carta dirigida a su madre -pensó en la *Carta al padre* de Kafka-. La retahíla de ataques contra su progenitora abarcaba tres carillas. El papel fue hallado en el bolsillo trasero de su pantalón, cuando los socorristas llegaron al lugar. No había nada que hacer; Beatriz había saltado desde la terraza de aquel edificio de veinte niveles. El cadáver quedó muy deformado, casi irreconocible.

Lo que no pudo saber es que nadie, ni su madre ni su adorado hermano, cobrarían nunca el seguro. El mismo entraba en vigencia 48 horas después de haber sido gestionado.

### **3. PODEROSA GLORIA**

Kurt sentía que su vida no valía nada. Sus tres intentos de suicidio, fracasados todos de manera algo bochornosa, le ratificaban su mediocridad. No servía para nada, ni siquiera para matarse, era su obligada conclusión.

Había entrado en la catedral desesperado, pensando que allí podría encontrar algún consuelo. O, al menos, el silencio que necesitaba para reflexionar. La idea de un nuevo intento, que ahora por nada del mundo debía fracasar, le perseguía con obstinación. Para su sorpresa, el templo no estaba en silencio; justo en ese momento la iglesia se había convertido en sala de concierto, y se estaba ejecutando la *Missa Solemnis*, de Juan Sebastián Bach. No era su intención escuchar música en ese momento, pero los melodiosos acordes de la obra lo retuvieron.

Se sentó en el único espacio que encontró disponible, pues el lleno era total. Mientras escuchaba orquesta y coro en su majestuosa interpretación, cavilaba sobre todos los recaudos que tomaría esta vez para no fallar. El viejo puente de E. era el lugar escogido. Caer desde más de 50 metros sobre afiladas rocas significaba muerte segura. Ahora nadie se lo podría impedir.

Ya estaba tomada la decisión; caminaría desde la catedral hasta el puente. Por cierto, no estaba lejos, quizá dos kilómetros. Se regodeaba con la idea. Ahora sí, todos sus conocidos, que solían reírse de sus amenazas de suicidio, verían que hablaba en serio. Les tataría la boca a todos.

Respiró hondo, se levantó de su asiento y salió con decisión.

Justo en el momento en que caminaba por el pasillo central del templo, atrayendo sin quererlo la mirada de todos los oyentes, sonó el *Gloria in Excelsis Deo* de la misa. La potencia de la combinación de trompetas, timbales, orquesta de cuerdas y coro *a tutti* lo detuvo. La magia envolvente de ese fragmento -el más majestuoso de toda la obra, junto al *Kyrie* introductorio a cinco voces, según los entendidos- le golpeó. Quedó absorto por largos segundos en el pasillo de la nave central, con los ojos en blanco, escuchando en estado de éxtasis.

No se suicidó. Terminó de escuchar el *Gloria*, y salió de la iglesia. Caminó por varias horas sin rumbo fijo. Pasó cerca del puente, y sonrió con mueca burlona.

Ahora se entiende por qué, en la organización de atención al suicida que regatea desde hace ya más de cinco años, suena continuamente el *Gloria* de la Misa en si menor de Bach.

#### **4. CARTAS**

Jean-Paul rayaba ya los 60. Divorciado tres veces, soltero ahora, se consideraba el mayor Don Juan de la ciudad. Su fortuna, hecha de un modo no muy santo precisamente -se decía que mantenía trabajadores esclavos en algunas de las colonias de ultramar, muchos de ellos utilizados para la pornografía "salvaje" que producía- le daba para atraer a granel incautas jovencitas deseosas de "prosperar". Brigitte era una de ellas.

La muchacha, de 19 años, resaltaba tanto por su belleza como por su malicia. Había dejado encerrada a su madre en un geriátrico para quitarle su casa, humilde morada que sus padres lograron tener luego de años de trabajo. De todos modos, una casa en el corazón de París nunca era un mal negocio. Con el producto de esa venta pudo conocer India, China y Tailandia. Su hermano Philippe había fallecido dos años atrás de una manera llamativa: atragantado con el carozo de un melocotón. Nadie lo creyó cabalmente, pero tampoco nadie, ni la policía, investigó más a fondo el hecho.

Cuando se vieron, hasta podría creerse que fue “amor a primera vista”. En realidad, fue “conveniencia” a primera vista; ambos pensaron que habían encontrado lo que buscaban: él, la mujer que necesitaba para la película pornográfica que estaba produciendo. Ella, el millonario que la sacaría de penas económicas. Ninguno de los dos se enamoraba nunca; solo hacían cálculos.

Sin embargo, curiosamente hubo conexión afectiva y no solo sexo (fingido, aumentado y escenificado por parte de ambos en casi todos los casos). Lo que pensaron que podía ser efímero, obteniendo lo que buscaban, parecía que se perpetuaría. Después de varios meses de relación, se presentaron en público como pareja. Informaron oficialmente que Brigitte estaba embarazada.

Como Jean-Paul no encontraba la mujer exacta para la escena de tortura que necesitaba en su video porno (él lo producía, otro era el director de cámara), pensó que Brigitte podría cumplir el papel. Decidió drogarla muy fuertemente y hacerla actuar así. Ella no sabría nunca lo que pasó. El guión original, donde una de las protagonistas moría en la realidad y era descuartizada (¡había mercado para ese tipo de películas!) debía ser cambiado. La escena final, ahora con Brigitte, sugeriría una muerte, pero no habría sangre real. La muchacha, pensaba él, era la persona adecuada para representar el papel. Su rostro de “inocente y degenerada” al mismo tiempo, como gustaba decir, era el ideal.

Resultaba difícil decir si el fulgurante enamoramiento de ambos era ficticio o no. De ninguno podía saberse nunca si había verdades, o siempre todo eran puras actuaciones. Lo cierto es que comenzaron a vivir como pareja. Brigitte pensaba - solo se lo contó a su hermanastra alguna vez, con quien la unía una especial amistad- que su nuevo amor le había prometido dejar parte de su fortuna como herencia. Ya había visto la mansión en Montecarlo que deseaba comprarse. Como vehículo, un Lamborghini estaba bien. El problema es que todo eso llegaría estando ya viuda..., y eso no pasaba.

La noticia del embarazo sorprendió a todos, pero más aún, a Jean-Paul. Él se había hecho la vasectomía hacía años, por lo que le pareció sumamente extraña esa posibilidad. Sabía que había casos atípicos, y quizá el suyo podía ser uno de esos. De todos modos, aún dudándolo, no lo demostró ante su “princesita adorada”. Comenzó a pensar, lamentándose, que haberle prometido parte de la herencia - habían redactado documentos al respecto- fue una pésima idea. Por tanto, ahora debería cuidarse de un premeditado y bien calculado asesinato.

Brigitte, al ver que pasaba el tiempo y no podía consumir su plan (un accidente de tránsito donde Jean-Paul debía morir), comenzó a preocuparse, dado que el vientre no le crecía. Ni le podría crecer..., porque no había embarazo. Ello era una preocupación: Jean-Paul ya estaría sospechando.

Parece una casualidad, o una macabra jugada del destino: lo cierto es que con diferencia de un día (un miércoles y un jueves) ambos esposos aparecieron "suicidados". Misteriosamente suicidados: los dos murieron por envenenamiento. Claro que... de productos distintos. Las cartas de despedida que ambos dejaron entre sus pertenencias anunciando el suicidio, aparecieron en los respectivos discos duros de sendas computadoras cuando la policía comenzó a investigar. Claro que en las computadoras invertidas: la carta de Jean-Paul, en la de Brigitte, y la de Brigitte en la de Jean-Paul.

"¿Suicidio?", dijo el jefe del grupo de investigadores. "¡No me hagan reír!"

## 5. ASESINO

A Iván todo el mundo le decía "El asesino" como sobrenombre. A él, por supuesto, eso no le caía en gracia, pero era un mote bien ganado. Simpáticamente, si así puede decirse, se hizo acreedor a un pseudónimo que mostraba de cuerpo entero su realidad. En verdad, no mataba ni a una mosca; era el tipo más pacífico que pudiera concebirse..., pero su "mala suerte", su raro "destino", el infortunio que le acompañaba a cada paso, lo transformaba en un auténtico asesino.

Más de una vez Iván había pensado consultar a un psicólogo por la angustia que le ocasionaba todo eso. Nunca lo había hecho aún, pero la idea seguía rondándole de continuo. Cada vez se enojaba más, se exasperaba, cuando alguien -quizá sin la más mínima mala voluntad de ofenderlo- usaba ese apodo. Pensaba que en alguna oportunidad transformaría el alias en una cruda realidad contra quien osara llamarlo así. Pero nunca lo hacía. De hecho, jamás había empuñado un arma y, antes bien, se consideraba un pacifista.

Entonces, ¿por qué "El asesino"? Porque muchas, numerosas personas que tomaban contacto con él, morían. Podía pensarse en puras casualidades, así de simple. Pero no faltaba otro tipo de "explicaciones". Aunque nadie lo creía seriamente, se elucubraban las más diversas y disparatadas teorías. Por ejemplo: que estaba pagando culpas de otra vida, que había una posesión diabólica, o un pacto voluntario con Lucifer. También se había especulado que era un psicópata peligroso disfrazado de "manso y tranquilo". Lo cierto es que eran innúmeros los casos en que se acercaba a alguien, y ese alguien fallecía al poco tiempo. O incluso, estando con él.

Había cuidado a su padre, internado en fase terminal de cáncer, durante sus últimos días. Fue Iván el único testigo de su agonía, una fría madrugada de diciembre,

cuando el octogenario enfermo murió en su habitación acompañado solo de su hijo. Algo similar había sucedido con su madre, a quien cuidó en su casa cuando ésta se reponía de una neumonía. Habiéndose dormido el muchacho, la madre no quiso despertarlo para ir al baño. No se sabe bien cómo, mientras Iván dormía la señora cayó por las escaleras, falleciendo de un tremendo golpe en la nuca.

Con sus dos hermanos la situación fue distinta, pero igualmente, de alguna manera él tuvo que ver en su trágico final. Era Iván quien conducía el automóvil cuando chocaron contra un camión pesado. Él se salvó: hermano y hermana murieron en el acto. Con su sobrino, sobreviviente de su hermana muerta -era madre soltera- ocurrió algo llamativo también. Lo llevó una ocasión al pediatra, y en la sala de espera resbaló, cayendo sobre el niño, quien se fracturó dos vértebras cervicales, debiendo ser internado un par de días para observación. Nadie en el hospital pudo explicar fehacientemente cómo ni por qué, lo cierto es que el menor murió de una extraña infección hospitalaria al poco tiempo.

El día en que todos los compañeros de estudios fueron a festejar el final del ciclo lectivo, la gran mayoría terminó con una brutal infección intestinal, producto de algo que comieron en el restaurante donde tuvo lugar el encuentro. Solo Iván y una muchacha no murieron. O no murieron en el momento, pues Tatiana, a los pocos días, fue arrollada por un vehículo. Nuestro héroe fue el único sobreviviente del envenenamiento entonces.

La primera vez que viajó en helicóptero para hacer una pequeña investigación de campo junto a tres ingenieros más -uno de ellos prestigioso catedrático en la universidad de M.-, la aeronave cayó a tierra a poco de despegar. Iván fue el único sobreviviente. Algo similar, salvando las distancias, sucedió el día en que se vio atrapado en un tiroteo entre ladrones y policías. Además de dos agentes y cuatro malhechores muertos, de los ocasionales transeúntes que resultaron víctimas, fueron tres mujeres las que cayeron en el fuego cruzado, cinco varones resultaron heridos -dos de ellos fallecieron luego en el hospital- y seis niños presentaron crisis de pánico. Solo Iván salió completamente ileso.

Su fama de “asesino” comenzó a expandirse, acrecentándose con el condimento picante que le otorga el chisme, por supuesto, siempre morbosos. Su figura, hasta en cierto nivel público -salió en la televisión luego de la caída del helicóptero y luego con la balacera- comenzó a dar que hablar. Mucha gente le huía.

Alguna vez, presenciando una exhibición de paracaidismo, expresó que él jamás haría una cosa así, por lo peligroso que eso le resultaba. Fue solo decirlo y una centella fulminó en el aire al campeón, que en ese momento hacía una espectacular caída libre. Su fama de “pájaro de mal agüero”, de presagio lúgubre y patético, se hizo providencial. La vez que acarició al hijo de su primo, un hermoso bebito de meses, terminó de confirmarlo: a la semana siguiente, el niño murió de modo inexplicable (parece ser un paro cardiorespiratorio).

Para Iván todo se hacía insoportable, insufrible. Lo único que quería era desterrar de una vez y para siempre esa horrenda fama. No encontrando la salida, desesperado ya, angustiado a un nivel que no le permitía vivir, decidió suicidarse. Después de interminables cavilaciones, saltó de aquel octavo piso del Ministerio de Finanzas. Tanta mala suerte tuvo, que su popularidad como “asesino” se acrecentó en forma exponencial: cayó sobre un transporte escolar sin techo que estaba realizando una excursión por la ciudad. Fueron ocho las niñas muertas. Iván, ni un rasguño. Solo se quebró el dedo pulgar izquierdo.

## 6. UNA ESTAFA REPULSIVA

Ana nunca se llevó bien con su familia. Con su madre mantenía una relación ambigua, de amor y odio. Para todos los otros miembros del grupo, ella era la oveja negra: madre soltera, se había ido de la casa sin casarse, tenía tatuajes, estudiaba Psicología.

Vivía atormentada por esa complicada relación con su mamá. Lo único que la mantenía medianamente tranquila era que, dado su bilingüismo, nunca le faltaba trabajo como traductora, siempre bien pagado. Era por eso que su madre se aprovechaba y vivía pidiéndole favores económicos. En estos últimos tiempos, prácticamente la estaba manteniendo. Y la mantenía con un muy buen nivel de vida.

Cuando la señora enfermó, fue Ana el único sostén financiero. Todos los otros familiares, en general de escasos recursos, desaparecieron. Pero no desaparecieron las críticas contra Ana, por “*mala hija*”, por “*no irse a vivir con su madre como correspondería*”. Ana jamás hubiera podido hacer una cosa así: por sus numerosas actividades -no le quedaba tiempo-, y fundamentalmente, porque no se soportaban.

Los gastos de una enferma de cáncer no eran pocos. La señora no tenía jubilación ni renta alguna, por lo que no disponía de dinero. Tampoco tenía seguro de salud. De todos modos, para sorpresa de Ana, siempre disponía de algún centavo para sus pequeños “lujos”. “*¿De dónde lo sacarías?*”, se preguntaba la hija. Ninguna de las dos enfermeras que ella pagaba sabía nada al respecto; lo cierto es que nunca le faltaban flores frescas, por ejemplo, o “gustitos” como buenos chocolates, o algún refinado perfume o un nuevo par de zapatos. Eso no lo pagaba Ana. “*¿Tendría algún admirador secreto?*”

Ana insistía que los tratamientos los llevara en algún hospital público, pero su madre lo rehusaba. Incluso la familia le hacía saber que ella “*de buena hija, de buena cristiana, como tenía recursos*”, debía pagar las hospitalizaciones en centros privados. Así lo hacía, pero eso la estaba endeudando más y más. La compra de medicamentos, de pañales geriátricos más todas las intervenciones necesarias, constituían una más que abultada cuenta. El presupuesto de Ana no daba para tanto. Tuvo que pedir un préstamo en el banco para continuar afrontando los gastos.



Dos días después de la muerte de su madre decidió vender su vehículo -había comprado un automóvil casi cero kilómetro antes del inicio de la enfermedad de su progenitora-; esa era una forma de remediar en parte las deudas. La sensación que experimentaba en ese momento era una confusa mezcla agridulce: la extrañaba, pero también se sentía libre de una asfixia. Fue de casualidad que se enteró: una de las enfermeras, hablando sobre la deuda que aún quedaba por saldar, le dijo a Ana -en realidad se le escapó, pues la extinta señora le había pedido expresamente que eso lo mantuviera en secreto- que su madre sí tenía seguro social. Era así que siempre tenía una cierta disponibilidad de dinero -la pensión que recibía mensualmente-. Y, por supuesto, hubiera tenido gratis toda la atención médica y de enfermería por la que ahora su hija estaba endeudada. Endeudada y sumamente angustiada.

La angustia que ya arrastraba se le disparó infinitamente al sentirse estafada, aumentando la que ya traía por las deudas. A Ana todo eso le pareció una burla cruel de parte de su madre. Sin pensarlo mucho, lo decidió en un meteórico impulso. Llevó a su hija, de cuatro años, junto a la tumba de su abuela. Allí la mató de numerosas puñaladas, y allí mismo, antes que otras personas pudieran acercarse para intervenir, también se abrió el vientre con el cuchillo. Los paramédicos, llegados a toda prisa en una ambulancia, nada pudieron hacer. Relataron los ocasionales visitantes al cementerio que antes del suicidio se le escuchó decir a Ana: “*¡Vieja hija de la gran puta!*”

## MEA CULPA

*Tengo 76 años, y creo que me merezco lo que me está pasando. Mis hijos me dejaron en este asilo de ancianos hace ya casi dos años, y nunca vinieron a visitarme. ¡Qué desalmados!, podría pensarse. Pues no, no es así. Ellos son buena gente. Si hicieron eso, es porque yo me lo merezco. En definitiva, se cosecha lo que se siembra.*

*Ustedes se dirán que los estoy justificando, que porque son mis hijos los estoy perdonando. Déjenme decirles que no es así: de verdad que ellos -son cuatro, dos hombres y dos mujeres- no están comportándose mal. No, para nada. Simplemente hicieron lo correcto, lo que creo que yo también hubiera hecho en su lugar.*

*En realidad, lo que me sucede ahora, ya de viejito, me lo busqué: es la consecuencia obligada de lo que fue mi vida.*

*No hablo con resentimiento, con rencor contra nadie. No hablo, tampoco, desde una posición religiosa. Fui muy creyente en mi juventud, pero luego el rigor de los años me fue volviendo más y más incrédulo. Pasar todo lo que pasé -y yo no era el bueno de la película, en absoluto- me hizo empezar a ver qué es lo que verdaderamente estaba haciendo. Como dije: uno cosecha lo que ha sembrado. Y yo sembré mierda. Por eso ahora, en mi vejez, mi vida es una mierda. Pero está bien.*

*Dije que no hablo desde ninguna religión, porque se podría suponer que las religiones -hasta donde sé: todas por igual- hablan del amor, la bondad, el perdón. No estoy pidiendo perdón por nada, porque lo que hice ya está hecho, y pedir perdón a estas alturas puede ser un poco hipócrita. Me merezco el castigo, y punto. El perdón no soluciona nada; además, en todo caso, solo un ser superior podría darlo. Nosotros, los mortales humanos, no necesitamos indulgencias. ¡Necesitamos justicia!*

*Sé que mi vida no fue, precisamente, un paquete de virtudes, una vida ejemplar, encomiable. Me desentendí siempre de mis hijos, de mi esposa, fui un asesino, vil y despiadado. ¿Por qué iría a pedir conmiseración ahora? ¡No!, ¡para nada! Me merezco el castigo. Como dije, ya dejé de ser creyente. No necesito pensar que voy a arder eternamente en un lago de fuego en el infierno por las atrocidades cometidas aquí en la tierra. Esas son tonteras. Ya lo había dicho el papa polaco Juan Pablo II, bien de derecha, y lo reafirmó el argentino Francisco, medio bolche: el infierno no existe, es una metáfora para referirse al mal, el lugar que le corresponde al que se alejó de dios, es decir, del bien.*

*Bueno, pero no quiero entrar en esas benditas e interminables disquisiciones teológicas. Yo no sé una mierda de todo eso, ni me interesa. De lo que sí estoy seguro, de lo que no me cabe ninguna duda, es que fui muy malo, y por eso necesito el castigo. ¡Aquí en la tierra!, ahora, no para cuando me haiga muerto. ¡Perdón!: haya muerto. Siempre se me filtra lo bestia.*

*Necesito el castigo, y lo quiero, porque es lo que me merezco.*

*Ustedes dirán ¿por qué esa rigidez?, ¿por qué este tormento que ahora pido para mi persona? Pues porque no encuentro otro camino para intentar limpiar un poco mis culpas. En realidad, estoy convencido que las culpas no se pueden limpiar, como si fuera una mancha en una ropa. Pero sí, definitivamente, poner castigos*

puede ser útil. Ejemplar, diría. Para quien lo recibe y, fundamentalmente, para los que lo ven. Como todos somos un poco morbosos, o mucho, a todos nos interesa ver cómo sufre el otro. No digamos que no, porque eso es así: ¿por qué, si no, habría peleas de box, riña de gallos o tauromaquia? Somos morbosos, por supuesto. Entonces, ver cómo a uno lo queman en las llamas de las hogueras purificadoras, como hacía Torquemada en el medioevo con las brujas, sirve al populacho, para que tema y no repita las mismas fechorías. ¿Se entiende?

Bueno, pero sin desviarme de lo que quería decir: acepto alegremente mi castigo. ¿Cuál es mi castigo? Estar encerrado entre estos ancianos decrepitos, solo, abandonado, sin visita de nadie, sin saber qué es de la vida de mis hijos. Estoy solo, sin posibilidad de salir de aquí, y la verdad que esto me mata.

Pese a mi edad, me siento que aún puedo hacer mucho. Seguramente por mi modo de vida, como siempre cuidé mucho mi cuerpo, aún no me siento viejo. Estos viejitos y viejitas que me acompañan en el asilo están todos acabados. Yo no, créanme que no. Hago gimnasia cada mañana, tal como me acostumbré toda mi vida a hacerlo, años atrás en el cuartel, después en mi casa. Todavía ando piropeando a alguna de las enfermeras que nos cuidan.

Si pudiera, de verdad que me iría. Pero esto está muy bien controlado. Como es privado -me imagino que mis hijos lo deben pagar regularmente- atienden más o menos bien a los internos. Pensé varias veces en ver cómo me iba. Pero me detiene la idea de qué hacer luego afuera. Aunque no estoy acabado, con mis setenta y tantos años no me sería fácil sobrevivir. Y no querría terminar de indigente pidiendo limosnas en la puerta de una iglesia, ¡por supuesto que no!

Pero, bueno... como venía diciendo: me merezco estar encerrado aquí. Esto es peor que una cárcel. En la cárcel -nunca estuve en ninguna por dentro, pero esto se sabe- uno no la pasa tan mal; hay alcohol, drogas, mujeres, uno puede tener cierto poder si lo desea, puede sobornar a los guardias, puede arreglar para salir y entrar con discreción... Todo depende del color del billete con que se cuente. La verdad es que, para algunos, incluso es mejor estar en la cárcel que afuera. Pero los asilos para ancianos, los geriátricos, no permiten nada de eso. Son como un loquero, un depósito para deshechos. Sé que no soy un deshecho, pero mi reflexión me llevó a sentirme así, una basura, uno hijo de puta que no se merece amor de nadie.

Pensarán que soy masoquista por todo esto que digo. No, no, no lo soy. Quiero ser justo. Si la hice, la tengo que pagar. Recién de grande, de viejo, fui comprendiendo eso. Que la impunidad es una mierda, que uno no puede hacer lo que quiera, saltándose las reglas, cagándose en el otro. La gente es gente, sufre, siente, hay que respetarla. Por años yo viví sin tener en cuenta eso. Eso que ahora me parece tan elemental, por muy buena parte de mi vida parecía no contar, no importar.

Viví engañando a mi esposa. Además de los cuatro hijos oficiales, tengo algunos más desperdigados por ahí. Y a los oficiales, a los cuatro estos que me pusieron aquí, les di muy mala vida. Parrandeando todo el tiempo como me gustaba estar -nunca fui alcohólico ni drogadicto, aunque consumía- me desentendí de mi familia. Por mi trabajo también me desentendí. Como por varios años fui militar, y justo pasé los mejores años de mi vida durante los gobiernos militares, sirviendo durante esa época, me vi muy comprometido con la guerra anticomunista que librábamos. Sé que hubo excesos, que mucho de lo que hice está mal, es una aberración moral,

*pero en guerra uno no piensa eso. Además, paradojas de la vida, estuve años y años combatiendo contra comunistas, y dos de mis hijos salieron comunistas. Además de la otra que salió lesbiana, para mí todo eso fue la peor afrenta. O, al menos, así lo consideraba años atrás. Ahora veo que no fue sino el resultado de mi conducta, de mis acciones.*

*Yo fui formado en la Academia militar como un cuadro en la lucha contrainsurgente. Por aquel entonces se nos enseñaba a rajatabla que los comunistas eran la peste número uno, lo peor de lo peor, el tumor canceroso y putrefacto contra el que debíamos luchar. Por supuesto, buen alumno como era, yo lo repetía a pie y juntillas. Así pasé años. Cuando me tocaba actuar, siempre tenía presente aquellas enseñanzas. Incluso me recuerdo cosas bien perversas que nos hacían. O, al menos, ahora las veo perversas. Alguna vez íbamos a reprimir una manifestación que sabíamos tendría lugar en la ciudad capital. Sabíamos que iba a ser el jueves; entonces nos encuartelaron desde el lunes, cerrados sin posibilidad de salir ni de comunicarnos con nuestras familias o seres queridos. Nos decían, siempre a los gritos, maltratados con insultos, que estábamos allí por culpa de los “malditos comunistas” que manifestarían el jueves. Que si no fuera por ellos, ahora podríamos estar tranquilamente en nuestras casas, descansando. De esa manera lograban que cuando salíamos a reprimir el jueves, sintiéramos una furia feroz contra esa gente. Es como hacen con los toros de lidia, que tienen encerrados antes de la corrida, y los azuzan, les golpean los testículos, los enervan... Cuando salen al ruedo, están endiablados, furiosos. Pues bien: así hacían con nosotros. Se imaginan, ¿no? Siempre agresivos, siempre listos para comernos al “enemigo”. Y así pasé años de años. A quien me discutía algo, a quien me contrariaba, ya lo veía como un enemigo. También era así con mis hijos, con mi mujer, con quien me discutiera algo.*

*Me acostumbé a la violencia. Eso, para mí, era una diversión. No solo un oficio, que se hace como cualquier oficio, cumpliendo un horario. Era un modo de vida. Torturé infinidad de veces. Y me llevé a varios para el otro lado. Al principio, dudaba un poco; después, tengo que reconocerlo, hasta me empezó a gustar. Se ve que la sangre busca más sangre. Cuando torturaba tenía una sensación increíble, era como un orgasmo. Da una idea de plenitud, de que uno puede todo, de que a uno nunca le va a pasar nada. Se siente dios. Me entienden, ¿no? Sé que es una locura, pero es así. Estos son temas que no se hablan con nadie, pero las pocas veces que comenté algo de esto con algún otro colega en estas cosas, todos coincidimos: al torturar, uno se siente grandioso.*

*No estoy loco, créanme. Por un tiempo viví esa loca sensación, pero después me fui dando cuenta que eso no estaba bien, que era enfermizo. No me voy a hacer el bueno. Nadie es bueno. No vengamos con esas tonteras del amor al prójimo y cosas por el estilo. Eso no existe. Si no, no se harían las cosas que se hacen: torturar, matar a sangre fría, cagarse en el otro... La verdad es que no somos muy buenos que digamos. Los curas se llenan la boca hablando de amor y caridad, pero se violan a los niños. ¡Por favor! Y la moral, mis amigos, es un buen invento para mantener tranquilas nuestras conciencias. Se ponen normas para no terminar comiéndonos unos a otros, pero sabemos que todos queremos violar esas normas continuamente. No podemos, porque si no, nos cae la sociedad. Pero cada vez que tenemos la oportunidad de saltarlas, lo hacemos. Un ministro español dijo la vez*

pasada que “las normas son como las mujeres: están hechas para ser violadas”. Por supuesto, lo dijo, y al día siguiente tuvo que renunciar. Pero eso esconde algo que realmente pasa en la sociedad. Todos queremos andar violando normas. ¿Por qué, si no, todo el mundo le escapa a pagar impuestos, aunque sepamos que los Estados viven de los impuestos, que eso vuelve a la población como servicios? Todos nos hacemos los tontos para evadir impuestos. ¿Me pueden explicar por qué lo hacemos, si no es porque, en el fondo, todos somos medio hijos de puta?

Ustedes dirán que soy un psicópata. Bueno..., quizá. Pero la vida me ha enseñado que todo el mundo es más o menos igual. Yo, de puro hijo de puta, me atreví a hacer lo que otros fantasean. Claro que está mal, pero yo cumplía órdenes.

Es complicado todo esto, muy complicado. No quiero quedar como una pobre víctima, un simple engranaje que cumplía una directiva. Al final, tengo que reconocerlo, me gustaba torturar, me gusta ver cómo alguien se cagaba en las patas literalmente ante mi presencia. Eso da una sensación de grandeza. Pero ¿por qué lo hacía? Porque me, o mejor dicho: nos habían preparado para hacerlo. Se entiende, ¿verdad? No era solo yo. Era un plan. Yo era el malo de la película, pero ¿quién es verdaderamente el malo? ¿Quién escribió los manuales que nos daban en la Academia? ¿Por qué los ricachones, los que realmente manejan los hijos del poder, nunca protestaban contra nuestra bestialidad?

Es cierto que no todos pueden torturar. O, al menos, no todos pueden sentir el mismo placer torturando. Algunos lo hacían solo cumpliendo órdenes; otros, como yo, realmente experimentábamos placer con el sufrimiento de otro. Pero todos, en mayor o menor medida, lo hacíamos. Nos preparaban para eso. Incluso muchas veces se torturaba en grupo: todos teníamos que pasar a darle algún golpe al enemigo, para hacer sentir así el espíritu de cuerpo, para que todos supiéramos que éramos parte de lo mismo, para tener una responsabilidad compartida. Y aunque ustedes no lo crean, hasta más de alguna vez hubo sacerdotes participando en el asunto. ¡Sí, sí! Torturando. Y médicos que estaban al lado del torturado viendo hasta dónde se le podía pegar, para que no se nos fuera demasiado la mano. ¿Dónde mierda dejaron su juramento hipocrático entonces? ¿Mujeres torturadora? ¡Por supuesto! ¿Por qué no? La cuestión es que cualquiera, dadas las circunstancias, puede hacerlo. ¿Cómo creen ustedes, si no, que alguien puede entrar en combate, ir a la guerra, si no es porque todos tenemos algo de sádicos? Siempre puede haber un enemigo, un hijo de puta al que atacar. También para los comunistas eso vale. Estos cabrones se llenan la boca hablando de solidaridad, pero también cualquiera de ellos, en nombre de su ideal de justicia e igualdad, puede levantar un arma y disparar. Mis hijos comunistas, discutiendo algunas veces de esas cosas conmigo, me decían que en un mundo menos mierda quizá se logra que cada uno de los individuos sea también menos mierda. Puede ser. Ahora, de viejo, llego a pensar que tal vez sí. Si todos comemos por igual, si no tenemos problemas para sobrevivir, quizá nos respetamos un poco más. No lo sé. De momento, de acuerdo al mundo que conozco, veo que eso está lejos todavía. Pero queda la esperanza del cambio, ¿no?

Miren: al final todos somos iguales. ¿Qué diferencia real hay entre Bill Gates, la reina de Inglaterra o el fulano que putea al árbitro de un partido de fútbol y al día siguiente vuelve a trabajar como un pobretón? En un sentido, todos somos iguales, más allá de la cantidad de billetes que se tenga. Cualquiera, llegado el caso, puede

sacar su lado oscuro. ¿El papa es más bueno que una puta que trabaja vendiendo su cuerpo? ¿El que manda a matar es más bueno que el operador que aprieta el gatillo? Veamos los curas, como recién decíamos. Se agarran a las monjitas, las embarazan, y después se hacen los desentendidos. Eso pasa, me consta. Una vez le preguntaron a Wojtyla, el que después fue Papa con el nombre de Juan Pablo II, ¿cuál era el lugar de la mujer en la Santa Iglesia Católica? ¿Y saben qué dijo? Sumisa a los pies de Cristo muerto. Es decir: ¡cállese la boca y obedezca!

Yo no me voy a hacer el buenito, ni el comunista que pregona la solidaridad, ni el santulón. No... ¿para qué ser hipócrita? ¿Yo buenito? ¡Por favor!, si soy un asesino. Pero reconozco que hay injusticias por todos lados, dobles discursos, mucha mierda. Pero algo pasó que cambié. En realidad, no fue ninguna revelación divina ni cosa por el estilo. Aunque ustedes se rían y no me lo puedan creer, ver una película cierta vez me hizo empezar a reflexionar. Tal vez la vieron. “El niño del pijama de rayas”, inspirada en la novela de un irlandés, no recuerdo su nombre, Boyne o algo así, novela de la que luego se hizo la película. Yo vi la película -leo muy poco; los bestias como yo casi no leemos-. Vi la película, y eso, más lo que me dijo mi hijo mayor casualmente para esos días, me hizo reflexionar.

No voy a decir que fue un cambio de vida, una revelación mística. Esas cosas no pasan. Pero sí me sucedió algo que me hizo pensar.

Como les decía, coincidió esa película con lo que me dijo el mayor cuando nos enteramos que una de sus hermanas era homosexual. Él me dijo que la dejara tranquila, que si ella había salido así, era su decisión, que yo no tenía por qué andar metiéndome, que ya había sido así toda mi vida, intrusivo, abusivo. Me dijo que yo me consideraba el dueño de la vida de ellos, y que ya los cuatro estaban hartos de mi forma de ser. Me lo dijo gritándome en la cara: que yo no tengo ningún derecho a decidir la vida de los demás.

En la película que les comento pasa algo igual: el mensaje es que nadie tiene derecho a decidir sobre la vida de los otros. Miren que yo fui militar, y uno está preparado para sentir que es distinto al resto de la gente. Por eso llevamos uniforme, para distanciarnos del resto de lo que llamamos “civiles”. Más aún: a uno lo preparan para saber dar órdenes, para manejar a la gente, para no tener miedo a nada. Eso hacen los superiores con los inferiores: a los gritos se les hace saber que el que está abajo no vale nada, que se le puede hacer cualquier cosa, porque el que manda, ¡manda! Y eso no se discute. Pero eso no puede ser así. Con nadie: ni con un subalterno, ni con un hijo, ni con nadie.

Ahora entiendo cuando uno de mis hijos me hablaba del comunismo y del poder popular: nadie está por arriba de nadie, todos tenemos que ser iguales. Todos tenemos que decidir en conjunto. En “El niño del pijama de rayas” se trata ese tema, y eso fue lo que me hizo pensar. Ahí, un oficial nazi, siguiendo las indicaciones del partido nazi, hace y deshace a su gusto lo que quiere con los judíos que están en el campo de concentración, los tratan como basura, como subhumanos. Pero por paradojas de la vida, su hijo, muy ingenuo, termina haciéndose amigo de un niño judío que tienen prisionero, creyendo que el uniforme que les ponían era un pijama. Y a partir de esa confusión, al hijo del jerarca nazi lo terminan matando en una cámara de gas, confundido con un judío.

Yo maté gente, mucha. La verdad, perdí la cuenta de cuántos fueron. Y los cadáveres los tirábamos por allí. Ahora hasta me da vergüenza decir lo que

*hacíamos. Había un loco entre nosotros que tenía relaciones sexuales con las mujeres muertas, con las jovencitas, claro, con los cadáveres todavía calientes, mutilados por las torturas y las violaciones. Necrofilia creo que le llaman a eso, ¿verdad? Bueno..., ya ven: los seres humanos damos para todo. En África, aquel negro dictador no recuerdo de qué país, un tal Idi Amín Dadá, se comía algunos órganos de sus rivales muertos. ¿Qué me cuentan? Así somos los seres humanos. ¡Pero tiene que haber límites!*

*Yo eso lo entendí de grande. Por eso me agarró la culpa. Si mis hijos me ven como un hijo de puta porque les arruiné su vida en buena medida, tienen razón. Si ahora me dejaron abandonado aquí, tienen razón. No pido clemencia, ni perdón, ni me voy a golpear el pecho. Simplemente, como buen soldado que soy, acostumbrado a recibir golpes, diría que si me lo merezco, es correcto. Me lo merezco, y punto.*

*¿Saben la sorpresa que les tengo preparada a los cuatro? Para mi próximo cumpleaños, que viene dentro de poco, los estoy invitando a que lleguen, para festejarlo junto a ellos. Mi esposa ya falleció, lo cual me ahorra un problema. No me pregunten cómo hice para conseguirlo, pero lo cierto es que tengo un revólver 38 con parque. Espero que lleguen los cuatro ese día. Entonces, como acto de despedida, delante de ellos me voy a pegar un tiro en la sien. ¡Castigo es castigo!*

## EL HIJO DE PAGANINI

Terminando la presentación, Edward fue ovacionado por largos minutos. Él sabía que la locura que causaba en el público, el femenino fundamentalmente, se debía a su persona. Pero amable, casi condescendiente, hizo el gesto de compartir los aplausos con los otros cinco integrantes de la banda. Varias muchachas, frenéticas, arrojaban su ropa íntima al escenario.

Esta estrella del rock, con sus 42 años, parecía un adolescente por la forma en que saltaba y electrizaba a sus seguidores en cada show. Era la voz principal del grupo, y ocasionalmente tocaba la guitarra rítmica. Nunca se había casado formalmente, pero había convivido en parejas -todas muy cortas, por cierto- en numerosas ocasiones. Recordaba que, al menos habían sido cinco. De la primera unión nació su único hijo, Peter, ahora un joven de 19 años. De mujeres ocasionales, había perdido la cuenta (en un tiempo llevaba la lista, pero cuando superó las 100, dejó de hacerlo).

Edward mantuvo siempre una vida escandalosa: mucho alcohol, bastante drogas, infinito sexo, violencia cotidiana (era frecuente que se agarrara a trompadas con cualquiera y por cualquier causa. Y era un amante de las armas, de las que tenía una nutrida colección en su casa). Él mismo solía compararse con Paganini, el legendario violinista italiano: tremendamente talentoso en la música, popular como ninguno en su época, profunda vida licenciosa..., y un solo hijo. ¿Pacto con el demonio? Con sonrisa mefistofélica, gustaba hacer esa alusión.

Peter era, igual que Aquiles en relación al virtuoso genovés decimonónico, el único vástago del *rockstar*. Igual que aquel pobre muchacho, acompañaba a su padre en las giras artísticas. Pero Peter estaba harto de esa vida; alguna vez la disfrutó, porque había novedades continuamente, mucha adrenalina, sensación de libertad. Con el paso de los años, sin embargo, se le tornó insoportable. Añoraba una madre fija, un lugar estable de residencia. Su formación académica había sido caótica: hablaba inglés como lengua materna, herencia directa de su progenitor, y chapuceaba otras varias de acuerdo a los lugares donde permanecía un tiempo, ninguna con solvencia. A los 19 años de edad ya conocía varias decenas de ciudades en todo el mundo. Odiaba visceralmente la música.

De igual modo, odiaba visceralmente a su padre, ese “*macho*” que de lo único que le hablaba era de “*cogerse a cuanta mujercita pudiera*” o de “*reventar a patadas en el culo a quien molestará*”, blandiendo algún arma de fuego en su mano (guardaba en su colección privada desde viejos trabucos a modernos fusiles de asalto).

Peter fue creciendo en un profundo resentimiento con relación a lo que había sido su vida, “*alocada vida*”, como solía decir. Para él, según lo que había ido recogiendo de su padre, todo eran luminarias, aplausos y “*culitos para agarrar*”. Pero eso era para “*para Edward*”, ese “*rockero borracho y adicto que no sabía ser padre*”, como



lo definía su hijo. Lo que sí apreciaba de la enseñanza paterna era su vocación de triunfador.

*“Cualquier cosa que hagas hay que hacerla bien, hay que hacerla para ser el mejor”*, transmitía casi con vehemencia la estrella del rock a su hijo. Su peculiar sentido del éxito era una confusa -y peligrosa- mezcla de talento, temeridad bastante imprudente, impunidad y sentimiento megalomaniaco. Su carrera como astro de la música lo había llevado a un sitial de honor en el mundo de la farándula; ello le permitía sentirse un *“fuera de serie”*, con derecho a todo. De ahí que, con el fastuoso aire de una *prima donna*, se permitía cuanto berrinche se le ocurriese. Eran legendarias sus excéntricas demandas minutos antes de comenzar un concierto, amagando no presentarse si no se le cumplían sus exigencias.

Peter se había criado en ese caldo de cultivo. Veía que su padre era realmente exitoso, que sus presentaciones públicas atraían infinidad de personas y que la venta de sus canciones generaba ganancias monumentales. Saberse heredero de esa voluptuosa forma de ser había ido formando en él una confusa sensación: él no era como cualquier jovencito. Al igual que su padre, cuanto capricho se le podía ocurrir, era inmediatamente cumplido por toda la parafernalia que acompañaba a Edward. Aunque, al mismo tiempo, esa vida supuestamente de ensueño, lo atormentaba. No se sentía *“normal”*. Como otros jóvenes de su edad, no podía caminar tranquilo por la calle. Los paparazzi atormentaban; pero más aún atormentaba ser *“el hijo de”*. Peter, como sujeto independiente, no existía.

Su educación había sido un drama. Residiendo habitualmente en Londres, nunca pasaba allí más de unos pocos meses continuos; los viajes marcaban su cotidianidad. De ese modo, las clases eran un verdadero rompecabezas sin mucha lógica. Estudiaba por vía virtual algunas materias; otras las recibía circunstancialmente en los países donde la banda, o más aún su padre, se detenía por algún corto tiempo. En su ciudad natal casi no tenía amigos. En realidad, no los tenía en ningún lado. Igual que Aquiles Paganini, su vida era acompañar a su progenitor, vivir a su sombra escuchando siempre los aplausos ajenos.

Junto a la idea de *“éxito”* que transmitía apasionadamente Edward, la imagen de *“varón sexualmente insaciable”* era el otro elemento que había taladrado por años el entendimiento de Peter. En otros términos: un ensalzamiento absoluto del patriarcado, visto como posesión de mujeres. Los cuerpos femeninos considerados como presea, como trofeo de caza.

Cuando llegó la pubertad y la explosión de hormonas, el Aquiles moderno guardaba una relación ambigua con su padre. *“¿Así habrá sido la vida del hijo de Paganini?”*, se preguntaba. Amor y odio, admiración y abominación, carencia de lugar fijo, atenciones a raudales, pero al mismo tiempo con cuentagotas. Casi su único referente para todo era Edward. Eso agobiaba. Así como agobiaban los interminables aplausos, los estallidos de histeria de las jovencitas y las luminarias que solo estaban direccionadas hacia su padre. A Peter no le quedaba más que ser la sombra, el hijo de...

Con la llegada de su despertar genital empezó a descubrir un mundo nuevo. Pero, contrario a su padre, no le interesaron las mujeres. Tampoco los varones. Él, Peter, quería ser mujer. Tenía pene, pero eso se le antojó un detalle secundario. Sabía que, aunque nacido hombre, podía cambiar esa condición biológica. Desde los 14 años comenzó la transición.

Edward, más allá de su máscara de liberal, era un profundo y reaccionario conservador. Los machistas son machistas, aunque se quieran hacer pasar por progresistas. ¡Punto! ¿Quién más machista que un incorregible Don Juan? Cuando escuchó la decisión de su hijo, entró en crisis.

Su primera reacción fue de violencia extrema. De una patada destrozó una silla. Varios jarrones terminaron hechos añicos, y los gritos retumbaron en toda la casa. Peter estuvo a punto de llorar, pero pudo contenerse.

*“¡Nunca imaginé que me harías algo así!”*, vociferó atroz Edward.

*“Yo no te hago nada. Simplemente te comunico lo que decidí”*.

*“¡Mal hijo!”*

*“Hija”, corrigió Peter. “Y no soy mala”*.

*“¡¿Cómo hija?!”*, agregó enardecido Edward, mientras no paraba de destrozarlo que tenía a mano: adornos, papeles, muebles. Algún asistente se acercó a ver qué sucedía al escuchar los gritos. *“¡No pasa nada!”*, espetó frenético el rockstar, ya fuera de sí, obligando a retirarse al empleado con un gesto amenazante. *“¡¿Cómo hija?!”*, volvió a tomar la palabra el padre. *“El que nace macho, es macho para toda la vida. ¿De dónde mierda te salen estas locas ideas de cambiar de sexo?”*

*“Padre, no te pongas así...”* La voz de Peter se tornó muy tierna, como queriendo endulzar la situación. *“¿De dónde me salen? No sé..., seguramente de verte actuar. Hace tiempo que empecé a odiar esa repugnante forma viril de tratar a las mujeres”*.

*“Yo nunca te enseñé a ser raro”*.

*“No soy raro. En todo caso, seré rara, en femenino”*.

Tranquilizándose algo, intentando respirar hondo y tomarse un tiempo, Edward preguntó:

*“Y ahora ¿qué sigue? ¿Me vas a decir que hay matrimonio a la vista? ¿Vas a tener un hijo? ¿Qué locura nueva viene ahora?”*

Peter encendió un cigarrillo. Se sentó cómodamente en un sofá que se había salvado de la furia destructora de su padre, y con la más pasmosa tranquilidad continuó hablando.

*“Querido padre: los tiempos cambian. Hay que aceptarlo”.*

Edward permanecía estático. Rápidamente su rostro pasó por varios colores: del rojo encendido de la cólera se tornó morado, luego blanco pálido. No salía de su asombro. No sabía si llorar o seguir destruyendo cosas. Pensó pegarle a su hijo, aunque supuso que eso no sería lo mejor, porque seguramente así no se arreglaría nada. Fue la primera vez que dimensionó que la violencia no podía arreglar todo. Él también encendió un cigarrillo, pero de marihuana.

*“¿Qué hijo de la gran puta, Peter! No te crié para esto...”*, dijo luego de un prolongado silencio donde ambos fumaban mirándose fijamente a los ojos.

*“En realidad, padre, nunca me criaste”.* La expresión del joven (o: la joven) iba tornándose desafiante, cada vez más.

*“Habrás escuchado del hijo de Niccolò Paganini, ¿verdad?, comenzó a decir Peter con aplomo. “Aquiles. Pobre tipo, fue siempre un vulgar segundón. Según se cuenta, se terminó suicidando, porque no aguantaba el hecho de ser sombra.”*

*“¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?”*, preguntó algo alterado Edward.

*“¿Tanto te cuesta entenderlo?”.*

Luego de esa respuesta de Peter, se hizo un silencio sepulcral. Terminados sendos cigarrillos, ambos se levantaron sin decir palabra. Edward, sin querer reconocerlo, derramó unas lágrimas. Se autoengañó pensando que eso no le estaba sucediendo (lo del hijo, no lo de las lágrimas).

A partir de ese encuentro, el joven, rebautizado Linda, aceleró cada vez más su transformación. Dado que no le faltaban recursos, hizo todo lo necesario para pasar a ser una hermosa mujer con escultural cuerpo. Luego de varias intervenciones quirúrgicas, era una muy atractiva muchacha de prominentes pechos y larga cabellera rubia. Maquillaje y tacones no podían faltar en su indumentaria. Edward trató de ir alejándose cada vez más de su hijo; ya no lo llevó más a ninguna de sus giras.

La vida del rockstar no cambió mucho; al menos en lo aparente. Continuó siendo el alma de la banda, cada vez más histriónico, con presentaciones crecientemente estudiadas en cada detalle, con una vida mediática dedicada por entero a la pose bajo los reflectores. En lo interno, en lo que jamás hablaba con nadie, la sensación de fracaso le iba carcomiendo. Nadie lo advirtió, pero fue en crecimiento su consumo de cocaína. Sin confesarlo jamás, en la soledad de sus noches varias veces lloró. Se lamentaba por lo de Peter, ahora Linda.

La devenida muchacha, seguramente siguiendo caminos trazados por su padre, también quedó fascinada por los reflectores. La belleza pasó a ser su principal preocupación. Del joven con barba hirsuta de la adolescencia ya no quedaba nada; ahora el glamour de una *top-model* inundaba toda su vida. “*Cualquier cosa que hagas hay que hacerla bien, hay que hacerla para ser el mejor*”, había pasado a ser su consigna de vida. Las enseñanzas de su padre, más allá de detalles circunstanciales, hicieron mella. “*Destacar, ser siempre lo máximo*” era el estandarte a levantar. Ahora, embelesada por la idea de belleza, tenía que ser “*la más bella*”.

Puso todo su empeño en lograrlo. A sus 18 años, ya era una conocida y reputada modelo, muy cautivante por cierto. Pero seguía siendo “el hijo de Edward T.”, ahora en versión femenina. Para Peter -o Linda- eso se mantenía igual: era su condena, su abominación. No podía valer por sus propios medios. Cada vez que lograba un contrato -cosa crecientemente frecuente- no faltaba quien le preguntara por su padre. O peor aún: que la ligara directamente al padre. “*La hija de Edward, ¿verdad?*” Aunque lo más grave era la pregunta -que muchas veces no la hacían por recato, pero que otras veces no faltaba- sobre su identidad sexual. “*Si antes era hombrecito... ¿qué pasó?*”

Peter/Linda ya desesperaba con eso. Si bien había comenzado a tener vida propia y sus presentaciones en público comenzaban a ser numerosas, la sombra del padre continuaba pesándole. Los encuentros padre/hijo se iban haciendo cada vez más espaciados. Ambos comenzaron a odiarse.

El odio se fue tornando visceral. Ya no se hablaban, y cada vez que podían, el uno hablaba mal del otro con el interlocutor que fuera. Edward trataba por todos los medios que no trascendiera que tenía un hijo varón convertido en mujer transgénero. Por el contrario, Peter había decidido utilizar la fama de su padre para que le sirviera como trampolín. “*El hijo del rockero se hizo mujer, y ahora es Miss Universo, la más bella de todas*”, soñaba con poder escuchar. Su fama vendría por lo que había pasado a ser y no por la herencia paterna.

Para terminar de completar su proceso de transformación, Peter/Linda se sometería ahora a una orquiectomía (extirpación de los testículos) y una penectomía (extirpación del pene). Tan perfecta debería ser la intervención que nadie podría sospechar que en su origen había sido varón. Mantendría la operación en secreto, que realizaría un equipo de famosos cirujanos en Boston. Lo que más ansiaba, era que su padre no se enterara. La relación se había tensado a tal punto que ya no solo no se comunicaban sino que se odiaban profundamente, buscando dañar uno al otro.

Antes de su operación, Peter -claramente Peter, aún con pene, antes de ser en todo sentido Linda- decidió masturbarse por última vez. Debería ser una despedida inolvidable. Para ello preparó algo especial. Inspirándose en algo que había leído vez pasada por allí, utilizaría una aspiradora. Introduciendo el pene erecto en la manguera de aspiración, pondría en marcha el artefacto. De esa manera, de

acuerdo a lo investigado, sentiría una placentera succión, como si le estuvieran haciendo sexo oral. Resulta, sin embargo, que la información obtenida no era precisamente muy correcta. Puesta a funcionar la aspiradora, produjo una succión tan potente que le dañó severamente el glande.

Pero la aventura no terminó en forma tan simple, y mucho menos, deliciosa. El dolor producido fue tan grande que comenzó a dar gritos despavoridos, quedando el pene flácido metido de tal manera en el electrodoméstico que no lo podía retirar. Fue necesario llamar a un servicio médico de urgencia. Los paparazzi, siempre dispuestos a obtener escandalosas noticias frescas, estaban apostados en las afueras de la residencia (Peter aún convivía con su padre). Por supuesto, el hecho se difundió con celeridad monumental. Al día siguiente era la comidilla de todo el Reino Unido.

Pero no solo en el archipiélago británico impactó; dada la fama de Edward, y de la que ya iba cobrando la modelo, la novedad se esparció por el orbe. Las burlas no faltaron, por supuesto. Indirectamente, Peter logró la notoriedad que tanto había buscado. “El hijo del rockstar” ahora brillaba con luz propia. Claro que..., una luz que no hubiera deseado el joven.

El padre, más que avergonzarse o preocuparse, se sintió alegre. “*Ojalá así aprenda este imbécil*”, se dijo pletórico. “*Ahora sí que va a ser mujercita...*” Peter/Linda moría de la consternación. Los chistes que recibió en los días siguientes fueron, además de ofensivos, extremadamente interminables.

Un mes después del accidente era su cumpleaños número diecinueve. Como todavía seguía habitando la mansión paterna, Edward decidió celebrar el nuevo aniversario de su hijo. De esa forma, organizó una fiesta sorpresa. Invitó a poca gente, algo muy íntimo -unas 30 personas-. Aunque no faltaron los medios de comunicación; los más amarillistas, por cierto. Había que darle notoriedad al asunto. El padre colocó en un sitio bien visible, en los jardines, una enorme piñata, de esas que tanto le habían fascinado en sus viajes a México, y de las que gustaban tanto a Peter cuando pequeño. Eligió como motivo de la misma un pene erecto.

Peter, aún convaleciente del percance, vestido como una elegante joven, no resistió el agravio. En medio de la fiesta, pidió permiso para retirarse un momento. Se dirigió al cuarto de su padre, donde sabía que éste guardaba una pistola, siempre cargada. La intención, decidida en un relámpago de ira, era vaciar el cargador sobre la humanidad de Edward. Luego vería: quizá se suicidaba, o intentaba huir. Eso era secundario.

Edward, en el momento en que su hijo tomó la fatal decisión, no estaba con los invitados. Se había ausentado, seguramente para ir a vomitar al baño, o para buscar más droga. Cuando Linda llegó a la alcoba paterna, no pudo utilizar la bendita pistola. Ya lo había hecho su padre, con silenciador. El balazo, muy certero, entró por la sien derecha y le destrozó el cerebro. Linda rio satisfecha.

## ENIGMA RESUELTO

Alrededor de media mañana llegó a la plaza y se sentó en la primera banca que vio desocupada. Ahí permaneció largas horas sin moverse.

Cuando el sol fue cambiando de posición, en un momento le bañó el rostro. Eso no le incomodó. Ahí siguió inamovible.

Por la tarde, cuando la plaza se llenó de niños con sus madres divirtiéndose en los juegos infantiles, seguía sentado en el mismo sitio. Eso llamó la atención de más de alguna señora. Lo hicieron notar a los cuidadores del lugar, quienes discretamente se le acercaron para ver qué estaba pasando. Su cara impassible, con aspecto casi sepulcral, era una máscara impenetrable.

Anocheció. La plaza se fue vaciando; los guardianes se retiraron, pero él seguía ahí. A la mañana siguiente, en la misma banca, casi en la misma posición del día anterior, ahí continuaba sentado. Los cuidadores municipales comenzaron a alarmarse. Eso era demasiado raro. Conjeturaron las más diversas explicaciones, pero ante la duda, optaron por llamar a la policía.

Aunque no había motivo alguno para detenerlo, esa prolongada presencia despertaba sospechas. Quizá le pasaba algo, estaba enfermo, necesitaba ayuda. ¿Podría ser un loco escapado del manicomio?

Interrogado por la pareja de agentes que se le acercó muy gentilmente, se limitó a decir que estaba viendo si se ganaba el millón de dólares ofrecido por el Instituto Clay de Matemáticas, de Cambridge, Massachusetts. Los dos policías, un hombre y una mujer, no sabían si era una broma o un delirio. Se miraron atónitos, desconcertados. Al insistir en su interrogatorio, tuvieron como toda respuesta un pedido de silencio -expresado con su mano derecha en alto- y la concisa frase de *“Ya estoy por resolver la hipótesis de Riemann. Déjenme solo”*.

Sin saber cómo actuar, los guardianes del orden tuvieron que hacer un esfuerzo para no reír. Dándose indicaciones con señas, la mujer terció nuevamente, preguntando qué era esa “hipótesis”.

*“¿No saben? La conjetura que formuló Riemann en 1859 sobre la distribución de los números primos, de los ceros en la función zeta, más exactamente”*.

El agente masculino pensó que lo mejor sería pedir refuerzos. Su señal fue clara: el sujeto en cuestión estaba loco.

De pronto, el interrogado saltó eufórico de su asiento, profiriendo un grito ensordecedor.

*“¡Eureka! ¡¡Gané el millón!!”*

La pareja de policías, más unos cuantos curiosos que se habían ido acercando, quedaron perplejos.

En la estación de policía, el barbado joven, con ojos inyectados sangre y señas evidentes de llevar varios días sin dormir, pidió papel y lápiz. Quería escribir la forma en que había resuelto la conjetura matemática. Nadie lo entendió, y no sabían si era un chiste, un delirio, o una coartada para escapar de algún crimen recién cometido.

El psiquiatra forense necesitó una larga entrevista de dos horas para comenzar a entender de qué se trataba. El profesor de Matemáticas consultado por vía telefónica pidió hablar con el sospechoso. Luego de otra larga conversación de casi una hora, dijo que parecía cierto: la conjetura estaba resuelta.

Desde el suceso traumático sufrido en su infancia, J. solo se había dedicado a pensar y repensar en silencio. Su formación académica lo había llevado a esas intrincadas elaboraciones numéricas. Así, de ese modo, no recordaba lo sucedido 18 años atrás.

*“18 años, 7 meses, 3 días y dos horas con veintidós minutos, para ser exactos”,* expresó con una voz que parecía robótica, sin sentimiento, lejano.

Solo ahí, cuando se le preguntó qué había pasado, pareció emocionarse, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

*“Con mi hermanito entramos a robar en casa de un tío. Era una apuesta que habíamos hecho. Queríamos hacerle una broma y llevarnos su reloj de oro, solo eso. Pero la jugada salió mal. Mi tío, veterano de guerra, siempre andaba armado. Sin saber que era su sobrino, lo liquidó de tres balazos. Yo, ni sé cómo, pude escapar. Jamás, jamás, jamás en mi vida quise hablar de eso. Con el millón de dólares pienso comprarle el mejor reloj del mundo a mi tío, que es un viejito, y ahora está en un geriátrico”.*

## NO ME ATRAPARÁN

La ciudad de Bangkok estaba estupefacta. Si bien siempre había habido crímenes violentos -como en cualquier parte del mundo-, lo que ahora se estaba viendo superaba todos los límites.

La policía se encontraba desconcertada, mientras que los medios de comunicación hacían su gran negocio con las noticias sensacionalistas. Entretanto, la población no salía de su asombro. O de su terror.

A quien más preocupaba lo que estaba sucediendo era al grupo de las mujeres. En especial, las mujeres jóvenes; y más en particular aún, a las trabajadoras sexuales.

En los cuatro primeros meses del año ya iban 32 mujeres asesinadas. Era un promedio de 2 por semana. Algo increíble, inaudito. La mitad de ellas eran sexoservidoras. Todas, sin importar su condición, tenían no más de 30 años. El promedio rondaba los 24. También había estudiantes, trabajadoras, amas de casa.

De las cosas más sorprendentes, era la forma en que aparecían los cuerpos: siempre brutalmente agredidos, con muestras de haber sido sometidos a los más espantosos tormentos -en muchos casos descuartizados-, nunca presentaban evidencias de ataque sexual. Jamás un rastro de semen, jamás un desgarró vaginal o anal. Eso despistaba a todos.

Sobrepasada como se sentía, la policía local decidió apelar a la ayuda del FBI estadounidense. Después de los rápidos arreglos diplomáticos, llegaron algunos investigadores del país americano. Para ellos, al igual que para los tailandeses, el desconcierto era total.

Había un patrón que se repetía en todas las muertes, aunque las pistas no estaban nada claras. Todo indicaba que se trataba del mismo hechor: un maniático asesino serial. Eso explicaba todo, pero al mismo tiempo, no explicaba nada.

¿Por qué esa saña enfermiza en cada asesinato? ¿Por qué muchas veces el desmembramiento -extremidades cercenadas, lengua cortada, ojos fuera de sus órbitas- pero nunca una violación? Lo bizarro -y sádico- del asunto abría interminables conjeturas.

La policía de Bangkok, con ayuda de los asesores externos, intentó trazar un perfil psicológico del presunto asesino. Era tremendamente difícil. No podía entenderse por qué, más allá de lo monstruosamente sanguinario, ninguna víctima sufría vejaciones sexuales. ¿Un psicópata homosexual? ¿Una estrategia de distracción para desorientar? ¿Quizá un críptico mensaje en clave, de momento indescifrable? La sensación dominante en las autoridades era que se estaba más perdido que ante el misterio de Jack el destripador.



Se destinaron numerosas policías mujeres encubiertas como prostitutas, preparadas a la perfección en artes marciales, defensa personal y manejo de distintas armas -blancas y de fuego-, a las calles de la ciudad. Como por arte de magia, cesaron las muertes de trabajadoras sexuales. Pero curiosamente comenzaron a aumentar en forma exponencial las de jóvenes estudiantes.

En los tres meses siguientes se produjeron 15 muertes más; siempre mujeres jóvenes, de no más de 22 años, estudiantes de nivel medio o universitarias.

El sadismo aumentó. Ahora, en casi todas las víctimas, además de los desmembramientos, comenzaron a aparecer inscripciones en sus espaldas con instrumentos punzo-cortantes. Escrito en lengua tailandesa podía leerse: “*¡No me atraparán!*” Quien quiera que fuera el asesino, o los asesinos -se comenzó a especular que podía tratarse de una macabra banda, quizá una secta satánica- era evidente que estaba jugando con la policía y con la opinión pública.

La población de Bangkok estaba horrorizada. Los asesinatos en serie se habían transformado ya en noticia nacional. Incluso habían trascendido fronteras, y dado que era sabido que había colaboración del FBI -no encubierta, por cierto- el hecho tomó estado público mundial. La celeridad que permiten las redes sociales hizo de estos asesinatos masivos un evento planetario. Todo el mundo hablaba del asunto. Mientras, la policía seguía profundamente desconcertada.

Al cabo de interminables muertes, con cadáveres en distintos lugares de la ciudad, pero siempre siguiendo un mismo patrón, el asesino se silenció. Pasaron tres meses aproximadamente sin ninguna nueva muerte. Nadie sabía qué estaba pasando. No faltó quien, entre las autoridades, propusiera avisar que el loco homicida había sido detenido. Eso, se especulaba, podía ser una forma de llevar cierta tranquilidad a la población. El público, especialmente el femenino, temblaba. Las mujeres aborrecían salir de sus casas. El pánico se había apoderado.

Una calurosa tarde de un día jueves, una jovencita se presentó en la Central de Policía. Ante la mirada tensa de los agentes que la recibieron, la muchacha pidió que llegara la prensa, pues tenía algo “muy importante” que decir en relación a la cadena de asesinatos recientemente cometidos. Sorprendidos, los policías no sabían cómo reaccionar. Consultados los jefes, se decidió llamar a algunos medios. En un santiamén, dos docenas de periodistas -de radio, televisión y prensa escrita- se agolpaban en la Sala de recepciones de la policía.

Lawan, de 23 años, delgada, esmirriada, con un gesto imperturbable mezcla de lejanía afectiva y sonrisa diabólica, se presentó. Dijo ser hija de uno de los más connotados empresarios del país. Mientras iba hablando, varios periodistas contactaron al presunto padre, quien dijo ser efectivamente su progenitor. En unos pocos minutos, el señor estaba en la sala mirando atónito a su hija. Lawan, con voz monótona, relató uno por uno los 47 asesinatos, dando detalles precisos que solo el asesino podría conocer. Era más que evidente que no mentía.

Nadie podía creerlo, pero la precisión de sus relatos no dejaba lugar a dudas. En un momento sacó de entre sus ropas el estilete con el que dijo que escribía sobre la espalda de sus víctimas. Interrogada entonces por la policía, se declaró culpable de cada uno de los homicidios.

*“¿Por qué lo hizo?”*

*“Para demostrar que las mujeres somos mejores en todo. También como asesinas seriales. Si no me entrego, nunca me hubieran atrapado”.*

## CATÁSTROFE

María de las Mercedes se dejó estar para tener un hijo. Se casó a los 35 y recién a los 39 buscó el embarazo. Eugenio Xavier también se demoró bastante. Tenía 43 cuando se enteró que sería padre. Ambos, padre y madre, pasaron los largos años de su juventud extendida entre viajes, parrandas y lujos exorbitantes. Sus respectivas muy holgadas posiciones económicas se los permitían.

Los negocios familiares heredados les brindaban la oportunidad de realizar sus caprichos sin que nadie se les pudiera oponer. Ser herederos de dos bancos más diez mil hectáreas de tierra fértil, en un caso, o de la acería más grande del país y de una aerolínea en el otro, transformaban sus irracionales berrinches en simpáticas excentricidades.

Cuando supieron que la joven sería madre, la alegría fue mayúscula en ambas familias. Se debía garantizar que las herencias siguieran en buenas manos.

No importaba que el ser en camino fuera varón o mujer. Lo importante era que naciera bien, sin complicaciones, normal por donde se le quisiera ver.

Como extravagancia de multimillonarios, la pareja decidió hacer una gran fiesta cuando se supiera el sexo del vástago. Para ello, dado que con la pandemia de COVID-19 se debían guardar estrictas medidas de seguridad sanitaria, se decidió hacer un almuerzo al aire libre con más de cien comensales. En el transcurso de la celebración, una avioneta dibujaría en los cielos un corazón con el nombre del hijo o hija con humo. Color rosado si era mujercita, celeste si se trataba de un hombrecito.

El ultrasonido se realizó a las 10 de la mañana en el Centro Diagnóstico más caro de la ciudad. De allí, con la noticia recién salida del horno, padre y madre marcharon al Country Club, donde esperaba esa multitud ávida de conocer la noticia.

Como parte de la "sorpresa" preparada, no serían los papás quienes anunciarían el sexo del pequeño, sino el color de la estela que dejaría alguna de las dos avionetas preparadas.

Un momento antes de mediodía, previo al pantagruélico almuerzo, el avión correspondiente debía dejar dibujado un gigantesco corazón en el cielo con el color respectivo. Se sabía que padre y madre, si alguna virtud tenían, era la puntualidad. De ahí que los invitados comenzaron a preocuparse cuando, pasadas las doce, ningún vuelo anunciaba la novedad. Más de media hora después de lo establecido, para mayúscula sorpresa de los invitados, ambas aeronaves dibujaban al unísono un corazón con dos colores.

Quiso el destino, ¿quizá premonitorio?, que en medio de esa maniobra, demasiado arriesgada por cierto, chocaran los aviones cayendo entre llamas sobre los asistentes. María de las Mercedes y Eugenio Xavier, que en ese momento iban incorporándose al grupo, providencialmente resultaron ilesos. Luego, entre llantos y gritos de horror y la risa nerviosa por haberse salvado de la catástrofe, de esa catástrofe, hablaron de la otra catástrofe: el hijo en camino no era enteramente ni rosa ni celeste. Era hermafrodita.

## AMORES QUE NUNCA ACABAN

Sergio era el bobalicón de la clase. Había pegado el estirón de la pubertad antes que los otros compañeros, por lo que a sus 12 años ya era un gigante de 1.80 mts. Pese a su tamaño -altura y peso, pues rondaba los 120 kgs.- seguía teniendo cara de niño asustado. En realidad, era un tierno niñito asustado.

De figura imponente, resultaba incapaz de matar una mosca, por eso todo el resto del grupo, incluida las mujeres, lo acosaba de continuo. No era mal alumno, aunque tampoco destacaba por sus notas. La pésima ortografía era su sombra negra. Incluso su nombre, en más de alguna ocasión, lo había escrito con errores: *Cergio*. Término medio en todo: ni triste ni alegre. Siempre con una sonrisa a flor de labios, aunque nada la justificara, soportaba estoicamente las burlas.

En su casa no decía una palabra de las ofensas recibidas en el colegio. Secretamente, sufría horrores. Su rostro aparentemente alegre era una burda máscara que ocultaba un furioso volcán listo para estallar en cualquier momento.

Después de mucho insistir, consiguió que sus padres aceptaran inscribirlo en un gimnasio. Oficialmente iría a hacer ejercicios para reducir el ya incipiente abdomen. El fin real, oculto para sus progenitores, era tomar clases de boxeo. Nunca lo dijo en su hogar, pero ya desde el inicio dejó atónitos a sus preparadores: su fuerza en los puños era desproporcionada. No podían creer que un jovencito de 12 años pudiera abrir un considerable hoyo en la pared de un directo. ¡Y no se quebraba los nudillos!

Fue allí que conoció a Mirtha. La jovencita, escultural muchacha quinceañera que concitaba la lasciva mirada de todos los varones del gimnasio, inmediatamente quedó fascinada con Sergio. Y él con ella. Fue Mirtha quien lo animó a salirse de su lugar de objeto atormentado, eternamente acongojado, sufriente. “*Sos una cosa acosada*”, dijo con pícaro sonrisa.

Esas palabras fueron suficientes para despertar en Sergio sus ansias de venganza. El dolor acumulado era tan fabuloso que una pequeña chispa podía encender el fuego. Y el fuego se encendió. Más que fuego, fue una monumental hoguera con ribetes sádicos, una pira inapagable que iba ardiendo cada vez más.

Eran varios los promotores del acoso, pero en especial dos: Marcelo y Martín. Sergio pensó en ir eliminando a todos los molestos; los líderes del grupo encabezaban la lista, aunque había muchos más.

Fue buscando la manera de encontrarse uno a uno con aquellos de quien deseaba vengarse, siempre a solas, sin testigos. El baño de la escuela era el lugar ideal. Fue así que los tres primeros “ajusticiados” requirieron, en todos los casos, sendas hospitalizaciones. Sus *cross* al rostro eran demoledores. Uno de los ataques

terminó con el tabique nasal fracturado, necesitando operación; el otro perdió su ojo derecho. Un tercero, de los que más se burlaba, perdió cuatro piezas dentales y debió recibir cirugía restaurativa en el labio superior.

Las autoridades del centro educativo estaban escandalizadas. No había ninguna prueba que pudiera incriminar a nadie. Se dio parte a la policía de Montevideo para que actuara, pero la institución no supo bien cómo tomar cartas en el asunto. Destinó algún investigador, aunque éste poco pudo hacer.

Se sospechó que podía ser Sergio quien estuviera tras todo esto tomándose venganza, pero no había modo alguno de demostrarlo. Eso no pasaba de la conjetura. El vengador, sabiendo que ya se habían encendido las alarmas en la escuela, prefirió cambiar un tanto las reglas de juego. Seguirían las venganzas -ya le había entusiasmado la obra-, pero tomándose otros recaudos. Ya no sería en la escuela.

Ante las sospechas que podían levantarse sobre su persona, Sergio optó por la seguridad. El ansia de venganza podía esperar. Más aún: si no tomaba las precauciones del caso, el plan podía estropearse.

Pasaron varios meses desde los primeros heridos. La dirección del establecimiento intentó por todos los medios mantener un bajo perfil para con lo sucedido. Dos de los jovencitos fueron retirados del colegio, y sus padres abrieron juicios. La policía y el sistema de justicia no sabían cómo proceder. Sergio sí.

*“El sufrimiento padecido no podía quedar así”*, se decía. Su ahora noviecita lo alentaba a seguir adelante con su empresa. Quedaban todavía los principales, los instigadores: Martín y Marcelo. El acoso hacia él, luego de los rostros destruidos a trompadas, había cesado por completo. Ahora todo el mundo se acercaba amistosamente a Sergio. Incluso Beatriz, la más bonita de todas las muchachas, se le arrojaba en son de conquista. El ayer acosado ahora seguía sonriendo con su cara de bobalicón, pero permitía que la clase completa fingiera ser su amiga. Él también fingía.

Así fue como pudo conocer la dirección de la casa de Martín. Una tarde, con cualquier excusa, prepararon una visita de Mirtha al lugar. La jovencita, a quien el otrora acosador no conocía, logró que Martín saliera de su morada. Mientras lo distraía/seducía con cualquier banal argumento, de detrás de un árbol apareció Sergio, oportunamente enmascarado. De un aparatoso gancho al hígado derribó a Martín, quien ya en el suelo recibió ocho patadas en la cabeza. La conmoción cerebral sufrida le impidió terminar ese año escolar.

En la escuela ya todos estaban consternados, alumnos, maestros, autoridades, padres de familia. El verdadero sentimiento que cundió era de terror. ¿Quién sería el próximo?

Sergio jugaba a la perfección su papel de tonto. Igual que todos los jovencitos y jovencitas, se mostraba atribulado por los acontecimientos. Con su familia, que ya se había enterado de los sucesos, fingía extrañeza y preocupación. Algunos estudiantes sospechaban de él, pero no lo podían creer, pues los vejámenes ya habían desaparecido. Ahora todos lo querían, lo respetaban, incluso algunas lo admiraban. De esa forma, no había motivos. O no los había aparentemente. El odio acumulado seguía ahí. “*La venganza es el placer de los dioses*”, escuchó por allí; la frase le pareció apoteósica.

Faltaba muy poco para finalizar el ciclo lectivo. Restaba aún por ajusticiar al principal, el que realmente había promovido los abusos desde dos años atrás, y que a inicios del presente año había llegado al colmo de orinar en la cabeza de Sergio: Marcelo.

Quiso la casualidad que a dos días del final de las clases, terminando un recreo, ambos jóvenes se encontraron en el baño de varones. Estaban ellos dos solos; el resto de muchachitos ya se había retirado (algunos iban a fumar a escondidas allí; eran sus primeros cigarrillos, por supuesto con toda la adrenalina de la travesura). Marcelo pretendió ser simpático, pero el tremendo *uppercut* de derecha de Sergio a la mandíbula del atacado no le dejó terminar la frase comenzada. Al caer, su nuca golpeó mortalmente contra un inodoro.

Sergio, al constatar la gravedad de lo sucedido, abandonó el baño con todo sigilo. Nadie vio lo acontecido. Solo un buen rato más tarde, al constatar la maestra que faltaba Marcelo en el salón, se prendieron las alarmas. Cuando llegaron los paramédicos en la ambulancia, el joven yacía boca arriba. No había nada que hacer: el golpe en la nuca había sido fatal.

El noviazgo de Sergio y Mirtha no duró mucho. Al hacerse pública la muerte de Marcelo, la muchacha interrogó estupefacta a su novio. Sergio negó rotundamente su participación. “*Se debe haber resbalado y golpeado la cabeza al caer*”, respondió con frialdad. Como no había ninguna otra señal de agresión -el golpe en la mandíbula no podía constatarse-, finalmente se impuso la explicación de un accidente fortuito. Sergio, satisfecho, sonreía en silencio.

Andando el tiempo, la vida de todas y todos quienes habían vivido esos acontecimientos, siguió cursos muy diferentes. Mirtha alguna vez contó, cuando daba testimonios a la Comisión para la Paz que estudiaba el caso de los desaparecidos durante la dictadura de los años 70-80, que ella seguía sin entender qué había sucedido. A Sergio dejó verlo desde aquella época de la escuela primaria. Supo por terceros que él se había metido a la policía. Ella, al Movimiento Tupamaros, la guerrilla marxista del Uruguay. En una redada, junto a varios compañeros de militancia, fue hecha prisionera. Ya en la sala de torturas, el verdugo que se ocupó de ella se le hizo familiar. Aunque llevaba capucha y hablaba muy poco, su voz era inconfundible. Apenas si la golpeó. Se electrizó cuando escuchó que iban a violarla. El torturador del caso, a los gritos, mandó que se fueran los otros y que él se ocuparía. No termina de entender, ahora que pasaron muchos años,

cómo fue que, medio drogada, apareció libre, no habiendo sido violada, arrojada en un descampado a las afueras de Montevideo. Lo más curioso, lo que se le hace absolutamente ininteligible, es el papelito que llevaba en su bolsillo del pantalón. “*Gracias*”, decía.



## EL DOCTOR

Entre la basura del Mercado Central, cubierto con papeles de diario, en medio de orines, vómitos y fruta podrida, se acomodaban los indigentes para pasar una noche más. Había uno, muy particular, por cierto, que en medio de su borrachera recitaba poemas de Rilke y de Bertolt Brecht, en alemán. Nadie conocía su verdadero nombre; nadie, al menos, de su círculo cotidiano: borrachos crónicos y mendigos. Para todos era simplemente “el Doctor”.

A los promotores de la oficina de Pastoral Social de la parroquia de la zona, quienes asistían a estos grupos de pordioseros, les llamaba la atención ese personaje. Especialmente a una jovencita, estudiante de Trabajo Social, aguda y desconfiada. Irma se llamaba. *“El Doctor’ no es como todos.... Además ¿por qué lo llamarían así?”*, se preguntaba inquieta. La vez que, en medio de su resaca, le explicó el funcionamiento de las aurículas y los ventrículos, la dejó sorprendida. *“¿Cómo podía ser que ese borracho empedernido supiera todo eso?”*. Cuando le contó cómo se podía hacer un aborto con instrumentos precarios, la joven quedó atónita.

El Doctor casi no hablaba con nadie. En realidad no estaba casi nunca en condiciones de hacerlo; borracho de caerse, sus diálogos eran monólogos incomprensibles. Había que prestarle particular atención para deshilvanarlos. Para muchos, podía pasar simplemente por loco, uno más de los tantos que poblaban esas peligrosas calles. Irma, con paciencia indecible, se tomaba la molestia de escucharlo.

*“Mira, compita: tienes que procurar seguir estudiando, siempre, ¿oíste? Porque no hay otra alternativa posible para salir de esta mierda. Y cuanto más puedas capacitarte, mejor. Y si puedes estudiar alemán, mejor todavía. Verstanden, meine liebe Freundin?”*, le decía el Doctor alguna vez, en un raro momento de lucidez, o de no tanta embriaguez más precisamente, con un penetrante aliento mezcla de alcohol y vómito. No faltaban tampoco los olores a orina y heces fecales. La “mierda” a que se refería el Doctor estaba por todos lados, en lo físico y en lo espiritual.

Era la enésima vez que Irma se lo preguntaba, no consiguiendo nunca una respuesta. Esa noche fue distinto. *“A ver si hoy me lo cuenta. ¿Por qué le dicen ‘el Doctor’ a usted?”*, se atrevió a inquirirle Irma ese miércoles de bastante frío. El Doctor rió con picardía y le dijo: *“aquí no puedo hablar; caminemos y bebamos algo. Y te cuento”*. Irma sonrió y agregó: *“de acuerdo, pero nada de alcohol por esta noche”*. El Doctor aceptó y se marcharon. Caminaron un par de cuadras y encontraron una sórdida cantina.

Se sentaron, y la mesera, que conocía al vagabundo, con aire maternal le dijo: *“Hijo, ¡mira cómo andas!, con esa ropa y ese olor. Deberías cuidar más tu apariencia, o asustarás a esta bella señorita que te acompaña”*. El Doctor asintió con la cabeza,

enrojando algo; Irma sólo sonrió. *“Dígame Doctor, ¿qué toma?”* El Doctor, muy avergonzado, pidió un café bien cargado; Irma agregó: *“que sean dos”*.

*“Así que, cuénteme: ¿por qué lo llaman así? ¿Cuál es su verdadero nombre?”*, inquirió Irma. *“Eehhh...”*, dijo el Doctor –mientras daba un profundo suspiro–, *“espero estés preparada para escuchar todo lo que tengo para contarte”*. *“Por supuesto”*, agregó la joven. *“Es largo y complicado. Pero... ahí va”*, dijo balbuceante. *“Hace muchos, muchos años vivía en otra ciudad en el interior, lejos de aquí. Aunque tú no me lo creas, era un muchacho distinto a como me veo hoy; bastante atractivo, con muchas muchachas a mi alrededor. Hablaba muy bien alemán por aquel entonces, porque había estudiado en la Deutsche Schule. Tenía un hogar estable; vivía todavía con mis viejos, que eran hijos de alemanes. Yo era el mayor de tres hermanos. Era un prominente estudiante de Medicina; todo mi porvenir parecía brillante: un excelente promedio, reconocimiento por parte de mis catedráticos, admiración por muchas personas, chicas bonitas como tú, sobre todo”* –agregó con picardía, guiñando un ojo– *“Pero había una, una en especial que me causaba un ‘no sé qué’, un algo especial. Una hermosa joven, de ojos grandes y oscuros, una sonrisa brillante. ¡Vaya!: irradiaba una dulzura, una ternura, una sagacidad que hacía palpar a cualquiera. Hasta diría... igualita a como te veo, con todo respeto, claro...”* Irma escuchaba con profunda atención. *“Tus ojazos negros me recuerdan a aquella muchacha...”*. El Doctor se quedó mudo por un instante. *“Y tu inteligencia...”*

Entraba la noche. Los parroquianos, algunos conociendo al Doctor, comenzaron a marcharse. *“Me interesé mucho por ella, buscaba cualquier pretexto para verla, para saber de ella. Yo era un presumido que podía hacer caer a cualquier chica; la experiencia te va dando ese don, pero algo pasaba con esta muchacha, algo me hacía pensar que con ella no sería tan fácil. Me la pasaba pensando en esta muchacha, pensando cómo agradarla, cómo acercarme sin que fuera a darme una bofetada. Una vez hice algo raro: mandé flores a todo un grupo de muchachas con las que estudiaba, porque no me atrevía a mandárselas solo a ella. Fue un regalo... disfrazado, digamos”*.

Irma no respiraba, no pestañaba: estaba absorta en el relato del Doctor. La mesera se acercó para ofrecerles algo más; el viejo y la joven parecían haber perdido la dimensión del tiempo. Llevaban más de una hora ahí sentados, sintiendo que recién estaban empezando a hablar.

*“Yo sabía que esta muchacha tenía novio. Estaba seguro que no me iba a prestar atención; en realidad, era una de las chicas más deseadas en toda la carrera de Medicina. Y tenía fama de ‘difícil’. En realidad, era un poco engreída. No me preguntes qué pasó, pero dos meses después de esas flores, estaba embarazada. ¡Y yo era el padre de la criatura que venía en camino!”*. Guardó un largo silencio; los ojos se le poblaron de lágrimas.

*“¿Entonces?”*, preguntó Irma con una angustia que la desbordaba. Contrariando los protocolos que debía seguir en su trabajo con personas indigentes –protocolos

rígidos, que no admitían discusiones— no pudo (ni quiso) evitar tomarle la mano. También ella, con lágrimas en los ojos —de emoción, de expectativa, de ansiedad creciente— temblaba.

“*Bueno... me da un poco de vergüenza decirlo, pero...*” No pudo seguir; las palabras se le quebraron y el llanto ahora fue copioso.

“*¿Puedo pedir algo fuerte, un ron, un tequila?*”, preguntó el Doctor con actitud pueril, atemorizado, casi avergonzado.

“*Sabe que no, Doctor. Esa era la condición, ¿verdad?*” La joven dudó por un instante, quedó muda, y luego de luchar un interminable momento consigo misma ordenó a la cantinera: “*dos tequilas doble*”.

“*Gracias, hija*”...

“*¡No soy su hija, Doc., no me diga así!*” Irma, sin saber por qué, iba quedando estupefacta, boquiabierta. Nadie, nunca en su vida, jamás la había llamado ‘hija’. Ella también tenía una historia negra a sus espaldas de la que prefería no hablar. Nunca la contaba, la angustiaba sobremanera. Era huérfana. Según sabía, trayéndola de otra ciudad, la habían abandonado frente a un convento de monjas recién nacida, donde se crió. Ahora estudiaba Trabajo Social, y su labor de samaritana atendiendo desarrapados e indigentes por las calles la sentía como un pago en agradecimiento a la vida.

“*Continúe Doctor, cuénteme qué pasó con esa criatura que esperaban*”. Nuevamente se le poblaron de lágrimas los ojos. El Doctor continuó: “*no sé cómo contarte esto; es más, ni siquiera sé si vas a entenderme, te ves como una niña sin...*” Irma interrumpió abruptamente: “*¡no soy una niña!, ¿no ve cómo me ha costado llegar hasta donde estoy?*”. El Doctor se disculpó. El tequila ayudaba a bajar los ánimos... ¿o a subirlos?

“*Esa criatura que venía en camino, era mía. Una tarde esa muchacha que me tenía loco, vino a hablarme, pero yo, muy ocupado con mis amigos, no le presté atención. Se fue llorando. ¡Cómo me arrepiento de eso, de no haberla escuchado!*”.

“*¿Cómo se llamaba esa mujer?*”, preguntó Irma. “*Victoria*” agregó con parsimonia el Doctor. “*Bueno, como ya me sacaste el nombre, la llamaré siempre así ahora: Victoria*”. Irma aún no iba por la mitad de su vaso, cuando el Doctor ya había terminado el suyo. No se atrevió a pedir otro, pero eso hubiese deseado.

“*No me di cuenta que ella quería contarme algo importante. Preferí seguir parrandeando con los amigos. Después me di cuenta lo que quería decirme aquella tarde Victoria*”.

Llegados a este punto, fue Irma quien pidió dos tragos más. Sabía que eso no estaba bien, que si las monjas con quienes vivía se enteraran, tendría problemas,

pero la angustia que la iba ganando era demasiado grande. “¡Que sean dobles!”, agregó.

El Doctor, con los ojos encendidos –por el licor, o por la tristeza – continuó con voz pausada: “*Al día siguiente, ya sin tragos encima, los que estábamos bebiendo con mis amigos, me di cuenta de lo tonto que había sido. La llamé a su casa, y me dijeron que Victoria no podía contestarme, que había tenido que viajar de urgencia por algunos meses*”.

“¿El bebé en camino era suyo?”, preguntó Irma con ternura.

“*Sí... Lamentablemente: sí. Ya ni recuerdo cómo, Victoria me hizo llegar una esquelita contándome que estaba embarazada..., de mí. Digo “lamentablemente” porque ninguno de los dos quería tener ese hijo. Mejor dicho: ¡no podíamos! Nuestras familias no estaban mal económicamente. De hecho, la de Irma era encumbrada, de la “sociedad”, digamos. Tener una hija embarazada antes de fecha –ella tenía que graduarse primero, por supuesto– sería una deshonra. Las dos familias eran católicas, de esas que se golpean el pecho*”.

A Irma comenzó a temblarle el ojo izquierdo, y no podía contenerlo.

“*Ya sabes lo que son las religiones, m’hija, aunque trabajes para una congregación religiosa bienintencionada: ¡son hipócritas! ¿Me permites decirlo? ¡Son una mierda! Por su culpa yo terminé de borracho. Pero, bueno: no es ese el punto. Lo cierto es que ninguna de las dos familias hubiera aceptado el embarazo. ¡Y mucho menos abortar!*”

Irma no salía de su asombro. Si bien había sido criada en un orfanato de monjas y, al menos superficialmente, se sentía una católica que iba cada domingo a misa, en la soledad de su reflexión compartía totalmente lo expresado por el Doctor. Sabía que había demasiada hipocresía. Las relaciones sexuales encubiertas que le obligaba a mantener la Madre Superiora en su despacho, de las que la joven jamás había contado una palabra por el terror con que vivía, le parecían deleznales. Eso la llevó a cuestionarse cada vez más la religión y el papel de las iglesias.

“¿Qué pasó entonces?”, preguntó Irma con una ansiedad desbordada.

“*Victoria dejó la carrera, salió de la ciudad –se puso cualquier excusa ante la gente– y tuvo su hija en otro sitio. Luego regresó a la casa, pero la bebé –era una mujercita de enormes ojazos negros, como los tuyos... yo la vi solo una vez, por no más de cinco minutos– la bebé fue dada en adopción. Creo que la entregaron en la Casa de la Santa Misión de las Adoratrices de Nuestro Señor del Cristo reencarnado. Yo, entre nos, la llamo la casa de San Polomío. Esa que queda por el Parque Central, aquí, en la capital*”.

Irma quedó atónita, estupefacta. Con voz entrecortada, casi sin aliento, pudo preguntar:

“¿Cuándo fue eso?”

“Hace más de veinte años. Veintidós, para ser exactos”.

La joven, con el latido de su ojo izquierdo ya crecido en forma desesperante, empezó a llorar. Tartamudeando, con más rabia que otra cosa en su expresión, agregó:

*“Yo, doc., fui entregada en esa casa de monjas hace veintidós años. Y según lo que me contaron, mi madre fue una mujer de muy buena posición social de una ciudad del interior, hija de terratenientes, que por culpa de un –como dicen las hermanas – un “descarriado que la embarazó y luego la abandonó”, tuvo ese traspie en su vida”. Por allí alguna vez una de las monjas me contó algo de mi padre, que, según habían sabido, se había dado a la bebida. Y vivía aquí, en la capital. Parece que era medio alemán, y sabía algo de Medicina”.*

“¿Y qué más te dijeron de tu padre?”, preguntó el Doctor, con el ceño fruncido y recobrando rápidamente toda la lucidez que dos vasos de tequila –y años de miserable vida de indigente– le habían ido quitando.

Irma echó a llorar y abrazó con fuerza a su interlocutor. Era evidente que, sin saberlo ni haberlo buscado, se encontraba frente a su padre. Su padre, ese borracho indigente que vivía de limosnas para sobrevivir, con esa lúgubre historia a sus espaldas. La cantina se fue vaciando. La mesera tosió como para darles a entender que debían irse.

Luego de varios minutos de llanto ininterrumpido, Irma le preguntó al Doctor si sabía algo sobre su madre. *“Hija, hace veintidós años que yo estoy por acá, en esta loca ciudad. En algún momento lúcido de mi vida en el que no estaba tan caído en el alcohol como ahora, vi a una hermana de ella, tu tía Gertrudis –que parecía una bruja–. Se me acercó con lástima, notando que evidentemente yo ya no era aquel joven apuesto y brillante. Mi miró con cara de asombro y de repudio. Me reclamó que, por irresponsabilidad mía, tu madre se había vuelto como una anciana, que enfermaba a cada rato...”*

Irma miró su reloj; era muy tarde, y podía tener problemas si llegaba a esa hora al convento. La cantinera comenzó a cerrar el local. Pensó: *“las monjas deben estar buscándome, ¿qué hago? No puedo abandonarte, menos ahora que sé que eres mi padre; no quiero regresar a esa iglesia, no soy la misma. Es cierto, tienes razón con lo que dices: con las religiones nos encontramos solo problemas. Pasé veintidós años, sola, sin nadie a quien contarle mis penas, sin una mano amiga de una madre, sin el cuidado y protección de un padre, que ahora me gustaría tan siquiera poder compartir un tiempo con quien acabo de encontrar”.*

El Doctor se quedó paralizado; jamás esperó esa respuesta por parte de Irma. Quedó gratamente sorprendido al ver que no le importó que fuera un indigente apestoso, sin futuro que poder ofrecerle.

*“Pero hija: ¿qué puede darte este mendigo? Seguro que nada de lo que tú mereces, además, mira como estoy...”* Irma interrumpió abruptamente, y agregó vehemente: *“¡No digas eso! Eso ahora no importa, entiéndeme por favor. ¡Cuántos años de soledad! Ahora que te encuentro, quiero compartir contigo muchos momentos”*. La mesera se acercó con cara seria, dando a entender que iba a cerrar.

*“Yo podría trabajar de cualquier cosa, en una cochina cantina como esta, en una panadería, vendiendo rosas, lavando ropa, lo que sea para que tengamos una mejor vida, ¡papá...!”*. El Doctor no podía articular palabra. *“No lo merezco”*, dijo.

Luego de un prolongado silencio, agregó: *“Así es, hija: por culpa de esa falsa moral de la iglesia, de los curas y de las monjas, me vi forzado a dejar que Victoria escondiera su embarazo. De esa forma, todo se terminó: tu madre tuvo algún intento de suicidio luego del parto. Mientras tanto, yo me deprimí, fui a parar a la calle, y el alcohol hizo el resto. Y tú, ya lo ves: criada por monjas sin saber quiénes son tus padres, solita, abandonada”*.

*“Bueno, pero eso no es todo”*, agregó Irma. Dicho eso, tuvieron que salir de la cantina. Caminando sin rumbo por las calles vacías, tomados del brazo, la joven agregó, con una mezcla de llanto y férrea fiereza: *“Las monjas son malas, padre. Son raras, son un poco maniáticas. ¡Nos violan, a nosotras las muchachas!”*

*“No me sorprende, hija. Eso del celibato, del voto de castidad, todo eso son locuras...”* Quedaron callados un momento. Ya no lloraban. Sus rostros se tornaron tensos. *“La moral es una ridiculez”*, agregó el Doctor. *“Bueno...al menos esa doble moral que nos venden: se golpean el pecho por un lado, y hacen lo contrario de lo que predicán por el otro”*.

*“¡Totalmente de acuerdo!”*, dijo Irma. *“Y sé que estas monjas abortan, también... En el hogar nos dimos cuenta. Varias veces vimos al médico que llegaba a practicarlos, siempre escondido, con una facha que asustaba”*.

El Doctor quedó mudo. Se detuvo; su cara se hizo pétrea, sus ojos tomaron una profundidad desconocida que asustaba. *“Ese doctor...”*, no pudo seguir hablando. Fue necesario que la hija le oprimiera fuertemente el brazo para que no cayera.

*“Ese doctor... ese osado estudiante de Medicina que practica abortos con una aguja de tejer desinfectada, ese loco borracho y perdido, ateo que odia a los curas y las monjas por lo que le hicieron, pero que les practica abortos cuando ellas lo piden... ese doctor... soy yo”*.

## **CUENTO CORTO Y ESTÚPIDO**

Había una vez, hace mucho tiempo, muy lejos de aquí, un príncipe que fue azul – ahora estaba desteñido– y como era muy miedoso, no cazaba dragones ni se atrevía a salvar a su princesa recluida en la torre de un castillo.

Se compró una moto japonesa, y no sabiendo manejar bien, tuvo un accidente. Se quebró la pierna izquierda, por lo que no pudo jugar más al polo ni practicar rafting. Ahora es senador vitalicio en algún lejano país. Para no aburrirse, colecciona estampillas y mira siempre a Laura de América.

Y colorín colorado, me voy a tomar un cafecito.

## EL POZO

Vos sos mexicano, ¿no? Sí, me di cuenta por el acento. Bueno, y porque estamos en México, ¡qué boludo!, ¿no?

¿Qué hago aquí? Uy... si te contara. Es largo. Si tenés tiempo te cuento. La verdad, che, sos la primera persona a quien se lo voy a contar. Y quizá la única. Porque de aquí tengo que agarrar un vuelo para Europa, hacer combinación, voy a El Cairo, en Egipto, y de allí vuelo para Yemen.

¿De por qué voy ahí? Es complicado. Es difícil de explicar. Tenés razón: ¡qué mierda vamos a saber aquí en América Latina de Yemen! Esos son países raros, que nunca escuchamos nombrar. ¿Tenés idea cuál es la capital de Yemen? Por supuesto: aquí no sabemos nada de esa parte del mundo. Eso es de los cuentos de hadas, de "Las mil y una noches". La capital se llama Saná, una ciudad que jamás en la puta vida escuchamos mencionar.

¿Y qué voy a hacer ahí? Bueno..., te cuento. No voy por negocios, no. Ni tampoco soy terrorista musulmán. ¡Olvidate! Voy a pagar deudas. Una deuda fundamental, básica, la más importante de mi vida. Voy a pagar la gran, terrible, monstruosa cagada que cometí años atrás.

¡No!, no te asustes. Soy buenito. Pero hay que explicarlo bien. Yo, ahí donde me ves, soy un asqueroso y repugnante asesino. Soy buenito, porque yo nunca quise matar a nadie. ¡Pero de pelotudo que soy me pasé casi 200 personas, y dejé heridas al menos a otras 1,500! Y todos los daños psicológicos, por supuesto. ¡Eso no se cura nunca!

Tranquilo, hermano. ¡Tranquilo! No soy un asesino en serie, un matón a sueldo. No, nada de eso. Soy el tipo más pelotudo del mundo, y de boludo sin arreglo que soy, hice una imbecilidad hace ya como 20 años que no me está dejando vivir.

¿Te acordás del incendio en aquella discoteca en Argentina? Eso fue en diciembre de hace muchos años, casi veinte pirulos atrás. Bueno... yo fui el pelotudo que tiró la bengala. O más que pelotudo: el tremendo hijo de puta.

Me imagino que te habrás enterado, ¿no? Claro, por supuesto: ¡fue la peor tragedia del rock argentino! No solo argentino, che: ¡fue la peor tragedia del rock mundial! Todavía no se me pasa... Todavía siento los gritos de la gente, los empujones de la muchachada tratando de salir corriendo, la desesperación, el fuego, el humo. Se apagó la luz con el incendio, y eso fue un infierno. ¡Qué horrible! ¡¡Qué mierda!!

Los jueces dijeron que los culpables fueron los empresarios del boliche y algunos funcionarios municipales. Sí, todo eso es más o menos cierto. Sin duda que fue una terrible cagada que dejaran entrar tanta gente, que tuvieran las puertas cerradas, que no hubiera medidas de seguridad. Sí, estoy de acuerdo: que los metan en cana a todos esos soretes, así, por lo menos, los familiares y amigos de las víctimas saben que hay un culpable. Eso tranquiliza un poco. Ya se sabe que los empresarios lo único que quieren es ganar gaita, y se cagan en la gente. ¿Qué les importa diez, cien o mil muertos más si eso da ganancia? Y los inspectores municipales son todos unos tráfugas, unas mierdas. En lo único que piensan es en las coimas. ¿Coimas? Sí, claro: soborno. ¿Cómo se dice aquí? ¿Mordida? Ah, ¡qué simpático!



Por supuesto, los muertos no reviven con esos tipos presos, pero al menos se hace un poco de justicia. Eso está bien. Pero lo peor –te lo cuento con toda confianza–, lo peor de todo esto es que el verdadero culpable anda suelto: soy yo.

A mí siempre me gustó el rock. De pendejo... ¿Qué significa pendejo? Bueno, en Argentina quiere decir pibe, jovencito. Ah, sí: en México quiere decir tonto. Está bien: de pibe, cuando ya era un pendejo en sentido mexicano, es decir: un boludito, quise formar mi grupo de rock. Yo hacía como que tocaba la batería. Nunca estudié, pero tenía un amigo baterista que me enseñó un poco. Y algunas veces me prestaba su batería. Pero nunca llegué a formar una banda. La verdad, flaco –¿cómo te llamás vos?–, la verdad, Ramiro, siempre fui un fracaso. Quizá la única forma de destacar en algo era haciendo un poco de quilombo. ¿Qué quiere decir quilombo? Bueno, en Argentina eso es despelote, ruido, bulla, ¿me entendés? Solo haciendo eso, quilombo, haciéndome notar con algo raro, con algo que llamara la atención, yo me sentía bien. Por eso iba a la cancha a ver a Boca y ahí gritaba como un condenado, puteaba, llevaba el bombo y una matraca. Solo así, haciéndome sentir con esas boludeces, me sentía bien yo. Una vez le tiré una botella a uno de River, y le pegó en la pata. Me acuerdo que se armó un quilombo bárbaro en la cancha..., ¡tuvieron que suspender el partido! Yo, por supuesto, contento, cagándome de risa. Los de la barra hasta me festejaban.

Pero, bueno...lo de aquella discoteca fue lo máximo de todo eso. Yo varias veces había llevado bengalas a conciertos de rock. Es lindo eso, hacer quilombo, sentir que uno vale en el medio de la muchedumbre, que te aplauden. Eso te hace sentir gente, y no el boludo total que soy. Pero, en fin... no quiero aburrirte. ¿Te estoy aburriendo, Ramiro?

Entonces sigo. Bueno, la cuestión es que un gomía... ¿Qué significa gomía? Es que en Argentina se chamuya todo el berre, se habla al revés. Gomía es amigo. Entonces, un amigo me dijo que no hiciera tamaña estupidez, que tirar una bengala en un lugar cerrado podía ser una catástrofe. El flaco Gutiérrez... Era buen tipo el flaco.

Dicho y hecho. Yo tiré la bengala, y me imagino que sabrás lo que pasó aquella noche. Era un día antes de fin de año. Yo tenía 20 años y vivía con mis viejos. Ese año había empezado Filosofía en la UBA, la Universidad de Buenos Aires, que es pública. Pero avancé muy poco. En realidad, yo sabía que no podía, no me daba el cuero para eso. Siempre fue pelotudo para todo, y para el estudio más todavía. La cuestión que ese diciembre andaba soltero, y por ganas de romper las pelotas un rato llevé un par de bengalas. No tuve problemas para pasarlas. Estaba con unos amigos, que ya para esa hora de la noche andaban en pedo. Es decir: borrachos. En Argentina estar borracho se dice estar en pedo, o estar en curda. ¿Cómo se dice eso en México?

Ah, ¡qué cómico! Bolo... Bueno, estos muchachos estaban más bolos que la mierda. Yo no. Para colmo eso: yo estaba más fresquito que una lechuga, por eso lo que hice fue atroz, no merece perdón de dios. Aunque no creo en dios, claro. Lo hice en mi sano juicio, cagándome en lo que me había dicho este otro tipo, que no fuera a tirar una bengala en un espacio cerrado.

La cuestión es que ni bien tiré el cusifai ese, la bengala, en un segundo el techo se prendió fuego. Parece que era de plástico. Lo demás, ya sabés.

Fue lo peor del mundo, realmente un infierno. ¿Sabés lo que son 6,000 personas gritando, amontonadas, todas cagadas de miedo por el fuego y el humo que hay en la sala, y con solo una puta puerta de salida? ¡Fue fatal, che! La gente se moría asfixiada, pisoteada, lloraba, gritaba....

Yo ni sé cómo, pero pude salir. Afuera, en la lleca, o sea: en la calle, pude respirar tranquilo. Me desencontré con mis amigos. Uno de ellos quedó todo quemado, pero no murió. En el real quilombo que se armó, perdí el reloj. Pero ya afuera me tranquilicé un poco. Aunque por dentro estaba que me moría.

Cuando empezó a llegar la cana, es decir: la policía, yo estuve tentado de entregarme. Les iba a decir: "yo soy el hijo de puta que comenzó el incendio". Pero créeme que no pude, Ramiro. Me cagué todo, no me atreví. Y despacito, sin hablar con nadie, me fui yendo a la mierda. Mi cagazo era tremendo, porque pensé que Gutiérrez, el flaco este que me había dicho que no llevara la bengala, podía delatarme. Después, a los días, me enteré que el pobre había muerto. Es horrible: alegrarse de la muerte de una persona. Me entendés por qué estoy tan hecho mierda, ¿no?

La cuestión es que me fui del lugar de la tragedia, caminando, silbando bajito. Llegué a mi casa como a las dos de la madrugada. Mis viejos estaban apolillando, o sea: durmiendo. Venía con tantos nervios que los desperté para contarles lo que había pasado. Por supuesto, no les dije una palabra de lo de la bengala. Mi vieja, con lágrimas en los ojos, me abrazó fuerte, fuerte, muy fuerte, como creo que nunca lo había hecho en su vida. Agradeció al cielo que yo estuviera sano y salvo. Ella era bastante católica, ¿viste?

Me fui a dormir, pero no pude dormir. Me fumé como medio atado de cigarros. Estaba que no me aguantaba. A las seis de la mañana me levanté. Mi viejo, que ya estaba mateando, se sorprendió de verme tan temprano. Yo esos días no laboraba. Tenía vacaciones, por navidad y todo eso. Había pensado ir a pasar la noche de fin de año a otro boliche, quizá invitando a una minita que me gustaba. ¿Minita? Eso quiere decir mina, es decir: una piba, una mujer. Había pensado invitarla. Gloria se llamaba. Pero te juro que ese fue uno de los peores días de mi vida. A la noche íbamos a ir de mis abuelos para despedir el año, y de ahí, después de la cena, tenía pensado ir a boludear a una discoteca. Pero ya ni la llamé a Gloria, y no fui a pachanguear.

Mis viejos pensaron que estaba tan mal, tan caído, por el shock de lo vivido. No dije nada, y asentí. No me atrevía a decir que yo era el asesino hijo de puta que había tirado la bengala. Ya todo el país estaba conmocionado con la noticia. Por todos lados, la televisión, la radio, empezaban a dar las noticias: diez muertos, veinte muertos, cincuenta muertos, ochenta muertos.

Vos entendés cómo puedo haber estado yo, ¿no? Pregunté por teléfono a mis amigos cómo estaban. Solo el Ricardito había salido jodido. Estaba internado, medio quemado el pobre. Los otros pibes con los que había ido estaban bien.

Bueno... ahí empezó el suplicio. En estos casi veinte años no hubo un día, un solo puto día en que no pensara en esa tragedia. Y jamás lo pude contar a nadie. No me atreví. Hasta pensé ir con un psicólogo. Pero me detuve. Me daba mucha vergüenza contar eso. Más aún: yo pensaba que si me delataba, me podían meter en cana. No sé qué tendría que hacer un psicólogo en ese caso, si eso es secreto profesional o tendría que denunciarme a la tira. Por las dudas, no fui.

Y así fue pasando el tiempo. Como no estudié y no tengo guita, tuve que ir a laburar de cualquier cosa. Desde hace años soy tachero. ¿Qué es tachero? ¿El que arregla los tachos? ¡Ja, ja, ja!... No. En Argentina al taxi se le dice tacho, y al taxista: tachero. Bueno, fui taxista por varios años, siempre como peón, como empleado del dueño del coche. ¡Qué iba a comprar yo un taxi! ¿Con qué guita? Nunca me casé. Anduve boludeando con varias minas, pero nunca me casé. Y desde hace ya varios años empecé a pensar en este plan que ahora estoy concretando.

Ahora viene la parte linda, che. ¿Por qué estoy en México ahora? Bueno... fui juntando centavo tras centavo, y pude llegar a la suma que necesitaba. Lo vi por primera vez en un documental, y dije: ¡ahí tiene que ser! ¡¡El pozo del infierno!! Que también llaman el pozo Barhout.

¿Dónde es? Bueno... Como te decía, Roberto... ¡Perdón! Ramiro. Es que uno de los pibes muertos yo lo conocía. Roberto se llamaba, y todas las semanas, ¡todas las putas semanas se me aparece en una pesadilla, con la cara desfigurada! Ya no aguanto más eso, ¿me entendés? ¡¡No se puede vivir así!! Pero..., me estoy exaltando. Tranquilo, tranquilito..., te sigo contando. Yemen es un país allá por el Golfo Pérsico. Es de los más pobres del mundo; es puro desierto. Y como todos los países de esa zona, tiene petróleo. Aunque la vida allá es un quilombo: la gente literalmente se caga de hambre. No hay nada: puro desierto, Ramiro.

En el medio de ese desierto, en su provincia más pobre, que se llama Al Mahra, hay una cosa increíble: un pozo intrigante.

Todo esto lo fui averiguando con el tiempo, buscando en internet, viendo documentales. Ese pozo está embrujado, según dicen los lugareños, tiene espíritus malignos. Es la entrada al infierno. Yo no creo esas boludeces, por supuesto. ¿No viste lo que dijo el papa Francisco? –que es argentino y es de San Lorenzo de Almagro, los Gauchos de Boedo–: que el infierno no existe, que eso es una representación de la malicia humana, una ¿metáfora creo que se dice, no? Bueno, lo que hice yo, por ejemplo. Pero me voy del tema.

El puto pozo éste está en el medio de la nada, del desierto de piedras y arena. La gente del lugar no quiere pasar cerca, porque dicen que el pozo te chupa, te traga. Es grande. Tiene como 30 metros de diámetro, y no se sabe qué profundidad. Calculan que, por lo menos, 100 metros. O más tal vez. Nadie nunca bajó. Todo el mundo le tiene miedo, porque está todo oscuro y no se ve el final. Dicen que salen olores nauseabundos. Parece que es de terror, che.

¿Para qué voy a ir ahí? Para tirarme y hacerme mierda. Y si de verdad es la puerta al infierno, ¡que la abran! ¡¡Allá voy!!

Unos días después de ese encuentro en la sala de espera del aeropuerto de México, Ramiro Rodríguez Cruz, originario de Tamaulipas, desde Italia donde había viajado por asuntos de negocio, hizo saber que ese “loco” que se había tirado al “Pozo del infierno” –noticia que se hizo bastante pública, dado lo bizarro del asunto– había estado con él conversando tranquilamente. Manifestó el empresario mexicano que pensó que se trataba de una broma que le estaba haciendo su interlocutor; llegó a pensar que era un montaje de cámara oculta, cámara-sorpresa, para ver su

reacción, por lo que prefirió no opinar nada ante ese “disparatado argentino”. No quería hacer ningún ridículo.

En Argentina la noticia causó cierto revuelo y reavivó la bronca eterna por la tragedia de los pibes muertos en ese concierto. Por lo pronto, apareció un anónimo –un mensaje escrito en papel dejado en el baño de caballeros del Café Tortoni –bar emblema de la ciudad de Buenos Aires– donde decía que ese suicida de Yemen era un impostor, que el verdadero artífice de la masacre, quien había disparado la aciaga bengala, andaba “suelto, vivito y coleando”.

# DIÁLOGOS

## 1. MISS JONHSON

**Fiscal:** Entonces, ¿usted la mató?

**Acusada:** Fue mi mano quien lo hizo, pero no podría decir que fui yo. Fueron las circunstancias, fue la historia.

**Fiscal:** Eso no es una respuesta lógica. ¿Cómo que su mano? Su mano es suya. Usted la mató. No responda con evasivas.

**Acusada:** No son evasivas, señor Fiscal. Sí, yo la maté, nunca lo he negado. Pero, ¿sabe usted por qué lo hice?

**Fiscal:** Porque es una asesina, y eso debe pagarlo. Con cárcel, o quizá con la vida.

**Acusada:** Es fácil decirlo así. Pero no deje de considerar que usted me acusa con toda esa fuerza, hasta con odio diría, porque es blanco.

**Fiscal:** ¿Y eso qué tiene que ver?

**Acusada:** ¿Cómo que qué tiene que ver? Usted nunca podría entender lo que siente la población negra de este asqueroso país. Menos aún, lo que siente una mujer negra.

**Fiscal:** Está exagerando. Esas son evasivas para no reconocer su culpabilidad. Pero usted mató de 18 puñaladas a la Sra. Nancy Miller el día 23 de febrero de 1921. ¿O va a negarlo?

**Acusada:** Claro que la maté. Sé que eso está mal, que no hay que matar. Violé un mandamiento bíblico. Moralmente es incorrecto. Lo reconozco. Pero si fuera un hombre blanco seguramente no correría la misma suerte que una mujer negra, nieta de esclavos.

**Fiscal:** Insisto, Sr. Juez, y estimada Srta. Kamali Johnson: esas son estupideces, meros distractores que intentan desviar su culpabilidad.

**Acusada:** ¡Soy culpable de haber asesinado a esa cretina de Nancy Miller! ¡¡No lo niego!! Pero tengo sobradas razones para haberlo hecho, y ustedes, todos blancos y mayoritariamente hombres, no pueden entenderlo.

**Fiscal:** No se sulfure, por favor. Si no, tendré que pedirle a Su Señoría que la retire de la sala y proseguiremos el juicio sin su presencia.

**Acusada:** Ustedes no están entendiendo.

**Fiscal:** ¿Qué es lo que no entendemos, Srta. Johnson?

**Acusada:** Que sí, fue mi mano la que empuñó ese cuchillo, pero que fue una larga historia la que me llevó a ello.

**Fiscal:** Eso suena a poesía, a metafísica. Y aquí estamos en un juicio oral y público en el estado de Alabama. Aquí no filosofamos, no perdemos el tiempo. Aquí juzgamos a criminales, y usted es una criminal que merece pagar su crimen.

**Acusada:** No se sulfure usted. Vea: más criminales son los blancos que trajeron a mis abuelos como esclavos a esta tierra desde nuestra África natal. Más criminales son los hombres blancos que violaron y violaron sin piedad a mi abuela, y también a mi madre. Más criminales son los blancos que, aunque nos dieron esto que llaman libertad, nos siguen tratando como basura.

**Fiscal:** Srta. Johnson: me parece que se está extralimitando.

**Acusada:** ¡¿Extralimitando?! ¡No me haga reír! ¿Sabe usted quién se extralimita? Ustedes, los blancos. ¿Sabe por qué maté a esta mujercita?

**Fiscal:** ¡Porque usted es una asesina!

**Acusada:** Eso dice todo y no dice nada. Ustedes son infinitamente más asesinos que yo. ¿Sabe lo que me hacía la tal respetable Sra. Miller? Me obligó a tener sexo con su hijo mayor, para que el joven se estrenara con una mujer cuando tenía 17. ¿Qué diría si eso le hicieran a su hija o a su esposa, o a su hermana? ¿Sabe por qué maté a esta perra? Porque me hacía lavar su inodoro con las manos, sin guantes.

**Fiscal:** Todo eso no justifica un asesinato, Srta. Johnson.

**Acusada:** Tal vez no lo justifica, pero sí lo explica. Usted, hombre blanco, exitoso miembro de una corte, que no necesita lavar la caca de otros con sus manos, que no se siente humillado día a día, que no tiene que comer parado y a las apuradas, que no tiene horario para trabajar, bajo la lluvia o el sol, que no recibe insultos continuamente por su color de piel, ¿podrá entender lo que significa ser tratado como animal?

**Fiscal:** A usted nadie la está tratando como animal. Está en un juicio con un abogado defensor donde se le respetan sus sacrosantos derechos civiles. Usted está en el país más civilizado del mundo, con libertades y democracia.

**Acusada:** ¡Por favor! Me parece absurdo lo que dice. ¿Libertad y democracia? Ja, ja, ja... Entonces, ¿qué dice de los esclavos? Aunque ahora ya no llevamos cadenas, los grilletes permanecen.

**Fiscal:** Usted no lleva ningún grillete.

**Acusada:** ¿Cómo que no? Los grilletes no son solo físicos. ¿Sabe lo que hacía el honorable y respetado Sr. Miller, dueño de una plantación donde trabajaron mis abuelos como esclavos, y mi madre como criada, siendo ya una mujer “libre”? ¡Me obligaba a hacerle sexo oral sin que su adorada y respetable mujercita se enterara! ¡Y me obligaba bajo amenaza de muerte! Por supuesto, nadie sabía de eso en la respetable familia de este respetable país tan democrático.

**Fiscal:** Eso no tiene nada que ver, no justifica una muerte.

**Acusada:** ¿Le parece? ¿Está tan seguro? ¿Y puede llamar vida a la que yo llevaba en esa casa? ¿No era una muerta en vida?

**Fiscal:** A usted, Srta. Johnson, nadie la agredió.

**Acusada:** ¿Usted está loco? ¿Y qué era todo eso que le estoy contando?

**Fiscal:** Son exageraciones.

**Acusada:** ¿Exageraciones? ¿Cómo puede decir eso? Sistemáticamente, todos los días, tanto el matrimonio como sus seis hijos, me vivían maltratando, tratando de negra de mierda, obligándome a trabajar 12 o 14 horas diarias, sometiéndome a vejámenes. ¿Dónde está la tierra de la democracia y la libertad?

**Fiscal:** Si la maltrataban, podría haber buscado otro trabajo.

**Acusada:** ¡Qué fácil lo ve usted! ¿Y cómo piensa que tratan a las mujeres negras en otros trabajos? Igual o peor.

**Fiscal:** Volvemos al principio: nada justifica un asesinato.

**Acusada:** Seguro que seré condenada. Eso ni lo dudo. Pero espero que esta próxima muerte casi segura que me espera sirva, en algún momento, para hacer justicia. No queremos la venganza de los negros contra los blancos. Eso no está bien. ¡Queremos, pedimos, exigimos justicia!

**Fiscal:** Sr. Juez: creo que quedó más que evidenciado que la Srta. Johnson es culpable de asesinato. Ella misma lo reconoce abiertamente.

**Acusada:** Claro que lo reconozco, nunca lo negué. Me enloquecí y entonces hice algo que no debería haber hecho. Pero lo que no queda claro, y espero que alguna vez la historia se encargue de demostrar, es que los asesinos son ustedes. Su riqueza, la de los terratenientes blancos que se llenan la boca hablando de democracia y libertad, reposa en la sangre de los negros y las negras que trajeron en condición de esclavitud. ¡No se olviden!

## 2. RENUNCIA

**A:** Y, ¿cómo fue que pudiste conseguir ese trabajo en la ONG? No tienes título universitario, ¿verdad? ¿Cómo hiciste?

**B:** Uy... es largo de explicar. Y me duele cada vez que lo relato.

**A:** ¡Tranquila! No es necesario que lo cuentes entonces.

**B:** No, no... ¡Quiero hacerlo de todos modos! Es doloroso, pero siempre es bueno decirlo. Y cada vez que lo hago, se me ratifica más la necesidad de cambio. Pues bien... ¿te acordarás de la visita esa que hizo la princesa rubia aquella a nuestro país hace como tres décadas?

**A:** Sí, claro. La parásita esa que vive gracias a lo que nos roban a nosotros.

**B:** Exacto. Como todos los reyes europeos. Pero, bueno... esa vieja llegó hace años a nuestra aldea, rodeada de un millón de guardaespaldas, por supuesto. Y por supuesto, tampoco probó bocado de nuestra comida. ¡Ni agua quiso tomar! Traían cientos de botellas.

**A:** ¿Seremos perros sarnosos?

**B:** Así parece. Lo cierto es que llegó hasta mi madre, que era mamá soltera con cuatro hijos, en ese entonces, y había perdido una pierna, producto de una mina antipersonal sembrada durante la guerra.

**A:** ¡No sabía eso!

**B:** Sí, así fue... Pobrecita. Le tocó duro a mi viejita. Mucho más que a esta princesa, que viaja con no sé cuántas damas de compañía, y tiene un vestido para cada día del año. Y nunca jamás en su perra vida vivió como nosotras.

**A:** ¡Qué infamia! ¿no? Y todavía tienen el descaro de venir al África, después que nos hicieron mierda, a fotografiarse con estos "exóticos" negritos.

**B:** Sí, es deplorable... Pues bien: yo era una de las hijas de esa pobre mujer. La tal princesita, sacada de los cuentos de hada, llegó a nuestro caserío y nos sirvió un plato de comida a todas. Éramos como cien niñas. Fue un asqueroso gesto demagógico.

**A:** Creo haber visto esa foto muchas veces.

**B:** Seguramente. Se hizo famosa. Bueno... y la historia continuó. Años después, de una de esas llamadas agencias de cooperación, como yo era quizá la más movediza



de los hijos -siguió teniendo, llegó a ser madre de once niños- me ofrecieron entrar en la ONG.

**A:** ¿Por qué motivo?

**B:** Porque yo era como un símbolo. Me usan.

**A:** Pero, ¿pagan bien?

**B:** Sí, sin dudas. Te compran el silencio con eso.

**A:** ¿Estás cómoda allí?

**B:** ¡Para nada! Me siento una traidora de mi gente. Pronto voy a renunciar.

### **3. ISLA DESPOBLADA**

El yate, de 5 millones de dólares, partió del puerto de B. con 12 personas a bordo. Viajaban su propietario, el excéntrico multimillonario M., con algunas amigas y amigos, además de la tripulación: el capitán, dos marineros y un grumete. Después de dos días de navegación, se desató inesperadamente una terrible tormenta que terminó hundiendo la nave. Por avatares del destino, solo pudieron salvarse M. y el joven aprendiz de marinero, J., de tan solo 18 años. A duras penas ellos dos pudieron llegar hasta una muy pequeña isla despoblada. Allí empezaron su sobrevivencia. Después de un par de semanas en la más grande precariedad, esperando siempre algún barco salvador, un pajarito escuchó este diálogo, que ahora nos relató:

**A:** Muchacho, tráeme unos cocos más. Hoy me quedé con hambre.

**B:** ¿Sabe una cosa? Estaba pensando por qué tengo que hacerle yo todas estas cosas.

**A:** ¿Cómo por qué? ¿No eres el ayudante acaso? ¿No estás para eso?

**B:** Bueno..., en el barco así era. Pero aquí estamos los dos de igual a igual, como náufragos.

**A:** Uy... ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo esa rebeldía? Pero ¿acaso no se te paga para que nos atiendas?

**B:** ¿Pagar? ¿Usted me va a pagar en esta isla desierta? ¿Acaso soy su empleado?

**A:** Bueno..., así son las cosas, ¿no? Así son las reglas de juego, te guste o no te guste. Eres pobre y yo soy el dueño del yate. Soy yo el que tiene los billetes. No te olvides nunca de eso, muchacho.

**B:** Yo diría que... ¡tenía! los billetes. Aquí, en esta soledad, somos los dos iguales. Y ni siquiera somos iguales, porque yo soy más joven, más fuerte, estoy mejor preparado para sobrevivir. En realidad, aquí no somos iguales: soy yo un poco superior. Al menos para soportar esta vida.

**A:** Pero no tienes una abultada cuenta bancaria. Esa es la pequeña diferencia...

**B:** ¿Cuál cuenta? Aquí eso no existe, M. Aquí estamos los dos semi desnudos, y el más fuerte, que soy yo, es el único que puede treparse palmeras para buscar cocos, o ir a pescar con ese improvisado arpón que hice. Si aquí hay alguna diferencia, la hay a mi favor. ¿De qué billetes me habla?

**A:** Cuando nos rescaten volveremos a la normalidad. Y tú seguirás siendo grumete, marinero a lo sumo, pescador. Si te va bien: capitán de un pobre barquito pesquero, cuando envejezcas. Yo, en cambio, volveré a mi pent house, a mi limusina, a mi jet privado... ¡Esa es la normalidad!, y no lo que estamos sufriendo aquí.

**B:** Sí, claro... Si tiene la suerte de sobrevivir aquí volverá a "esa" normalidad. Porque ahora la normalidad es esta, donde usted come gracias a mi trabajo. O sea: sobrevive si a mí se me ronca el culo de seguir pescando y bajando cocos para usted. Acuértese, M., que desnudos y medio barbudos como estamos, es decir: como dios nos trajo al mundo, no hay diferencias. Las limusinas, las joyas y las cuentas bancarias son accesorios que no nos definen. Nada de eso se lleva al más allá.

**A:** ¡Comunista había salido el muchacho!

**B:** No sé cómo se llamará eso..., pero es la pura, absoluta y descarnada verdad. ¿O las diferencias las da un Rolex de oro?

#### **4. SORPRESA**

**A:** Queríais hablar conmigo, ¿verdad Sor Rita?

**B:** Sí, madre superiora. Por favor....

**A:** Bueno, os escucho.

**B:** Es que..., me da mucha vergüenza. No sé por dónde empezar.

**A:** Vamos, vamos hermana... No temáis. Desembuchad. Vamos... ¡O escucho!

**B:** Sucede que... he pecado.

**A:** Aha. ¿Qué habéis hecho?

**B:** Tuve una mala acción, de la que me arrepiento mucho. Estoy avergonzada.

**A:** Bueno, tranquila, Sor Rita. Decidme: ¿cuál fue vuestro pecado?

**B:** Es que..., es que.... Me permití besar en la boca con Sor Mercedes.

**A:** ¡¿Sor Mercedes?! La muy desgraciada... Zorra de mierda.

**B:** Pero, ¿por qué decís eso, madre superiora?

**A:** Esa ramera me había prometido que solo conmigo estaría.

**B:** .....

## **5. DUPLICACIÓN**

**A:** Yo soy niña arco iris.

**B:** Ah, ¡qué bien.... ¿Y eso qué significa?

**A:** Es la persona que nace después que la madre tuvo un aborto.

**B:** O sea que naciste después de un niño que no nació.

**A:** Exacto. Mi mamá perdió un bebé antes que yo naciera.

**B:** ¿Cómo lo supiste?

**A:** Lo descubrí a partir de mi psicoterapia, con mi psicólogo. Y luego, informándome, hablando con una tía.

**B:** ¿Cómo es eso? No te entiendo.

**A:** Mi vieja siempre me decía que yo soy su arco iris.

**B:** ¿Y eso?

**A:** Yo no entendía. Pensé que me quería decir que yo era hermosa, una suma de colores, algo bello como el arco iris. A quién no le gusta el arco iris, ¿no?

**B:** Sí, es cierto. Pero... ¿qué es lo que descubriste? ¿Te molestó ese descubrimiento?

**A:** Bueno, sí... Me molestó un poco. Porque alguna vez, después de tanta preguntadera de mi parte, me confesó que había habido otra niña antes que yo.

**B:** Aha, ¿entonces?

**A:** La muy hija de puta me puso el mismo nombre que a la muerta.

**B:** ¿Cómo es eso? ¿Y tu papá qué dijo?

**A:** Soy hija de madre soltera.

**B:** ¿Y por qué hizo eso tu vieja?

**A:** No lo sé. Pero ya no se le puede preguntar.

**B:** ¿Murió?

**A:** ¡La maté a la muy perra!

**B:** ¡¿De verdad?!

**A:** Claro, por eso estoy acá, en la cárcel. Aquí no te ponen por bonita.

**B:** Pero, ¿por eso te la tronaste?

**A:** Por supuesto. ¿A quién le va a gustar ser el reemplazo de alguien? Cuando descubrí por qué mis primos me decían Adela dos, no aguanté. Siete puñaladas le metí.

**B:** ||Como los colores del arco iris.

## **6. EN EL CONFESIONARIO**

**A:** Padre, he pecado.

**B:** ¿Qué hiciste, hijo?

**A:** Maté.

**B:** ¿Estás arrepentido?

**A:** Un poco. Pero..., era mi trabajo.

**B:** ¿Tu trabajo?

**A:** Sí, padre: soy militar. Estamos en guerra.

**B:** ¿Te consideras un buen hombre?

**A:** ¡Por supuesto! Soy buen cristiano, buen padre de familia, defensor de nuestros valores occidentales... Pero a veces siento que los comunistas también son seres humanos, y me agarran esas culpas.

**B:** No te preocupes; reza diez padrenuestros y el Señor te acogerá gozoso.

**A:** Gracias. Padre: no me reconoce, ¿verdad?

**B:** No. ¿Quién eres?

**A:** El general Francisco Franco.

**B:** ¡¿El generalísimo?!... Con dos padrenuestros es suficiente, Excelencia.

## **7. CAFECITO**

**A:** Mi amigo, se acaba de pasar el semáforo en rojo.

**B:** Sí, ya lo sé agente. Sí, ¡qué vergüenza! Yo nunca hago eso..., pero esta vez estoy en una situación especialísima.

**A:** ¡No me diga! ¿Y cuál es la excusa?

**B:** Créame, agente: no es excusa. Voy apuradísimo porque estoy desesperado.

**A:** ¿Sí? ¿Y qué lo desespera tanto?

**B:** Lo que le acaba de pasar a mi señora. Entraron ladrones a la casa, y me dice que la violaron.

**A:** ¿De verdad? Uy... ¡pobrecita!

**B:** No se burle, agente. ¡De verdad! Recién me acaba de llamar, y lloriqueando me lo contó.

**A:** Mire: no se lo puedo creer, pero veo que se la supo ingeniar bien. La verdad es que lo felicito. Hasta voy a hacer como que se lo creo. Déjese algo para el cafecito y se me va a la chingada.

**B:** ¡Buena onda, poli! Aquí le dejo un billetito para el café. Muchas gracias. De verdad que se lo agradezco. Y le juro que no se va a volver a repetir la infracción.

**A:** ¡No, maestro! ¿De qué viviríamos nosotros entonces?

## **8. SANGRE**

**A:** Papá, mamá: tengo que confesarles algo.

**B:** Adelante hija, te escuchamos.

**A:** Es que..., no sé por dónde empezar. Me da un poco de vergüenza.

**B:** Tranquila, mi amor. Te escuchamos con total ternura. Lo que digas, no importa lo que sea, lo sabremos entender.

**A:** ¿De verdad?

**B:** Por supuesto. Para eso somos tus padres. ¿O te hemos fallado alguna vez?

**A:** Bueno, es difícil... Sí y no.

**B:** ¿Cómo sí y no? ¿Cuándo te fallamos?

**A:** Este..., no es sencillo decirlo, pero ustedes no han sido los mejores padres precisamente.

**B:** ¿Cómo es eso? ¿Qué estás diciendo?

**A:** Eso que oyen: que no han sido los mejores padres. Me quedan muchas dudas, muchas cosas no resultas.

**B:** ¡Uy! ¿Y eso? ¿Cómo que hay cosas no resueltas? ¿Quién te mete esas ideas en la cabeza?

**A:** No me las mete nadie. Yo solita veo eso. Y lo digo.

**B:** ¿No te parece desconsiderado? ¿Cómo vas a decir eso, después de todo lo que hemos hecho por ustedes?

**A:** Es que... hicieron lo que cualquier buen padre debería hacer. ¿O acaso no es obligación de los papás criar a sus hijos? Y criarlos bien.

**B:** Sí, claro. Es lo que hicimos nosotros.

**A:** Eso es lo que ustedes creen. Pero, ¿me van a permitir que les diga lo que les quería decir? Porque parece que cualquier cosa que diga y que nos les guste, desata un vendaval.

**B:** No es así. No, de ninguna manera. ¡Adelante! Te escuchamos.

**A:** Bueno, si están preparados, permítanme decirles que....

**B:** Sí, sí... adelante. Sin rodeos. Vamos. ¿Qué es lo que hay que comunicar? Vamos, de una vez.

**A:** Voy a ser actriz porno.

**B:** ¿Y eso? ....

**A:** Es una decisión que ya tomé. De hecho, ya hice mi primera prueba.

**B:** ¿Cómo que hiciste la primera prueba? ¿Qué significa eso?

**A:** Lo que oyen. ¿No saben lo que es una primera prueba? Pues... hice un casting, una actuación, ya me filmaron. Y me dijeron que salió estupenda.

**B:** Pero, ¿cómo es posible eso, hijita? ¡Nosotros no te criamos para eso! Queríamos que fueras alguien en la vida.

**A:** Entonces ¿no voy a ser nadie?

**B:** Es que.... resulta raro. ¿Cómo vamos a decir por ahí que nuestra hija hace esas... esas...?

**A:** ¿No se atreven a decirlo? Esas atrocidades, estarán pensando, esas cosas de mala mujer, esas aberraciones, cochinas, sucias, pecadoras.

**B:** Exacto. No queremos tener una hija que deshonre a la familia.

**A:** ¿Y qué es deshonar? ¡Por favor! ¡No me hagan reír! Si ustedes, ambos, han tenido amantes toda la vida. ¿Creen que no me daba cuenta?

**B:** ¡Por dios! ¿Qué estás diciendo hija? ¿Se te ha metido el demonio?

**A:** Vamos, vamos... No se hagan los santos, que de eso no tienen nada. Ya no soy una niña y me doy cuenta de las cosas. ¿O creen que no lo sé?

**B:** No sé a dónde vas con todo esto.

**A:** A hacerles saber que, aunque vayan cada domingo a misa y se golpeen el pecho, con eso no se lavan los pecados, y que yo ya no me quedo callada. Yo ahora hago lo que me venga en ganas.

**B:** ¿Y el respeto? Seguimos siendo tus padres, ¿no?

**A:** ¿Acaso solo los hijos deben respetar a los padres? Los padres también deben respetar a los hijos. ¡No olvidarlo!

**B:** ¿Te hemos faltado el respeto?

**A:** Sí, aunque ustedes piensen que no. Me han mentido siempre. Se hacen pasar por buena gente contribuyendo con obras benéficas en la iglesia, pero hablan mal

de los indios, de los negros, de los homosexuales. Claro que eso lo hacen en privado. En público, dan la imagen de magníficos.

**B:** Te estás volviendo loca, hijita. ¿Cómo es posible decirnos todo eso?

**A:** Bueno... ¡terminos las mentiras! Ustedes son terriblemente homofóbicos. Pues bien, sepan que yo soy bisexual. Y en los videos que voy a hacer, le entro a todo: hombres y mujeres.

**B:** ¡Nos vas a hacer morir! ¡Por dios, hija! ¿Qué te está pasando?

**A:** En la empresa de ustedes son unos explotadores. Hacen trabajar de más a la gente y no pagan horas extras. ¿Eso es correcto? ¿Creen que eso se lava con una limosna a algún pordiosero?

**B:** Pero... si nosotros... nena, ¿qué estás diciendo? No te entendemos. Por favor, ¿qué te pasa?

**A:** Es que decidí ser más auténtica que ustedes. No decir mentiras. Así de simple. Soy lo que soy, y no lo oculto. Soy una hija de puta, no lo niego.

Las sospechas de la policía cayeron sobre E., de 19 años, actriz porno en ascenso. Pero nunca se pudo demostrar nada. Por tanto, ahí anda libre por el mundo. Ella, contrariamente a sus tres hermanos, no lloró en el velorio de sus padres. De la fábrica no quiso saber nada, y ahora la administra el hijo mayor. Su carrera en el cine para adultos está siendo meteórica.



## Teorema

Durante el siglo XVIII, cuando Europa se sentía el centro del mundo imponiendo su civilización a punta de cañonazos y bayonetas, se dio una curiosa historia que recién ahora sale a luz. Revisando viejos documentos ganados por el moho encontrados en el sótano de la antigua casona de la familia L., hoy día convertida en museo, en la medieval y hermosa ciudad de N., unos historiadores pudieron reconstruir esta llamativa curiosidad.

En esa casa nació, vivió y murió el gran matemático G. L. Su vida estuvo enteramente dedicada al estudio y la investigación, legando a la humanidad su archiconocido Teorema de L., que años después sirviera para desarrollar buena parte de los viajes interplanetarios. Según pudo saberse a partir de esas mohosas cartas ahora recuperadas, hay mucha tela que cortar en su producción científica.

G. fue el hijo mayor de un acaudalado comerciante, quien llegó a tener una gran prosperidad para mediados de ese siglo. Oficialmente este mercader tuvo seis hijos, pero fuera del matrimonio parece haber engendrado una cantidad indeterminada de otros vástagos, no inferior a doce, quizá más. Uno de esos “hijos naturales” fue M. “Un bastardo”, como M. solía designarse a sí mismo.

Resulta ser que G., como primogénito, heredó la mayor parte de la fortuna de su padre. Pero por su afición a las matemáticas, solo se quedó con la casona; la empresa algodonera la dejó en manos de sus hermanos. Él se consagró a la investigación y la docencia; los números eran su obsesión. Renta familiar nunca le faltó.

Resulta también que M., el “bastardo”, a los cuatro años fue a parar a la familia como entenado. Era costumbre bastante común en ese entonces que las familias acomodadas tuvieran ese gesto de buena voluntad, adoptando un pupilo, un semi-hijastro, que corría distintas suertes. Nunca sería como los hijos legítimos, pero en algunos casos obtenían algunos beneficios; por ejemplo: se les alfabetizaba.

M. era tremendamente inteligente. Aunque había un gran problema: era zurdo. Problema, porque se consideraba que esa condición era una aberración, por lo que se obligaba a quienes la tenían a penosos esfuerzos para lograr acostumbrarse a manejar su mano derecha. Era costumbre, por tanto, amarrar el brazo izquierdo de los zurdos a su espalda, para forzarlos a no utilizar esa mano, obligando al uso de la otra. Los efectos así obtenidos eran diversos, habiéndose llegado al colmo, en más de alguna oportunidad, que una persona zurda, no soportando ese castigo, terminara por suicidarse a corta edad.

M. no era de esos. Con paciencia, casi con obstinación, llegó a manejar aceptablemente ambas manos. Claro que, en público, se cuidaba muy bien de no dejar ver que utilizaba la izquierda. Dada su alta capacidad natural, había llegado a

tocar aceptablemente el violín, empleando la derecha para el arco, sin recibir clases formales, solo viendo lo que practicaban algunos de sus medio-hermanos. El profesor que llegaba cada semana, el destacado S., concertista eximio, no podía creer que un autodidacta lograra esos sonidos.

G., que ya de pequeño daba muestras de su capacidad para los números, estableció una profunda amistad con M., a quien siempre vio y trató como su hermanastro. De sus cinco hermanos legítimos (tres varones y dos mujeres), no prefería a nadie como su ser más cercano, sino a M. Preguntado muchas veces el porqué de esa relación, jamás dio una explicación convincente. Hoy, gracias a esas cartas que se pudieron recuperar –en realidad era el diario personal de G– pudo saberse que, en realidad, la única persona a la que amó, fue M. Existía una rara, oscura relación entre ambos.

M., medianamente aceptado por la familia como uno más –aunque las hermanas mujeres siempre lo despreciaron– no pasó de ser el mandadero de la casa, un criado con ciertos mínimos privilegios. Más o menos instruido, tocando el violín casi a escondidas, su suerte no fue distinta a la de cualquier criada o criado de los muchos que había. Con estos últimos compartía mesa y dormitorio. Además, como un suplicio perenne, era castigado si se le veía utilizando la mano zurda para hacer alguna tarea que “la buena educación” imponía debía hacerse con la diestra.

Lo curioso era la relación casi secreta que se había establecido con G. M., de oídas, fue adentrándose en el mundo de las matemáticas. Pitágoras, Euclides, Newton, Descartes pasaron a ser sus entrañables amigos intelectuales. Con su medio hermano jugaban a veces para ver quién resolvía más rápido una ecuación. G. estaba encantado con esos pasatiempos secretos. En silencio, envidiaba la capacidad descollante de su hermanastro.

En secreto también, era su salvación cuando se trataba de la mano izquierda. Dado que M. era tratado como criado, muchas veces debía hacer pesados trabajos en la casa; en muchas ocasiones necesitaba hacer mucha fuerza con las manos, levantar pesos, cargar objetos. Como no podía utilizar la mano zurda, pues se exponía a castigos, se encontraba muchas veces en serias dificultades. G., con una generosidad que no exhibía con sus hermanos oficiales, le ayudaba gentil. No entendía por qué esa locura ilógica de forzarlo a utilizar una mano que no era la más hábil.

Quizá esos favores fueron desarrollando en M. un sentimiento de deuda para con su medio hermano. G. era el único de todo el grupo familiar que no lo martirizaba con el uso obligado de la diestra. De hecho, a veces jugaban pulseadas utilizando ambos sus manos izquierdas; era ese un gesto de reconocimiento para con M., de algún modo premiando su condición de zurdo.

G. estaba sorprendido por cómo su “bastardo” hermano progresaba en las matemáticas. Muchas veces era M. quien lo ayudaba con algún cálculo. Sin mayor preparación académica, con lo poco que le habían enseñado en la casa, el expósito

muchacho –su madre había muerto en el parto, y el padre no lo reconocía como hijo legítimo– daba muestras de una inteligencia brillante, tremendamente astuta, perspicaz.

Ninguno de los dos, ni G. ni M., contrajo matrimonio. Ambos envejecieron juntos, habitando la vieja casona familiar, el uno encumbrándose como profesor de Matemáticas en la Universidad de B., el otro como su criado. El dueño de casa siempre le permitió utilizar libremente su mano izquierda, aunque por razones inexplicables, ante los miembros de la familia –por ejemplo, cada vez que había una reunión de todos los hermanos, ya casados y con hijos en todos los casos, salvo G.– M. se cuidaba de utilizar solo la diestra.

En términos oficiales, M. era un tímido que casi no hablaba. Esa era la percepción que todos los integrantes de la familia tenían de él. G. sabía que no era exactamente así: hablaba poco, pero cada vez que lo hacía era para sentenciar algo con la mayor profundidad. Su inteligencia numérica era despampanante. En el juego de ajedrez, que también había aprendido como autodidacta, quedaba demostrado: muy pocas veces, en contadísimas ocasiones, G. pudo llegar a hacer tablas con M. Eso ya era un éxito. M., con la mayor modestia, solo sonreía benévolo al momento del triunfo.

De acuerdo a los empolvados papeles ahora descubiertos, pudo reconstruirse algo de la historia. No queda del todo claro qué los unía de esa forma, pero pareciera que existía una intensa ola amorosa allí. No sería improbable que, incluso, haya habido sexo. Los manuscritos no permiten aseverarlo con exactitud. Lo que sí quedó muy claro, según el diario personal de G., es que su famoso teorema, de una complejidad altísima, el mismo que lo llevara a la fama perpetuando su nombre en la historia, no fue creación propia sino obra de M. *“Es injusto que lleve mi nombre. Debería llamarse el Teorema del bastardo zurdo”*.

## Una familia perfecta

La familia Nariño era perfecta. O, al menos, eso aparentaba.

En realidad, el matrimonio era un experto en las mentiras, en las apariencias. Su imagen impecable, impoluta, estaba por encima de todo. Si alguien buscaba virtudes, debía fijarse en ese grupo. Era la representación por antonomasia de la pulcritud, de la excelencia.

Sus cuatro integrantes eran miembros del Opus Dei. Padres e hijos parecían salidos de un cuento de hadas. Eran, como decía un familiar que se reía de tanta perfección, *“de los que no transpiran”*.

Por supuesto, transpiraban. Pero jamás se les iba a sentir mal olor. Los perfumes – para eso están– ocultan los hedores. Y la familia Nariño era especialista en tapar hediondeces varias, no solo las de la transpiración. Obviamente, consumían litros y litros de agua de colonia, pero no solo las que venían en elegantes frascos. Ocultaban las miserias y mezquindades como el mejor. Su vida era un manto de perfume disimulando pestilencias.

La madre, doña Cristina, cuarentona muy bien conservada, era profesora de literatura española en colegios de enseñanza media. Orgullosa de su perfección, tan bien cuidada siempre, tenía como distintivo una enorme cruz de plata que cargaba ostentosa sobre su pecho.

*“Si hay pobreza, que no se vea”*, era su lema. Proviendo de un hogar de clase media baja de la ciudad de Barichara, se había trasladado a Bogotá en su adolescencia para cursar su profesorado, viviendo entonces con unas tías solteronas. Por ese entonces conoció a Miguel, su actual esposo. Éste, elegante arquitecto de una encumbrada familia bogotana, luego de un rápido noviazgo, la desposó. Miguel también aspiraba a ser excelente, siguiendo en todo a su esposa. Para él conocer a Cristina fue un hallazgo importantísimo. En realidad, fue su primer y única novia. Su timidez proverbial –sus profundos problemas psicológicos, mejor dicho–, aunque era un musculoso muchachón codiciado por todas las mujeres que le conocían, le había impedido tener una relación sentimental hasta los 24 años. Eran el uno para el otro.

La familia de Miguel, bien ubicada económicamente, le había facilitado las cosas a la joven pareja: una bonita casa en el elegante barrio de Los Rosales y lujoso vehículo blindado –cero kilómetro, por supuesto– como regalo de bodas.

Cristina, hecha toda una señorona desde el casamiento, se había acostumbrado muy rápido a manejar a su servidumbre. Siempre había aspirado a ser “muy correcta” en todo; el matrimonio con Miguel se lo había permitido en forma exponencial. Poco más de un año después de la unión vino la primera hija:

Mercedes. Dos años después llegó Sebastián. Su glamour iba siempre en aumento, igual que su devoción católica.

Toda la familia Nariño era un modelito de película, una fantasía hecha realidad. Todo estaba siempre en orden, bien arreglado, muy presentable. El lema que se repetía a diario doña Cristina valía para todos los aspectos de la vida; la relativa precariedad económica de su primera infancia la había dejado marcada a sangre y fuego. De la violación sufrida cuando niña a manos de un familiar lejano, Miguel nunca supo nada. La mujer había podido superar satisfactoriamente el hecho. Aunque a un costo elevado: nunca pudo tener un orgasmo, cosa de la que su esposo jamás se enteró. Si de histrionismo se trataba, Cristina no tenía parangón. El lema que se repetía, en realidad, era herencia de su padre, un modesto empleado municipal de aquella ciudad de provincia. De todos modos, ella lo había hecho extensivo a toda la vida: todo debía verse bien. Violación y pobreza quedaban sepultadas. Cómo estaba en verdad, no importaba; lo que contaba era lo que se veía, lo cosmético.

Miguel, a su modo, también participaba de esa visión de las cosas. Para él era importantísimo, imprescindible mostrar una imagen de tranquilidad. En su interior, muy en secreto, sabía que no había ninguna perfección ni tranquilidad ni cosa que se le pareciera. Vivía atormentado, sintiéndose un pusilánime sin solución; pero jamás lo reconocía con nadie. Lloraba su tormento en la más completa soledad. Si alguna vez pensó en consultar con un psiquiatra, descartó muy rápidamente la idea. El hecho de visitar un especialista “de los nervios” lo dejaría ver como débil. Había que mostrarse fuerte, decidido, siempre triunfador. El par de horas diarias que pasaba en el gimnasio le servían como psicoterapia. Su martirio lo soportaba muy en secreto, con estoicismo. Cristina había sido su primera novia. Por tanto, su primer beso pasional, y naturalmente, su primera relación sexual. Prefería no acordarse nunca de eso, hacer como que no había sucedido, jamás hablar de la que él creía era ya una crónica soltería. “*Si hay pobreza, que no se vea*”. Esa consigna, que le había resultado simpática la primera vez que la escuchó de boca de su cónyuge, marcaba toda su vida. “*Si hay pobreza espiritual, si hay angustias, malestares, pesares... ¡que no se vean!*”

Como arquitecto, en realidad conseguía trabajos por la influencia de su padre, un connotado ingeniero civil ligado a las altas esferas del gobierno; en lo profundo, Miguel sabía que en términos profesionales era un tonto, un mediocre que jamás hubiera conseguido un proyecto. Ser de alcurnia, sin dudas, facilitaba la perfección.

Ambos asistían puntualmente a misa de once todos los domingos. Era muy importante que se les viera en la catedral metropolitana, siempre bien vestidos, perfumados, sonrientes. Cuando los hijos fueron creciendo, los cuatro llegaban a la Catedral Basílica Metropolitana y Primada de la Inmaculada Concepción y San Pedro de Bogotá, con aire ceremonioso y cara de circunstancia para el oficio religioso. Terminada la misa, se demoraban con parsimonia en la escalinata de entrada, buscando saludar –y ser saludados por– la mayor cantidad de gente. Era

de buen gusto, por supuesto, dejar algunas limosnas a los pordioseros que mendigaban en el lugar.

Sebastián se aficionó por la música desde pequeño. Tocaba muy bien el piano y tenía una hermosa voz. En poco tiempo ingresó al coro de la iglesia. A sus doce años pensó en abrazar la carrera sacerdotal. Luego fue desilusionándose, cambiando de parecer, pero seguía asistiendo con puntualidad tanto a los oficios religiosos como a los ensayos del coro. Su gusto por el canto gregoriano llamaba la atención en un púber. Aprendió algo de latín para cantar las medievales antifonas, que tanto le agradaban. Para sus padres, era un orgullo tener un hijo tan ejemplar: no fumaba, no bebía, no usaba drogas, estaba siempre entre los mejores promedios de su clase.

Mercedes, por su parte, una recatada señorita de singular hermosura –igual que su madre, quien no perdía el encanto con los años sino que, por el contrario, se acrecentaba– durante todos sus cursos en la primaria y en secundaria no había dejado de ser abanderada con honores. Cuando comenzó a utilizar maquillaje y sus primeros tacones, los varones le llegaron por docenas. Ella, muy elegantemente, sonreía con cordialidad y miraba a todos esos cazadores al acecho con cierto desdén poniendo distancia.

No había manchas en la familia Nariño. Nada, ningún nubarrón que ensombreciera tanta dicha. Todo parecía una película con final feliz, de esas acarameladas comedias a que nos tiene acostumbrado cierto cine comercial. Y si lo había –en realidad, por supuesto que lo había– nadie, en absoluto, iba a enterarse. Pobreza espiritual, angustias, malestares y pesares varios quedaban encerrados con cerrojos, sepultados, silenciados por siempre. Ni siquiera entre los cuatro miembros de la familia se sabían las miserias. Esas se lloraban en silencio en el baño a puerta cerrada. Todos, padres e hijos, habían aprendido a la perfección el difícil oficio de la mentira, de la más endulcorada apariencia. Tan bien sabían hacerlo que nunca jamás nadie podía encontrar fingidas esas caras radiantes, siempre relucientes, gozosas y satisfechas.

*“Lo mejor es no meterse en problemas, alejarlos, evitar los líos”*, enseñaban padre y madre, muy ceremoniosos, a sus vástagos. La enseñanza fue tomada muy en serio por Mercedes y Sebastián. Cuando la muchacha, de jovencita, tuvo la desgracia de presenciar la violación de una prima suya en una fiesta de jóvenes a manos de un desagradable personaje, drogado con éxtasis, al ser llamada como testigo para el juicio que se le inició al agresor tiempo después, la recomendación de sus progenitores dio resultado: la muchacha dijo no haber visto nada, no saber nada. No meterse en problemas hacía parte fundamental de la tan anhelada perfección.

El día que Mercedes dio el primer beso tuvo una mezcla rara de sensaciones: algo de repugnancia, de temor, pero también de inocultable placer. El hecho de haberlo hecho a escondidas, en el confesionario de la catedral, le confirió un sabor especial a la situación. Justamente, el sabor de la travesura, de lo prohibido. Como el beso

vino acompañado de tocamientos en sus zonas pudendas por parte del muchacho en cuestión con su consiguiente primer orgasmo –nunca se había masturbado hasta ese entonces, con sus quince años ya cumplidos– el descubrimiento fue una espectacular novedad. A partir de ahí, su afición al sexo fue aumentando día a día.

El primer cigarro de marihuana que probó Sebastián le supo mal. Casi vomita. De todos modos, el valor de transgresión que tuvo el hecho lo movió como nunca antes le había sucedido. Tanto, que él mismo tomó la iniciativa de buscar un segundo. No le fue difícil conseguirlo, y un cigarro fue llevando a otro, y a otro, y su apego por los psicotrópicos fue exponencialmente en aumento.

Casi al mismo tiempo, Miguel y Cristina comenzaron a dar clases en la universidad. Los dos en la Nacional de Colombia, la más grande y prestigiosa del país. El uno, en la Facultad de Arquitectura; la otra, en la de Filosofía y Letras. Para ambos esa constituía una experiencia novedosa. Sin dudas, comenzaron a hacerlo con temor. Como todo tenía que ser perfecto, se prepararon con infinito esmero. Cada detalle estaba cuidado al milímetro: una pareja perfecta, gente perfecta, seres humanos perfectos –tal como los dos se sentían– no podían dejar nada librado a la improvisación, al malhadado azar. Cada uno en silencio memorizaba el guión de lo que iba a decir en la clase; incluso hasta algún chiste con que matizar la exposición estaba ensayado como correspondía. Chistes, claro está, políticamente correctos, con palabras nunca soeces, más bien juegos de palabras que podían provocar una sonrisa y los mostraban como rectos y categóricos en su materia, pero también con cierta cuota de plasticidad. Esas licencias podían quedar muy bien, pensaban los dos noveles catedráticos.

Para ambos, la realidad con que se encontraron en la universidad les caló hondo. Ese ámbito era algo desconocido, ignorado por completo: tratar con jóvenes que no eran tan perfectos como sus hijos, encontrar que había cuestionamientos, cosas impensadas, novedades que sacaban de la consabida e infalible corrección con que se movían siempre, les abrió puertas inconcebibles. En las caras no solo se veían sonrisas radiantes; también había preocupación, tristeza, aburrimiento, dolor. En otros términos: las mismas miserias de la que ellos eran esmerados especialistas en ocultar.

A Cristina, sin querer aceptarlo, le llamó la atención tanta juventud masculina viril, que le discutía muchos temas de igual a igual. Como buena católica, buena esposa fiel y excelente madre de familia, desechó de inmediato cualquier pecaminosa tentación que pudiera habersele cruzado. De todos modos, no pudo quitarse de su pensamiento a un joven que la había cautivado con su oratoria. Era un estudiante de Letras de largo cabello, arete en su oreja izquierda y algunos tatuajes que asomaban bajo su camisa. Con una culpa monstruosa que la invadió luego, sin saber explicarlo claramente, se masturbó pensando en ese joven como no lo hacía desde su adolescencia. Por supuesto, tamaño desliz ni siquiera a su cura confesor se atrevió a contar.

Miguel se encontró con un universo desconocido. Tanta juventud que no era perfecta, como sí lo eran sus hijos, su esposa, él..., tanta gente llena de problemas –olían mal, no estaban todo el tiempo sonrientes, decían malas palabras– no lo podía entender. Pero, al mismo tiempo, todo eso tenía algo de fascinante. “¿Así es el mundo?”, se preguntaba con candidez. Rápidamente trabó amistad con otros docentes, arquitectos todos. No había mujeres en ese grupo de profesores. Le pareció raro, pero no le puso especial atención al asunto.

Después de los primeros días de clase, la relación con esos arquitectos fue estrechándose. A Miguel le parecían todos gente maravillosa, buenos profesionales, muy serios en lo que hacían. Ninguno tenía aspecto afeminado, pero sin mayores preámbulos fueron diciéndole que eran homosexuales. Para él eso fue un choque. Siempre se había tenido por muy “hombrecito”. Sabía, siguiendo las enseñanzas religiosas, que la homosexualidad no es un simple pecado venial, sino que es ¡mortal! No quería que su alma ardiera eternamente en el infierno cuando muriera por cometer un acto tan bochornoso como la homosexualidad. Sería un deshonor para su familia. Sin embargo, aunque no lo dijera jamás en voz alta, ni siquiera a su esposa, el placer que otorga el tacto de la mucosa anal era de los más notorios. Procurarse ese placer solía hacerlo en solitario, fantaseando contactos “pecaminosos” que jamás se atrevería a llevar a cabo en la realidad. Después de numerosas invitaciones rechazadas, por fin, rogando total discreción, aceptó visitar una discoteca gay con alguno de sus colegas homosexuales. Quería conocer ese mundo desde dentro, porque siempre le había parecido intrigante. “¿Por qué a un hombre le podría gustar otro hombre?” Más aún: contrariando las enseñanzas religiosas se preguntaba –en riguroso secreto, claro está– “¿por qué eso es pecado, si los griegos lo hacían?”

Cada fiesta de cumpleaños, o para las celebraciones navideñas, o en cualquier otro evento social donde aparecían junto los cuatro, encontraba a la familia Nariño en su más grande esplendor, con su particular encanto y gracia de triunfadores. Nunca faltaban las sonrisas de oreja a oreja, el glamour y los perfumes tapando posibles malos olores. Nada de todas estas transformaciones que comenzaban a darse ahora aparecía en sus comentarios domésticos. Si bien los cuatro compartían la mesa con regularidad a la hora de la cena –desayuno y almuerzo no siempre, por razones de sus actividades– jamás salió a relucir algo de todo esto que estaba sucediendo: relaciones pecaminosas, sexo desbocado, infidelidades, drogas, mentiras. La perfección se mantiene con la boca bien cerrada.

Mercedes fue quien primero encendió las señales de alarma en la familia. Los fines de semana, en un tiempo pasados muy tranquilamente en el seno hogareño, o con grupos juveniles de la iglesia y misa, ahora mostraban un desfile de muchachos que venían por ella. Viernes, sábados y domingos pasaron a ser días casi obligados de salidas. Su actividad sexual, de la que nada sabían sus padres obviamente, iba siempre en ascenso. Seguía siendo una muy buena alumna –había empezado a estudiar la carrera de Psicología con sus 17 años–, lo cual no impedía que tuviera profusión de parejas. Las había de todo tipo; también mujeres.



Contrario a su madre, Mercedes era multiorgásmica, y cada cosa que se permitía hacer en la cama –o donde fuere– la disfrutaba con la mayor intensidad. Habiendo iniciado sus experiencias en un confesionario, ahora su lista de travesuras no tenía límites: en ascensores, arriba del transporte público escondida entre los pasajeros, tríos, juguetes sexuales al por mayor, disfrazada provocativamente, con látigos, ayudada con alcohol o estimulantes. Todo era excitante, todo la ponía en clímax. Sabiendo de su forma tan pasional de darse al sexo, había recibido una propuesta para ser actriz porno. Estuvo tentada de aceptarla, pero “*una buena muchacha de familia*” no puede hacer eso. Por tanto, la desechó. Así lo hizo porque eso, básicamente, la sacaba del cierto anonimato en que se encontraba. Aparecer en películas la transformaba en popular, en una imagen pública. Eso era inadmisibles. “*Sexo, todo lo que se quiera..., pero que nadie se entere*”, se decía. Solía usar un antifaz en sus correrías, lo cual le daba un toque erótico-picaresco a la cuestión... e impedía que la reconocieran.

Sebastián fue haciendo un progresivo abandono del coro, pero no de la música. El rock pasó a ser su inspiración, su pasión. Los primeros tatuajes los hizo con mucho temor a ser descubierto por sus padres. Se los realizó en zonas del cuerpo que quedaban siempre ocultas: una nalga, el arco del pie, una axila. Sorprendía bastante el lugar elegido, pero los tatuadores no preguntaban razones; solo tatuaban. En secreto se integró a una banda rockera: *Crazy worms*, “*Lombrices locas*” en español. Allí era tecladista y, muy rápido, pasó a ser el vocalista principal. Su registro de barítono brillante, convenientemente educado por su formación eclesial, le permitía juegos vocales que ningún otro integrante de la banda lograba.

Las primeras actuaciones fueron clandestinas, en locales informales de Bogotá. Las conseguía el jefe del grupo, el guitarrista, un muchacho activo, siempre eléctrico, con larga cabellera hasta su cintura, todo tatuado y con algún arete. Así como conseguía esos toques, conseguía también la droga, de la que era gran consumidor. Para salir de su casa por las noches Sebastián, siendo aún un jovencito totalmente apegado a las “buenas costumbres” familiares, fue inventando las más desopilantes –pero de algún modo creíbles– justificaciones. Actuaba con una enorme gorra y una bufanda que le cubrían buena parte del rostro; no quería ser identificado por nada del mundo. El uso de psicoactivos fue en aumento. Las dosis de cocaína pasaron a ser casi diarias, con efectos perfectamente disimulados ante sus padres: gotas oftálmicas, toneladas de pastillas de menta, encierros a cal y canto en su habitación con la excusa de estar preparándose para sus exámenes.

Cristina era una buena catedrática; clara, concisa en sus explicaciones, siempre correcta en sus acciones. Era “perfecta”, según gustaba decirse ella a sí misma. Había superado la violación y la crónica pobreza pueblerina, y ahora tenía dos empleadas domésticas en la casa, y muchísimas amigas en las redes sociales. Tenía, además, un Mercedes Benz del año, un marido adorable –que seguramente hasta se creía sus fingidas expresiones de goce sexual– y dos hijos espectaculares, sanos y triunfadores. Eran todos, los cuatro, excelentes católicos, buenos samaritanos que colaboraban con la Fundación Cottolengo para atención de ancianos, jamás blasfemaban y representaban el modelo de éxito que “*una buena*

*familia debía tener*”, según razonaba esta exuberante cuarentona. Pero el diablillo de la tentación se le había instalado.

Su exuberancia, su desenvoltura, su aplomo –“*en realidad, el crucifijo que cargaba sobre las tetas, que se las resaltaba con lujuria*”, había dicho su admirador– hicieron que este joven estudiante veinteañero, desembozado y provocador, le clavara los ojos de un modo asaz concupiscente. Cristina lo notó desde el primer día; y desde ese momento, sin poder explicarlo conscientemente, comenzó a utilizar escotes más provocativos. Luego de un par de semanas, por vez primera en su vida se atrevió a llegar a clase sin sostén en sus pechos. Su marido la vio así esa noche, pero prefirió no decir nada. Las miradas lascivas de su estudiante la erotizaban en forma creciente. En un mar de confusiones y autoreproches, con una fuerza erótica que la abrazaba pese a su consciente voluntad de decir no, buscó la manera de quedar a solas con el joven, en su oficina privada, bajo alguna excusa creíble.

Miguel, empujado por algunos tragos, se decidió a bailar en la discoteca a la que lo habían llevado. Lo vio como algo alegre, liberador en cierto sentido. Allí nadie lo conocía, y un poco de baile no hacía mal. Siempre se había sentido muy “machito”, por lo que no se veía tentado por ninguno de los hombres gays que allí estaban. Seguramente los vapores etílicos, más palabras erotizantes que fue recibiendo, lo encendieron. Sus horas y horas de gimnasio le habían labrado un escultural cuerpo que, para un cuarentón, lo convertían en un verdadero objeto de deseo femenino..., y, ¿por qué no?, también homosexual.

El joven que se le acercó, muy provocativo, tenía un arete en la oreja derecha, cabello largo y floridos tatuajes que le brotaban de debajo de la camisa. Era un muchacho veinteañero, con los ojos rojos, muy inyectados, sin dudas producto de alguna sustancia psicotrópica. Hablaba muy desembozadamente, usando improperios. Nuestro arquitecto se sintió muy a gusto profiriendo algunos, cosa que iba totalmente en contra de su costumbre. De todos modos, eso no le molestó. Por el contrario, se sintió muy a gusto. “*Nadie se va a enterar aquí*”, pensó. Bailaron un buen rato, siempre alejados, sin tocarse. Miguel la pasó muy bien. Cuando ya decidieron irse –el joven le propuso que fueran a su apartamento, lo que Miguel rechazó con delicadeza– hicieron intercambio de tarjetas de presentación. A Miguel le llamó la atención que un jovencito así, con aspecto bastante informal, tuviera esas tarjetas. Eso era “*cosa de más viejos*”, pensó. No obstante, ahí estaba la tarjeta en sus manos. “*Alejandro*”; simplemente ese nombre, en letras negras, sobre un fondo crema, y su número telefónico. Le dijo que era músico y que estudiaba Letras, porque quería ser poeta para componer sus canciones. Con gesto seductor le dijo que le gustaría se siguieran viendo.

Los cuatro integrantes de la familia comenzaron a notar cosas llamativas en los otros. De todos modos, como no es “*de buen gusto andar metiéndose en las vidas de otros*”, según rezaban sus credos muy peculiares, nadie dijo nada, nadie vio nada, nadie perdió la compostura. Preguntar podía significar recibir respuestas que no se querían escuchar. Por tanto, era mejor guardar silencio, mirar para otro lado. “*Lo que no se ve, no existe*”, enseñaban los códigos familiares. Sin embargo, para

todos era evidente que algo estaba sucediendo. La familia perfecta quizá no era tan perfecta.

Cristina se sintió tremendamente despechada cuando esperó en vano a su estudiante en su cubículo; se habían citado un día después de clase, pero el joven no llegó. Podría pasar por una simple irresponsabilidad de un joven atolondrado. Ahí podría quedar la cosa. Mas no fue así. La profesora lloró en silencio, arreglándose inmediatamente el maquillaje para que nadie notara su descompostura. Luego del desaire sintió una mezcla confusa de sentimientos que le arrebatában la tranquilidad. “*¿Cómo me voy a preocupar por este tontillo, un jovencito que ni salió del cascarón todavía?*”, intentó razonar para sobrellevar el agravio. Casi una hora después de lo pactado, visiblemente agitado y con la ropa desalineada, llegó el muchacho, cuando Cristina ya estaba alzando sus pertenencias para retirarse. Saberlo ahí le significó una bocanada de felicidad.

No se lo pudo explicar de ningún modo, pero fue verlo y el alma pareció volverle al cuerpo. La sonrisa tornó a dibujársele en la cara, y en un raptó de locura pasional, que al mismo muchacho dejó estupefacto, lo besó en la boca. Sin salir de su asombro, el joven intentó balbucear alguna palabra, pero no pudo. “*No me hagas caso; ya me voy*”, pudo decir Cristina, tan confundida como él. “*Por favor: ¡esto no pasó nunca!*”, agregó en un tono casi amenazante. Antes de despedirse y tomar rumbos distintos, el joven le entregó una tarjeta de presentación: “*Alejandro*”, escrito en letras negras sobre un fondo color crema, con su número telefónico.

Era evidente que algo sucedía en el seno de esa “familia perfecta”; se respiraba una tensión que antes no existía, había desconfianzas, miradas de reprobación, un malestar sórdido que quería salir por alguna abertura, pero que no encontraba por dónde. Sin que nadie lo propusiera en forma explícita, las llegadas a la iglesia para la misa dominical fueron haciéndose más espaciadas.

La fe católica no la abandonaron, aunque tampoco puede decirse que se fortaleciera en un momento como el que estaban viviendo. En todo caso, se tornó algo más laxa. O muy laxa, para ser exactos. Los cuatro advertían que seguían siendo católicos, pero que eso no les ayudaba en su proceso personal. La religión, con toda su pesada carga moral, más que ayudarles se les hacía una tortura. A su modo, los cuatro se sentían agobiados por ese peso. Vivían algo así como una suerte de demolición de los principios que cada quien, a su modo muy particular, vivenciaba. La creencia, la fe inconvencible de otros tiempos, no alcanzaba ahora. Casi que se les iba transformando en un estorbo.

“*Creo que algo nos está pasando, ¿verdad?*”, se animó a decir alguna vez Miguel. “*¿No les parece que sería bueno hablar con el padre Alfonso un día de estos, nuestro asesor espiritual?*” El silencio se hizo interminable, tenso, agobiante.

“*¿Para qué?*”, preguntó Mercedes.

*“Pues..., es que, creo, nos están pasando cosas, ¿cómo decir?, cosas extrañas últimamente”.*

*“Quizá nos estamos alejando demasiado de dios”,* agregó Cristina con aire de sermón.

Miguel reaccionó airado. *“¡Tú te estarás alejando, con esos indecentes escotes que estás usando ahora!”.*

*“Me parece injusto decir eso. ¿Y tú que ahora llegas tarde a la casa dos o tres veces por semana? ¿Qué dices de eso: no es estar cada vez más cerca del demonio?”,* dijo Cristina alzando la voz, cosa muy inusual en ella.

El encuentro se comenzó a volver muy denso, agresivo. Como cosa también inusual en todos los miembros —en las “familias perfectas” esas cosas no suceden—, no faltaron los insultos. Una palabra fue llevando a la otra, y la temperatura no dejó de aumentar. *“Putá, infiel, mentiroso, drogadicto, coño e su madre, borracha, arrastrada, come mierda, farsante”* y preciosuras por el estilo poblaron esa sobremesa. El calor de la discusión fue en continuo aumento, y algún plato destrozado contra el suelo con mucha vehemencia puso su toque de violencia. Bueno..., de violencia física, porque la verbal había trepado sin miramientos. Pese a todo, Miguel respiró tranquilo, porque nadie habló de homosexualidad. Él sabía, siempre en riguroso secreto, que no había pasado de erotizarse con un hombre, pero hasta ahí. *“No hice nada malo”,* pensó. No se sentía involucrado directamente en las acusaciones.

Fue Sebastián quien, levantándose de la mesa y llorando, a los gritos pidió terminar el pleito. Todos asintieron y callaron.

Por lo dicho, por lo expresado en forma recriminatoria, parecía que todos sabían bastante bien de las andanzas de cada uno de los otros. Si todo eso no se había dicho, sin dudas era para salvaguardar la presunta perfección. *“Los trapos sucios se lavan en casa”,* sentenció Cristina. *“Nadie, absolutamente nadie fuera de nosotros tiene que saber estas cosas”,* fue la conclusión con la que toda la familia pareció estar de acuerdo, y con la que se dio por terminada la disputa.

Apenas una semana después de ese áspero encuentro Mercedes, sollozando, pidió hablar con ambos padres. Comunicó que estaba embarazada. El hermano también permaneció en la reunión, por lo que supo de la noticia de primera mano.

*“¡Por dios santo! ¡¡Qué vergüenza!! Los Nariño no hacemos esas cosas... ¿Y quién es el padre?”,* preguntó molesta la madre.

En medio de un lloriqueo continuo, la muchacha pudo decir: *“Un joven que, si lo conocen, no les va a caer bien. Tiene pelo largo hasta la cintura, tatuajes, y un arete en su oreja”.*

“¿Cómo se llama?”

“Alejandro”, respondió lacónica Mercedes.

“Como un amigo que conocí por ahí y que hace rock pesado con una banda que dirige”, dijo Sebastián. “Aunque no quiero acercarme mucho a él, porque es drogadicto”.

Ambos progenitores se miraron en forma instantánea, sin saber por qué lo hacían. Pareció importarles más eso, el nombre del susodicho, que el estado de gravidez de su hija.

“¿Qué hace ese pelao?”, preguntó severo Miguel. “¿Estudia, trabaja?”

“Pues sí...”, contestó la muchacha. “No es mala gente. Estudia Letras en la Nacional, y hace música. Tiene una banda de rock. Él toca la guitarra. Con eso gana sus centavitos. Vive solo en su apartamento”.

Padre, madre y hermano quedaron un tanto, o muy, sorprendidos. ¿Estarían hablando todos de la misma persona? Ahora, lo que urgía era resolver lo del embarazo de la muchacha. Eso, definitivamente, alejaba en un todo de la felicidad de una familia perfecta. Por el contrario, era una mácula imperdonable.

“Entonces, ¿qué piensas hacer?”, inquirió severa doña Cristina, con su mejor rostro adusto. Mientras lo preguntaba, se le cruzó el recuerdo de su joven estudiante y de las fantasías que había ido tejiendo al respecto. Fantasías, por supuesto, que desechaba al instante. De consumir algo, hubiera sido la primera vez que tenía una relación extraconyugal. Aunque, pensando en detalle, ya algo se había consumado, porque ese beso no había sido nada inocente, nada maternal. Haciendo el amor con su esposo la noche anterior –todavía tenían una relativamente intensa vida sexual– había evocado a ese tal Alejandro en su pensamiento.

Mercedes estaba desorientada. No quería tener un hijo a los 19 años, con una carrera universitaria a la mitad, sin ingreso, con un padre del niño que apenas conocía. Este Alejandro le gustaba mucho. A decir verdad, había sido la pareja con quien mejor se había sentido en su ya larga lista de compañeros y compañeras sexuales. ¿Por qué ahora, si se cuidaba tanto, había salido embarazada? No lo podía explicar. “¿Será que lo habré buscado en forma inconsciente?”, se decía. Como fuera, ahí estaba la panza. No quería ser mamá a esa edad, pero al mismo tiempo, todavía le pesaba su formación católica. “El aborto es un crimen”, recordaba cómo martillaban con eso en los grupos juveniles.

Sus padres también pensaban eso, pero las circunstancias que ahora se precipitaban podían hacer revisar los principios. “Estos son mis principios, ¡y si no le gustan!... aquí tengo otros”, recordaban a Groucho Marx. Tener una hija embarazada en estas condiciones, con un “cualquiera”, era inadmisibles. Eso no era

algo que enalteciera a los Nariño. ¡No podía ser! Había que buscar salidas decorosas.

Como era una familia realmente muy unida, entre todos –también incluyeron en esto a Sebastián– comenzaron a buscarle soluciones a este inesperado embarazo no deseado. Fajarse la barriga durante los primeros meses, y ya sobre el final, cuando no se pueda ocultar el vientre, irse a tener el parto en otro sitio, otra ciudad u otro país. Nacida la criatura, se podía dejar en un orfanato, o darla en adopción ilegal a alguna familia extranjera (*“Pagan muy bien los bebés. ¡Varios miles de dólares!”*). Por supuesto, nadie debería enterarse de eso.

De este modo razonaban los Nariño, buscando soluciones prácticas, no cayendo en señalamientos moralistas. *“Si abortas, tendría que ser muy lejos de Bogotá. ¡Te imaginas si se llegaran a enterar!”*, agregaba Cristina con cara de circunstancia. *“Yo sé que hay abortivos naturales: clavo de olor, anís, no sé..., hay hierbas que sirven para eso”*, añadía Sebastián, en apariencia más preocupado por la situación que su misma hermana. *“Se podría fingir una caída y así, del golpe, ¡puf!, como por arte de magia se termina el problema”*, dijo Miguel con una forzada sonrisa. *“Es pecado abortar, pero más pecado aun es condenarme a terminar mi vida de joven, de estudiante que le falta mucho por recorrer todavía, terminarla de esta manera inesperada, horrible”*, decía compungida Mercedes.

Nadie, ni la muchacha ni los otros miembros de la familia, pensaron nunca en el matrimonio. Casarse a las apuradas, embarazada, sin un previo noviazgo *“como debía ser, correctamente”*, no entraba en sus consideraciones. *“Cuando te cases, tendrá que ser después que estés graduada, con la persona adecuada, no con un cualquiera”*. Mercedes estaba tentada de agregar: *“Pero Alejandro no es un cualquiera”*, aunque no se atrevió a hacerlo. La idea de no seguir adelante con el embarazo fue imponiéndose.

No habían terminado de decidir cómo sería esa interrupción cuando, unos pocos días después, recibieron la llamada telefónica en la línea fija de la casa. Atendió Miguel. Una voz juvenil les avisaba que Sebastián acababa de ser internado por una sobredosis de cocaína.

*“Pero, ¿quién habla?”*, vociferó el padre. Del otro lado de la línea, con aplomo alguien dijo: *“Un amigo de Sebastián: Alejandro. Los dos tocamos en la misma banda. Yo le avisé al parce que estaba consumiendo mucho. Pero no me hizo caso”*. Dio el nombre del centro asistencial donde se encontraba, y cortó la llamada.

Las alarmas volvieron a dispararse en la familia. *“¡¿Cómo es posible?!”,* gritó Cristina, muy alarmada. *“¿Qué estamos haciendo mal para tener tanta desgracia? ¿Por qué este castigo?”*

Mercedes, que casualmente estaba en la casa en ese momento, pensó –sin atreverse a decirlo–: *“¿Será que nos lo merecemos por tanta inmundicia?”* De inmediato, sabiendo a medias del consumo de su hermano, pues le había

encontrado una bolsita de marihuana vez pasada hurgando en su mochila, puso la mejor cara de circunstancia y agregó: *“Pobrecito Sebastián. ¡Hay que ayudarlo!”*

Miguel, agobiado por todo lo que estaba sucediendo, buscando algún camino que le diera algo de paz, luego de dudarlo bastante, se decidió a llamar a este joven que lo había cortejado: Alejandro. No sabía bien por qué, qué era lo que buscaba, pero finalmente concertaron una cita.

Se vieron en un elegante restaurante, habitualmente visitado por la comunidad gay. Almorzaron, y al calor de los tragos, el erotismo fue subiendo. Terminaron en el apartamento del joven, y un toque de éxtasis –para Miguel era la primera vez que usaba algo así– permitió que llegaran a lo genital. No fue como el arquitecto lo había imaginado, pero no estuvo mal. Para el muchacho no dejó de ser interesante.

Luego de mantener relaciones, ya relajados, ambos se permitieron ventilar sus cuitas. Ambos lloraron. Alejandro contó que era bisexual, por eso usaba el arete en cada oreja, según lo impusieran las circunstancias –ese día lo llevaba en la derecha–, agregando que estaba muy apesadumbrado porque había dejado embarazada a una muchacha. Confesó que no estaba enamorado de ella; eso jamás, porque veía muy tonta a esa joven, muy superficial, pero que ella sí estaba profundamente prendada de él. Para Alejandro eso constituía un drama moral: no quería dañarla, pues en el fondo la estimaba un poco. Aunque la veía una estúpida, dado que había sido ella la que buscó tener sexo sin protección. *“Creo que tiene muchos rollos en su casa, por eso, me parece, buscó embarazarse, para salir de ese infierno”*. Miguel escuchaba atónito. No se atrevía a relacionar una cosa con la otra. *“De ningún modo puede estar hablando de Mercedita”*, se repetía para sí. *“No, no. Eso es imposible. Mi hijita no está en ningún infierno”*.

Animado por la situación, por los tragos, por el estimulante ingerido, Miguel se permitió relatar lo de su hijo Sebastián. *“Eso me tiene abatido”*, expresó con hondo pesar.

Alejandro, al ir conociendo los detalles –un jovencito de buena familia que tocaba en la banda rockera a escondidas, hijo de un arquitecto y una profesora de literatura, viviendo en Los Rosales– cayó en la cuenta que estaban hablando de su vocalista. Prefirió no decir nada. Solo mostró pesar. *“Sí, te entiendo. ¡Qué feo!, ¿verdad?”*

De la internación Sebastián salió recuperado, pero con la recomendación médica de seguir obligadamente un tratamiento psicológico en forma ambulatoria. *“Por lo que nos ha contado, está muy mal en su relación familiar”*, dijo pausadamente el psiquiatra tratante a la pareja de padres. *“Los estupefacientes son una salida desesperada. Mejor que hable con un profesional. El muchacho está muy mal”*.

Ya de vuelta en la casa, progenitores y joven, también con la presencia de la hermana, hablaron a calzón quitado. Sebastián confesó que hacía tiempo pertenecía a los *Crazy worms*, pero que no se atrevía a contarlo, porque eso sería un problema.

*“Bueno, si te gusta el rock, ¡adelante! Pero te recomiendo actuar con mucha discreción, quizá con máscara. Sería una vergüenza que te reconocieran por allí. ¿Te imaginas? De un angelical coro eclesiástico a una banda satánica”, dijo Miguel.*

*“Pero... ¡no es una banda satánica!”*, se apuró a aclarar Sebastián. Del consumo de drogas no se habló mucho. Solo la recomendación de no volver a hacerlo y *“por favor, por el amor de dios nuestro señor todopoderoso”,* que esto no trascendiera. *“Te aguantas, Sebas. ¡Te aguantas!”*, dijeron ambos padres. *“En una familia perfecta estas cosas no pueden pasar”.*

*“Además, sería bueno que te vayas alejando de ese tal Alejandro, o como se llame el músico este”,* dijo enérgico el padre.

Decidieron que el aborto Mercedes lo haría en Venezuela. Ahí tenían gente conocida *“de muy alto nivel, gente honorable”,* y nadie se enteraría en Bogotá. *“Sería una vergüenza. ¿Te imaginas qué espanto, hija?”*, fue la reflexión de la respetable familia Nariño.

Iría ella sola, en avión. Allá la esperarían amigos. Si viajaban hija y padres, eso podía llamar la atención. Ante todo, las cosas había que hacerlas con mucha precaución. *“Nunca se sabe, pero de pronto en el aeropuerto nos ven y comienzan las preguntas. Sería muy incómodo, ¿verdad?”*, reflexionaba Cristina.

Antes de partir, madre e hija hablaron lo más honestamente que podían. Quizá nunca habían dialogado con franqueza, como dos mujeres que se pueden contar sus problemas. Todo era cosmético, cosa fingida. Siempre la sonrisa plástica, la máscara. *“¿Y quién es ese tal Alejandro, hija, el pelao que te dejó este regalito?”*

La respuesta de Mercedes galvanizó a doña Cristina. *“Es un buen tipo, de verdad, mamá. Es músico, y también estudia Letras en la Nacional. De pronto hasta lo conoces. Usa un arete en su oreja izquierda y tiene muchos tatuajes”.*

*“¿Y también pelo largo, agarrado en una colita?”*

*“Sí, exacto. ¿Lo conoces?”*

*“No, no. Es que... todos estos jóvenes se visten igual hoy día”.* No pudo evitar cambiar de color. Su hija lo notó. *“¿Te pasa algo, madre?”*

*“Tranquila, hija. Estoy bien. No pasa nada. Lo que sí, me gustaría hablar por teléfono con este muchachito. ¿Tienes su número?”*

*“¡¿Hablar con él?! ¿Para qué? Mejor olvidarlo, ¿no?”*

*“Me parece que sería bueno ponerlo en cintura, Mercedes. Y eso lo puede hacer solo una madre”,* agregó con convencimiento, con aire ceremonioso. De ese modo,



Cristina consiguió que su hija le pasara el dato. Cuando vio el número, casi cae de espaldas.

La noche anterior al planificado viaje de Mercedes, el padre les pidió tener una reunión familiar de urgencia. Se reunieron los cuatro. Para mayor tranquilidad, les dieron el día libre a las dos empleadas domésticas, asegurándose así que estarían solo ellos, los miembros de la ilustre y ejemplar familia Nariño. Con aire solemne, serio, con la cara tensa, Miguel dijo con voz enérgica:

*“Ahora no importan los detalles, pero todos sabemos quién es Alejandro. Suficiente con eso. Por diferentes motivos, los cuatro Nariño nos vimos afectados por este perro hijo de la gran puta. Conclusión: hay que sacárnoslo de encima”.*

Se hizo un silencio sepulcral. Ninguno de los cuatro se atrevía a mirar a los ojos a los otros. Después de unos segundos que parecían siglos, Sebastián preguntó:

*“¿Y cómo lo hacemos?”*

Nuevo silencio tenso. Finalmente, Mercedes agregó: *“Conozco gente que se encarga de esas cosas”.*

*“El fin justifica los medios. No se hable más del asunto”*, expresó circunspecta Cristina. *“Cuando regreses de Venezuela, nos ocupamos”.*

Un mes después, el cadáver de Alejandro Restrepo, 22 años, oriundo de Bogotá, aparecía desmembrado en un paraje rural cercano a la ciudad capital. Los Nariño, por supuesto, continuaron siendo una familia perfecta.

Bueno..., más o menos perfecta, porque los problemas no faltan. En realidad, terminaron con Alejandro, pero no con su legado.

El día del encuentro de Cristina con el muchacho en su cubículo, no solo hubo un beso. Hubo sexo oral sin protección de la profesora al estudiante. Eso, la glamorosa mujer no quería ni pensarlo. Simplemente, lo borró. Jamás lo reveló a nadie. Por otro lado, cosa de la que Sebastián nunca habló, ni siquiera con el personal que lo atendió durante su internación, en varias oportunidades usó heroína. Lo peor es que, para inyectársela, compartió la misma jeringa con Alejandro.

Algún tiempo después de la aparición del cadáver del joven, a Sebastián le llegó el comentario de que el líder de la banda –ya disuelta para ese entonces– había sido seropositivo. Fue solo un comentario de pasada, no una aseveración, pero suficiente para dispararle una angustiante preocupación.

Meses después lo comentó con su familia. Era imposible saber si la noticia resultaba cierta. Aunque se inhumaran sus restos –cosa absolutamente descartada, por otra parte– luego de unas horas no quedan rastros del virus. La única forma de saber si alguno de ellos era portador, consistía en realizarse una prueba de VIH. Como eso,

dados sus prejuicios, podría disparar sospechas, prefirieron seguir la vida como si nada hubiera pasado. Pero en secreto –como siempre–, más allá de sus eternas sonrisas plastificadas, la angustia los carcome día a día. De todos modos, para las fotos que siguen subiendo con profusión a las redes sociales, continúan siendo una familia perfecta.

## ¿QUIÉN TIENE LA BATUTA?

Con sus 24 años para muchos era ya el mejor director de orquesta sinfónica de la historia, superior a Toscanini, a von Karajan, a Mehta o a Bernstein, los grandes del siglo XX.

Oriundo de Brasil, se había educado en Europa. Tenía muchas manías (obsesivo compulsivo, lo habían diagnosticado): se lavaba más de 50 veces por día las manos, usaba 4 toallas para bañarse, medía siempre su batuta antes de empezar a dirigir -temía que no tuviera la longitud adecuada-. Era un perfeccionista insoportable, un maniático chiflado para lo que no fuera música.

Nunca había dirigido el Oratorio El Mesías, de Händel. Ahora lo iba a presentar en Nueva York, con la Filarmónica de Londres y el Coro Monteverdi, dos de las mejores agrupaciones del planeta. Contrariando a los productores, había exigido ensayar un año exacto antes del estreno, a razón de 25 horas por semana. Nadie pudo convencerlo que era demasiado. *“La presentación tenía que ser absoluta y radicalmente perfecta”* decía. Nadie podía contradecirlo.

El último ensayo, el 15 de diciembre, había sido impresionante, espectacular. Al día siguiente se embarcaron para la Gran Manzana, donde se presentarían. Seguramente jamás se había logrado un amalgamiento tan perfecto entre instrumentistas y cantores. Algunos críticos que habían escuchado el postrer ensayo dijeron que *“no se podía creer la perfección obtenida, la rigurosidad técnica y la pasión expresiva”*.

El día anterior a la presentación, X. creyó morir de un paro cardíaco en el hotel donde se alojaba. Cuando despertó, comprobó que nada había cambiado y recordó el cuento de Tito Monterroso sobre el dinosaurio. Sobre unos sucios cartones en la zona roja de San Pablo, su ciudad natal, había dormido bastante plácidamente. Los efectos de la inhalación de thinner lo mareaban profundamente, y así se olvidaba del mundo. Su brillante carrera musical se había cortado a los 22 años, cuando estaba comenzando con notorio éxito. El alcohol, sin dudas, puede ocasionar desastres. Lo único que quedaba de aquella época, siempre guardada entre sus ropas, era su batuta.

## UN MUERTO ESPECIAL

Raúl era de los que siempre se equivocaba, de los que nunca pegan una. Cada cosa que hacía, al menos así lo sentía él, era un desastre. Muy en secreto sabía que así era su mundo, pero por todos los medios intentaba no mostrar esa imagen. Por el contrario, pretendía evidenciarse como triunfador.

Situación algo tragicómica: ante cada fracaso, ante cada metida de pata –muy numerosas, por cierto– era proverbial su tonta sonrisa y alguna explicación justificatoria, absurda en la mayoría de los casos. Le habían recomendado varias veces ir al psicólogo, pero se rehusaba terminantemente.

A los 13 años, motivado por algún amigo, había comenzado a estudiar guitarra. Lo hizo con un discípulo de Abel Carlevaro en su Montevideo natal. No era mal alumno; a decir de su maestro, pintaba para posible concertista. En cuatro años de estudio intenso ya había adquirido un muy buen nivel. Pero como todo le salía mal, jugando al fútbol se quebró un dedo de la mano izquierda, y su carrera como concertista de guitarra se vio truncada.

En realidad, no había todavía ninguna carrera; en todo caso, ese era su anhelo, más motivado por lo que decía su profesor que por una realidad palpable.

Este accidente a sus 17 años le ratificó lo que ya, desde su niñez, venía manifestándose balbuceante: no había cosa que no le saliera mal. Pero su tenacidad era a prueba de todo. Por tanto, como le encantaba la música académica europea, más conocida como como música clásica, tanto en Uruguay como en buena parte del mundo, optó por la dirección orquestal.

Se presentó al Conservatorio Nacional con todas las esperanzas. Una vez más recibió un baldazo de agua fría: para acceder a ese curso necesitaba amplios conocimientos de piano, armonía y composición. No los tenía, por lo que la batuta de director pasó al olvido. De esa época de cercanía con el arte sonoro solo le quedó el gusto por la música clásica, la barroca fundamentalmente.

Como no queremos entretener al lector con innumerables relatos de fracasos, tropiezos y fiascos varios, solo digamos que su vida fue un continuo tormento. Lo curioso es que, pese a todos los traspiés recibidos, nunca se le borraba la sonrisa de oreja a oreja. Parecía más bien una mueca –quizá lo era–, que encubría el profundo dolor que llevaba, una máscara. Había una relación, como diría un matemático, directamente proporcional en su vida: a mayor insatisfacción por los golpes sufridos, mayor sonrisa.

Los años fueron pasando, y nunca se despegó de su madre. Su padre hacía años se había marchado. Era hijo único. Nadie como Raúl cambiaba tanto de trabajo. Era muy llamativo eso: duraba poco en cada puesto, pero siempre, rápidamente

después de los despidos, conseguía uno nuevo. Hizo de todo: empleado en una fotocopiadora, agente de seguridad en un banco, ayudante de plomero, camarero, un breve paso por una radio como locutor, taxista, acomodador en un teatro. De noviazgos, poco y nada. Ninguna relación estable, seria. Algunas salidas ocasionales, sin mayor compromiso. Tampoco era un asiduo visitante de prostíbulos. Su soltería comenzaba a arraigarse.

A los 30 años, viviendo siempre con su “viejita adorada”, comenzó a pergeñar la idea. Fue descubriendo que todo el mundo le devolvía su sonrisa plastificada, pero en verdad, no tenía amistades reales. Eran, a lo sumo, acompañantes ocasionales, compañeros de ruta que él quería ver como amigos. Aunque amigos sinceros, no había. Decidió ponerse a prueba, para ver cuánta gente realmente lo estimaba.

El plan era macabro, bastante tétrico. En todo caso, rayaba en la locura. Se haría pasar por muerto, viendo si aparecía alguien a su funeral. Dedicó innumerables horas a informarse sobre el asunto y a planificar con lujo de detalles la obra. Debía ser una gran escenificación, por lo que todo debía quedar bajo control.

Contactó con dos empleados de una pequeña empresa funeraria para arreglar el asunto. Después de haberse asesorado convenientemente, estableció que tomaría una dosis de haloperidol –esa droga que se le suministra a los pacientes de los hospitales psiquiátricos– para mantener un estado cataléptico por varias horas. El efecto daría como resultado, según lo que pudo averiguar, consultando a varios médicos incluso, un aspecto cadavérico, con rigidez total, y hasta con una palidez cutánea que podía hacer pensar sin dudas en una persona muerta.

La jugada era muy audaz. Por un lado, los efectos de la droga no estaban totalmente asegurados: podía dejarlo catatónico, pero también podía matarlo. Por otro lado, el montaje preparado con los funebreros no era fácil. Debían dejarlo en un ataúd que le permitiera respirar, y todo tenía que estar muy bien coordinado para poder despertar justo en el momento preciso. Ese momento era el instante en que iban a depositarlo en la tumba.

Además, todo debía prepararse para hacer creer a su familia –a su madre básicamente– que Raúl había fallecido en un accidente automovilístico, y que por la forma en que había quedado desfigurado su cuerpo, en el cajón solo se mostraba el rostro. El ficticio muerto, así, podría escuchar lo que se decía durante el velorio.

Como buen melómano, la música clásica lo fascinaba. De esa cuenta, más de alguna vez había dicho a sus allegados que el día en que muriera, gustaría de ser llevado en el momento de su inhumación al compás de la Oda a la Alegría, el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía de van Beethoven. La madre reía de la ocurrencia de acompañar su funeral con música. Lo veía como una extravagancia de su hijo, una más de tantas.

La idea de Raúl consistía en permanecer como muerto durante todo ese tiempo, y despertar al escuchar los sonos de esa música. Daría golpes en la caja ya cerrada,

y ante el presumible espanto/sorpresa/asombro de los acompañantes, los empleados oportunamente instruidos abrirían el ataúd. Terminada la escena – increíble, fantástica, sorprendente– el joven renacido narraría los entretelones de la historia.

Todo se cumplió según lo previsto. Por primera vez en su vida sentía que podía hacer algo bien, que la vida no lo abofeteaba como era lo habitual. Pero siempre quedan imponderables. En medio del canto triunfal de la Novena Sinfonía cuando lo llevaban desde la carroza fúnebre hasta la tumba, descubierta que fuera la tapa por los empleados contratados, el impacto fue mayúsculo, inaudito. Tanto, que su madre y una tía murieron de un paro cardíaco por la impresión. Los pocos, poquísimos asistentes, no sabían si reír, salir corriendo o golpear a Raúl sintiéndose burlados. Ni siquiera fue noticia en la prensa local: los editores decidieron que era de muy mal gusto informar sobre un acto psicótico. Prácticamente nadie se enteró del hecho.

Su odio con sí mismo fue tan grande que dos días después desapareció de Montevideo y nunca más se supo nada de él en la ciudad. Según comentarios nunca confirmados con certeza, parece que ahora presta servicio en la Legión Extranjera de Francia como mercenario incorporado.

## DENUNCIA SOBRE NEUROARMAS

***Este es un relato de docuficción. No existe la tal carta ni el tal autor o autora. Pero sí existe lo que el texto manifiesta.***

---

CARTA ABIERTA A QUIEN DESEE LEERLA:

Sé que al escribir esta carta –que más bien es una denuncia– me puede ir la vida. Pero mi ética no me permite seguir ocultando algo que, a todas luces, es una inmensa tropelía, una injusticia con un descaro inconmensurable, una cosa realmente repugnante. No he de firmarla, pero cualquiera que sepa de la reunión que voy a presentar ahora, podrá colegir rápidamente quién es su autor o autora. Dejo, de todos modos, el anonimato como mi pretendido paraguas cobertor. Si saben quién la escribió, por supuesto que soy persona muerta. Pero eso no me preocupa. Como dicen que dijo Aristóteles en su intercambio con su genial maestro ateniense: *“Soy amigo de Platón, pero más aún lo soy de la verdad”*.

Quiero tener total claridad y transparencia, y si lo que digo aquí sirve para que más de alguien pueda abrir los ojos y reaccionar como debe ser, me alegraría muchísimo. Lo digo abiertamente, sin pelos en la lengua: estamos ante una monstruosidad espantosa, ante la posibilidad de que el gran poder de la primera potencia capitalista del mundo, Estados Unidos de América, nos maneje de una forma brutal, absoluta, pero con la mayor de las sutilezas, a tal punto que no podríamos darnos cuenta de la artera maniobra en juego. ¿Qué quiero decir con esto? Que el grado de sofisticación que se está teniendo en las nuevas guerras que libra el sistema capitalista para defenderse e intentar perpetuarse, nos deja estupefactos. Es de destacarse que quien lo hace en grado sumo, es ese país, de momento líder del capitalismo mundial, con una saña y una sangre fría que asustan.

Todo el mundo o, al menos, la pretensión de trabajar sobre la mayor parte de la humanidad que le sea posible, es el objetivo que se traza la gran potencia. ¿Para qué? Para seguir manteniendo su papel de hegemonía planetaria absoluta. Sabemos que a fines del pasado siglo, entre 1980 y el 2000, los geoestrategas de Washington formularon los tristemente célebres Documentos de Santa Fe. Los mismos, esas cuatro piezas sin desperdicio que escribieron esta gente sin escrúpulos, patéticamente conservadora y retrógrada, no tienen color partidario; es lo mismo si quien está en la Casa Blanca es demócrata o republicano –por último, para la política exterior de Estados Unidos eso no importa: todos los presidentes responden por igual al nefasto complejo militar-industrial quien es el que, efectivamente, fija los criterios para la geodominación global–. Esos documentos, como es sabido, tienen como objetivo básico lograr que el siglo XXI siga siendo, al igual que el siglo XX, dominado por el país de los vaqueros. *“Por un nuevo siglo americano”*, se titulan. Eso lo dice todo.

En ese contexto, en su denodada lucha para evitar que aparezca otra potencia que le haga sombra –para el caso China o Rusia–, el proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos es hacer todo, absolutamente todo lo posible para seguir manteniendo el liderazgo mundial. Y cuando decimos “todo”, queremos decir exactamente eso. Cualquier cosa está justificada: guerras nucleares limitadas, manipulación del clima y provocación de catástrofes supuestamente naturales, sistemas de espionaje planetario total que terminan con la privacidad de la población, banco de datos de la población mundial para saber cómo piensa cada quien, magnicidios, guerra química y bacteriológica a niveles inimaginables, guerra mediática llevada a cotas esquizofrénicas, centros de tortura con la más alta tecnología, militarización del espacio sideral, sabotajes salvajes, preparación de mercenarios sin la más mínima contención ética, y un largo etcétera que escandaliza. Para todo ello, para seguir manteniendo ese “nuevo siglo americano” –así lo establecen esos documentos sin el más mínimo reparo– está dispuesta a emprender cualquier cosa, más allá de todo límite moral. Me permito decir –pues la experiencia así lo demuestra– que en esto de mantener los privilegios, cualquiera que detenta una cuota de poder, sea cual fuere, actúa siempre de la misma manera: los defiende como fiera enjaulada, con toda la brutalidad y saña posibles. ¿Quién acaso cede gentilmente, con simpatía, con benevolencia, sus privilegios? ¿Los varones ceden amablemente sus privilegios ante las mujeres? Por eso se sigue manteniendo el patriarcado; ya no hay cinturón de castidad, pero el machismo insultante continúa. ¿Los blancos ceden su poder sobre los no-blancos? ¡Ni pensarlo! De ahí el repugnante racismo que sigue marcándonos. ¿Los propietarios ante los desposeídos acaso? Pero razonar sobre estos tópicos nos llevaría por caminos escabrosos, y no es esa mi intención con esta breve misiva. Además, creo que no me dan mis fuerzas intelectuales para hacerlo. Por eso, vuelvo a lo que, más modestamente, quería transmitir.

La clase dominante de Estados Unidos, decía, autoproclamada poseedora de un presunto destino manifiesto, se siente dueña y dominadora del planeta. Desde la extinción de la Unión Soviética y la emblemática caída del Muro de Berlín, la dichosa “cortina de hierro”, como oprobiosamente se le conoció, ese grupo de super poderosos, representado por el elenco gobernante que dirige desde la Casa Blanca de Washington –por cierto, varones blancos, ya que estábamos hablando de patriarcado y racismo–, se ha entronizado y ensoberbecido. Como ningún imperio en la historia, se siente omnímodo, intocable, absoluto. Dicho en otros términos: unos dioses. Aunque –y esto es lo importante a destacar– en su fuero íntimo sabe que ni es tan omnímodo ni tan intocable. Nuevas fuerzas han venido surgiendo últimamente en el mundo, las cuales fuerzas le comienzan a disputar esa hegemonía. Como leí por ahí: “El amo tiembla horrorizado ante el esclavo, porque sabe que el esclavo, inexorablemente, en algún momento se rebelará, y el amo tiene así sus días contados”. Es por eso que, para no perder sus privilegios, ese grupo de ensoberbecidos ricachones puede hacer cualquier cosa.

Pero el mundo se mueve, cambia, se transforma. La clase dominante de esta gran potencia ya ve venir su ocaso. Si el dólar se ha estado manteniendo por espacio de



siete décadas como la divisa obligada de la humanidad a base de desembarco de marines o de bombas inteligentes, hoy por hoy esa supremacía comienza a ponerse en entredicho. Eso la tiene tan, pero tan inquieta. Y lista para accionar.

La República Popular China, con un complejo sistema político que, desde Occidente, se nos hace a veces muy difícil entender, eso que se llama “socialismo de mercado” –capitalismo con un Estado comunista que dirige férreamente y planes a un siglo-plazo– en estos últimos años ha pegado un salto cualitativo fabuloso. Ya no es el taller del mundo donde se fabrican juguetitos de mala calidad o chucherías descartables; ahora es una super potencia científico-técnica, con desarrollos que obnubilan. Según revistas especializadas, la investigación científica china ya aventaja a la estadounidense. Un sol artificial producto de la fusión nuclear que generaría energía limpia infinita, la computadora cuántica más rápido del mundo, trenes de alta velocidad que dejan estupefactos, obras de ingeniería tan osadas que ni Le Corbusier hubiera podido imaginar, inteligencia artificial y robótica impresionantes, tecnologías 5G y 6G para las comunicaciones únicas en el mundo, investigación espacial que ya comienza a superar a rusos y estadounidenses, un vehículo interplanetario en viaje hacia Júpiter, misiles hipersónicos que apabullan al Departamento de Estado norteamericano, todo eso marca que este país toma la delantera de la humanidad. Su economía, no basada en el dólar, está marcando el rumbo. Y como van las cosas, lo seguirá marcando cada vez más, desplazando al imperio americano.

No cabe dudas que el capitalismo ha dado grandes frutos, resolviendo problemas ancestrales de la humanidad. O resolviéndolos en parte, al menos. Los irlandeses que desembarcaron en la costa este de Estados Unidos hace algunos siglos en el legendario Mayflower, además de matar muchos indígenas norteamericanos y de haber traído cantidades de población negra del África como esclavos a su territorio, definitivamente crecieron. Si bien fueron, desde el inicio, unos reverendos... bueno, ustedes me entienden..., además de eso, desarrollaron un sistema económico que, al menos a un grupo de población en el mundo, le dio resultado. Estados Unidos creció y obtuvo grandes logros científico-técnicos. Eso es innegable. Tanto, que dejó atrás a Europa, y andando el tiempo, llegó a dominar buena parte del globo terráqueo. Para la post guerra del 45 producía una tercera parte del producto global con tecnologías de avanzada, y con una población que es el 2% de la población planetaria total, consumía el 25% de todos los recursos del mundo. Un trabajador yanqui podía sentirse opulento, porque realmente lo era comparado con otros trabajadores del mundo.

Como es sabido, para después de terminada la Segunda Guerra Mundial –que, en realidad, fue ganada por la Unión Soviética, quien puso 25 millones de muertos y una infraestructura nacional casi aniquilada en su totalidad en el enfrentamiento–, Estados Unidos, que no recibió ni un balazo en su territorio, quedó como líder absoluto del planeta. Con Europa devastada y reconstruida con el infame Plan Marshall –que convirtió al así llamado Viejo Mundo en su rehén–, con un nivel de confort para sus habitantes único en todo el globo y, en aquel entonces, el monopolio del arma nuclear, Estados Unidos se sintió dios. Pero se les fue la mano

en su altanería, en su narcisismo hedonista. Empezaron a consumir locamente, más de lo que producían. Recuérdese el derroche monstruoso de las décadas de los 50 y los 60 del siglo pasado, cuando era común que un trabajador estadounidense tuviera un automóvil de 8 o de 12 cilindros, quemando petróleo en forma incontrolada. Vehículo que –eso es el consumismo– cambiaba periódicamente, sin que fuera necesario.

Ahí comenzó la decadencia, igual que le pasó al Imperio Romano ensoberbecido por sus grandezas. Sin ningún lugar a dudas Estados Unidos se convirtió en superpotencia, viendo en la Unión Soviética su archirrival, que presentaba otro modelo de sociedad, quizá más austero... ¡o más racional! Norteamérica fue el punto máximo del capitalismo, donde todo es negocio, donde lo más importante es “hacer dinero”, y consecuentemente, consumir. La llamada obsolescencia programada vino a entronizarse: fabricar cosas para que se rompan rápido y haya que renovarlas, así no se detiene nunca el ciclo económico. Pero justamente ese consumo desaforado, ese despilfarro loco, sin límites –todo se compraba por docenas; se usaban una o dos cosas, y el resto se echaba a la basura, todo había que cambiarlo rápido, la sed insaciable por lo nuevo y lo que está de moda se impuso con frenesí enfermizo–, esa forma de comerse el mundo comenzó a pasar factura. Como alguien sabiamente dijo: “comenzaron a cagar más alto que el culo”, y eso es insostenible. Se consume lo que se tiene, si no, se entra en deuda. Exactamente eso pasó en este país: la deuda de cada familia –todo el mundo endeudado con hipotecas y varias tarjetas de crédito–, y las deudas federales, ya sea la fiscal o su deuda externa, se fueron haciendo cada vez más abultadas. En términos técnicos: impagables. Repitamos: consumen más de lo que producen, y eso no es sostenible. Las facturas, tarde o temprano, hay que pagarlas. Y en este caso, ese consumo desaforado y voraz de ese 2% de la población planetaria, ha destruido buena parte del medio ambiente, comiéndose una enorme cantidad de recursos no renovables. Se produjo así una catástrofe medioambiental que afecta a toda la humanidad, siendo que muchísima gente en el mundo jamás consumió ni la milésima parte de lo que consume un ciudadano estadounidense. ¿Saben ustedes cuántos litros diarios de agua consume un Homero Simpson? Más de 100. ¿Y saben cuánto consume un africano sub-sahariano? ¡Solo un litro diario! ¿Quién paga esa factura entonces?

¿Cómo se mantuvo Estados Unidos y siguió siendo superpotencia? Como hace el grandote del barrio: en base a bravuconería, aprovechándose que no tiene rival de peso. Con los socialistas de la Unión Soviética, aunque en un primer momento inmediatamente después de terminada la guerra en 1945 hubo hipótesis militares para destruirla con armamento atómico, no se atrevieron. Y rápidamente el primer Estado obrero y campesino del mundo tuvo también sus misiles nucleares, llegando a equipararse, o incluso a superarlo: recordemos la bomba de hidrógeno soviética. Ya sabemos lo que eso significó: una Guerra Fría, con amenazas y bravatas de ambas partes, que se peleó no entre los dos gigantes sino a través de sus países satélites, de sus zonas de influencia. Así, Medio Oriente, África, Centroamérica pusieron los muertos, mientras las dos potencias se amenazaban con armamento cada vez más letal, sin atreverse a disparárselo entre sí. Por supuesto, para el

complejo militar-industrial de Estados Unidos, eso era una ganancia fabulosa, estratosférica. Para la URSS, su derrota.

La Guerra Fría terminó, y Estados Unidos fue el ganador. Pero antes ya había comenzado el declive. Aunque no lo quiera reconocer, el país hace tiempo que ya viene desacelerándose. Podría decirse que se echó a dormir en sus laureles. Lentamente fue perdiendo la delantera en muchos aspectos. Por ejemplo: un emblema de la industria norteamericana, un símbolo de su hiper desarrollo, la General Motors Company, que fabricaba siete marcas de vehículos y ocupaba a miles y miles de trabajadores en el mundo, terminó quebrando, y fue el Estado quien salió a su rescate –por supuesto, con fondos públicos, que pagaron los mismos ciudadanos–. Los vehículos japoneses, menos consumidores de petróleo, más baratos, la hicieron hundir. Sin dudas Estados Unidos sigue siendo una potencia, pero lentamente fue deteniendo su velocidad, su empuje. Vivir endeudado no es buen negocio para nadie. Lo cierto es que en estos últimos años le aparecieron sombras por varios frentes. Aunque caído el Muro de Berlín se alzó como superpotencia unipolar, su dinamismo ya estaba perdido. Su economía, cosa de la que la prensa capitalista prefiere no hablar, se empezó a mantener en muy buena medida gracias a las inyecciones financieras japonesas y chinas. Siguió siendo el hegemon indiscutido, aunque ahí fueron apareciendo China, como ya dijimos, y Rusia, ensombreciendo su futuro. De la mano de un ex agente de la KGB convertido en el nuevo mandatario, el país euroasiático renació política y militarmente. En este último ámbito, desarrolló armamento que hizo palidecer al Pentágono, superándolo en términos de poder de fuego, sacándole algunos años de delantera en el desarrollo del armamento más sofisticado. Gracias a la venta de petróleo y gas, Rusia logró acumular ingentes cantidades de divisas, de las más grandes del mundo. Hoy por hoy, ambos países de este nuevo eje de poder: China y Rusia, son la sombra de Washington. Y en verdad se la están poniendo bien difícil. ¿Se imaginan lo que va a pasarle a la nación americana si se destrona el dólar? Todo indica que hacia ahí vamos. Por eso su clase dominante, que ahora vive en muy buena medida de la especulación financiera y de la fabricación de armas, es decir, de la fabricación de guerras, está algo nerviosa. Nadie quiere perder sus privilegios, ¿verdad?

Pero no quiero extraviarme. Vamos a lo concreto, al punto que me hace escribir esta carta. Aunque no voy a revelar mi identidad –los servicios de inteligencia muy probablemente me terminen identificando– he de decir que fui una de las 60 personas convocadas por una Fundación del país del norte –una forma elegante de enmascarar una iniciativa de su gobierno– supuestamente para darnos una capacitación. En realidad, se trató de una forma de introducción –pretendidamente sutil– sobre las nuevas armas que están desarrollando. Como todas y todos los convocados tenemos que ver, de modo directo o indirecto con el tema, la idea fue ponernos al corriente de estos nuevos ingenios, para que nosotras y nosotros nos vayamos familiarizando y, con discreción, propagandizarlos.

La susodicha reunión tuvo lugar en un lujoso hotel en alguna isla caribeña, esos lugares de ensueño reservados solo para millonarios. Supongo que quisieron

darnos un trato especial, magnífico, para hacernos sentir parte de un todo, de una familia, de un proyecto compartido. Yo, sinceramente, a esta altura de mi vida ya no puedo compartirlo.

Cuento en dos palabras por qué. Fui muy pobre en mi infancia en algún país latinoamericano –que, por razones obvias, no he de mencionar–. Con madre viuda a corta edad, sin papá, me tocó hacer de sostén de la casa desde muy pronto, atendiendo a mis dos hermanos y asistiendo a mi mamá, que tuvo demencia senil siendo bastante joven. Tengo facilidad con los idiomas, por lo que llegué a manejar con mucha fluidez inglés y francés, además de español, mi lengua materna. Eso, más mi formación universitaria –estudié con beca completa toda mi carrera y mi maestría en una prestigiosa universidad privada– me permitió llegar a un puesto relacionado con la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, más conocida como USAID, por su sigla en inglés. Sin falsa modestia, puedo decir que soy muy capaz –nunca desaprobé una clase en la universidad, siempre con las mejores notas–. Descollé desde un primer momento en la empresa contratista que trabajaba con fondos de la AID, laborando ahí en mi especialidad –tiene que ver con la comunicación, y perdón si no doy más datos específicos. Espero sepan entenderme. Es por mi seguridad–. Todo el mundo me tomó como alguien afín a los dólares, alguien que se vende por un buen puesto en una de estas parasitarias empresas que se llenan la boca hablando de desarrollo y usan un lenguaje políticamente correcto, mientras son la contracara –la cara amable, se diría– de la nefasta CIA. ¡Sí, sí: de la CIA! Lo digo sin cortapisas, porque en mi trabajo me fue tocando cada vez más verme con oficiales de la Agencia. Hasta ahí les cuento quién soy. Yo no soy de la CIA, no soy estadounidense, ni lo quiero ser, amo a mi patria en la sufrida Latinoamérica, y veo que el dominio de esa clase privilegiada del gran país del norte es infame. Si hasta hace poco, sabiéndolo o no, trabajé para ella, ahora digo basta, ya no más. No puede seguir tolerándose su altanería, su arrogancia y prepotencia. O, dicho más claramente aún, su violencia infinita. No debemos olvidar nunca que fue el único país en la historia que se permitió usar armas atómicas contra población civil no combatiente en Japón, cuando la guerra ya estaba terminada, solo para mostrar al mundo su músculo. ¿Sabían que muchos, cuando no todos, los militares asesinos y torturadores que tenemos en nuestras tierras fueron preparados por estadounidenses? Si pueden, lean un manual de contrainsurgencia de esos que usan en esas clases: van a caer de espaldas.

Aclaro rápidamente que, aunque tuve que relacionarme en forma creciente con esta gente, nunca estuve de acuerdo con ellos. Reconozco, no sin vergüenza, que “poderoso caballero es don dinero”, por lo que los sucios y asquerosos billetes verdes me obnubilaron en un primer momento. Para alguien que más de alguna vez se tenía que acostar con el estómago vacío en su niñez y adolescencia y que veía a sus hermanitos descalzos porque no había para zapatos, tener en la mano cada fin de mes cuatro o cinco mil dólares, era una cosa increíble. Eso atrapa, fascina, nubla la mente, debo reconocerlo. No se imaginan ustedes la sensación de triunfo inconmensurable que tuve cuando pude comprarme mi primer teléfono inteligente. Me sentía en la cima. Así me pasé varios años. Como era muy competente en mi trabajo –no me avergüenzo de lo hecho, porque lo mío era puramente técnico, yo

no tomaba decisiones políticas— fui escalando posiciones. Y consecuentemente: salario. Pero lo recién sucedido me asqueó de tal manera que decidí renunciar. Y además, me decidió a hacer público todo este disparate. Mas no digamos disparate. Digamos lo que efectivamente es: ¡esta mierda!, ¡esta loca aventura hija de puta de unos millonarios ávidos de poder que se sienten superiores al resto de los mortales!

Sin extraviarme en pormenores, entonces, diré que en la susodicha reunión había médicos psiquiatras, psicólogos sociales, comunicadores, diseñadores de campañas publicitarias y propaganda política, ingenieros en informática, más los cinco facilitadores, que eran estadounidenses. Se habló solo en inglés. Todo lo logístico fue de primera: se nos trató como reyes. ¿Qué se buscaba con ese encuentro? Asumiendo que toda persona que estaba allí es directamente un defensor/a del *american way of life*, la idea era motivarnos para trabajar —tal como dicen los Documentos de Santa Fe— por “un nuevo siglo americano”. En otras palabras: mostrarnos los “progresos” de la ciencia yanqui, haciéndonos partícipes de la misma. ¿Y para qué eso? Para que seamos divulgadores y divulgadoras de esas “maravillas”, que permitirán —al poder de Washington, obviamente— manejar las mentes de la humanidad. Eso es lo que están tramando. Yo no quiero ser parte de ese plan, me espanta, me horroriza. Por eso ahora tomo la pluma para denunciarlo.

Parece de ciencia ficción lo que estoy relatando, ¿verdad? Una de esas malas películas, viejas películas en blanco y negro, de un científico loco que pergeña alguna criatura extravagante en su laboratorio, un ser terrible y sanguinario que responde solo a la voz de mando de su creador. Pues bien: eso no es ciencia ficción. Si escribo esta carta pública es para hacer saber al mundo que la clase dirigente de Estados Unidos, a través de su gobierno de turno, está preparando ese engendro maquiavélico, monstruoso, patético, con el que piensa asegurar la continuidad de su hegemonía mundial. Me refiero a las llamadas neuroarmas. En otros términos, a eso que se llama “guerra cognitiva”, la guerra de última generación.

¿Qué es eso? Dicho rápidamente: armas que sirven para influir directamente sobre la conducta humana a través de la alteración de funciones del sistema nervioso central, manipulado procesos cognitivos y emocionales, influyendo abiertamente sobre ciertas capacidades humanas tales como la percepción, el razonamiento, los valores éticos o la tolerancia al dolor. Ello se deriva de los fenomenales avances en el campo de las neurociencias. La idea de base es poder intervenir directamente en los procesos cerebrales, estableciendo lo que las personas deben pensar y/o sentir. Esas neuroarmas pueden darse bajo la forma de agentes biológicos, o de armas químicas, así como de energía dirigida. Todo ello puede maquillarse, presentándose como mejoras en el campo de la biotecnología, con altruistas fines humanitarios para atender determinadas enfermedades, dizque promoviendo el bienestar general. Se puede hablar así del diseño de dispositivos útiles para expandir o mejorar las capacidades cognitivas y comunicativas de la gente y mejorar la salud y sus capacidades físicas. Dicho así, obviamente, suena bien. ¿Quién podría oponerse? En realidad, más allá de toda esa pomposa parafernalia discursiva, se busca la más repugnante manipulación. Con estas neuroarmas se logrará hacer pensar y/o sentir lo que determinados centros de poder quieren que se piense o se

sienta. Por supuesto, de más está decirlo, el guión lo escribe la superpotencia, a su favor, claro está.

En este bendito encuentro del que hablo, nos mostraron las posibilidades que las mismas abrirían. Todo indica que sí, efectivamente, se puede manipular a gusto la voluntad de la gente. Si desde hace más de un siglo con un bombardeo de publicidad nos obligan –digamos que sutilmente– a tomar Coca-Cola, sin que entonces se usaran las llamadas neurociencias, ¿qué no lograrán estas acciones basadas en preceptos científicos? Si es posible manipular el pensamiento con inducciones, mucho más lo será con técnicas específicas, desarrolladas y probadas en laboratorios, con impactos tan profundos que no se pueden ver, pero que actúan en forma demoledora a nivel de corteza cerebral. ¿Recuerdan los experimentos de publicidad subliminal de décadas atrás, prohibidos en su momento? Pues bien: esas cosas son juego de niños comparado con lo que ahora se viene. Pavlov, con sus perros de experimentación, moriría de placer al ver estos logros de condicionamiento.

Puede parecer novelesco todo lo que aquí expongo, pero aseguro, y doy fe de ello, que esas manipulaciones ya existen. Se nos convocó en la ocasión para mostrarnos esos avances: nanochips que se implantan en el cerebro, manipulación de ondas cerebrales, artificios que parecen sacados de una película de terror, pero que ya se han probado. Y lo peor: ¡son efectivos! Convergen en todo esto distintas disciplinas, que pueden ser interconectadas, como la nanotecnología, la biotecnología, la informática y las llamadas ciencias cognitivas. En ese lujoso hotel, mientras comíamos opíparamente y podíamos disfrutar de una paradisíaca playa privada, con ranchitos modestos no muy lejos de allí donde vive el personal que nos atendía, se mostraron experiencias filmadas, por ejemplo, de soldados manipulados de esta forma, con lo que se logra hacerlos inmunes al miedo y al dolor, carentes de todo sentimiento y traba moral, listos para cumplir cualquier misión. Rambos a la medida de lo que se desee. Es decir: un humano absolutamente robotizado, manipulado, llevado como marioneta. De esa manera, con esto que se llama neuroarmas, esos soldados, esos seres humanos más bien dicho, se convierten en terribles armas letales, más devastadoras que las armas nucleares. Seres manipulados hasta sus entrañas, transformados en autómatas libres de ataduras éticas y sin umbral de dolor ni miedos paralizantes, listos para cumplir cualquier cosa. “Máquinas de matar”, en el más cabal sentido de la palabra, sin asco, sin remordimientos, sin frenos. Y lo mismo se podrá hacer con la población civil: ¡piense esto, no piense tal cosa, sienta esto otro, no sienta tal otra cosa! ¡¡Patético!! ¿verdad?

Como todo esto me resultó infame, repugnante, alevoso, sin ser yo precisamente de pensamiento comunista, entiendo es mi deber hoy hacerlo de conocimiento público. Si esta carta sirve de algo, me alegraría mucho. Por favor, divúlguenla.

## ABORTO

*“Se lo voy a contar porque es usted y me cayó bien. Créame que no a cualquiera le cuento estas cosas. En realidad, para mí es muy duro hablar de todo esto.*

*Quizá piense que estoy exagerando, que me quiero hacer pasar por víctima. No es así, en absoluto. En realidad, soy víctima. Soy enteramente una víctima, y si usted me permite un momento, si tiene un rato para que le cuente mi historia y quiere soportar un relato algo lacrimógeno, verá por qué digo esto.*

*No quiero dar lástima. Nunca en mi puta vida quise hacer eso: dar lástima, pienso, es despreciable. ¿Para qué hacer algo así? Es de flojos, de débiles. Y yo, créame, no soy nada de eso. Siempre aguanté de pie los golpes. Y lo voy a seguir haciendo. No crea que la sentencia que acaban de darme me atemoriza. La gente que, como yo, tiene esa vida de mierda a sus espaldas, la gente que está acostumbrada a todo, a la miseria, a golpes, a vejámenes, a darse contra la pared todo el tiempo, bueno..., gente así no le tenemos miedo a nada. Estamos demasiado curtidos, se nos endureció el corazón.*

*Y una vez más permítame decirle que no exagero. ¡En absoluto! Si pasé todo lo que pasé en mi vida, si soporté los mil y un golpes, atrocidades, desprecios, cárceles, violaciones, mierdas de todos los colores, formas y tamaños, ¿acaso cree que esta puta condena me puede asustar?*

*No le estoy diciendo que me voy a escapar de la prisión. Ganas no me faltarían, pero supongo que no será fácil salirse de una cárcel de alta seguridad como ésta donde me van a meter. Ya me fugué tres veces en mi vida de cárceles. Una vez, la primera, fue de jovencito, cuando estaba en el reformatorio; después, ya mayor de edad, en dos oportunidades pude escaparme. Aunque ahora lo veo difícil. Supongo que todo el mundo va a tener puestos los ojos sobre mí, porque en este momento soy figura pública. Todas las cámaras de televisión están sobre mí, me acosan los periodistas... Claro que ser figura pública de esta manera no es lo más interesante del mundo precisamente. De verdad, no se lo deseo a nadie; esto es una tortura.*

*Bueno, como le decía: me fugué varias veces, recibí un balazo, tengo varias cicatrices de navajazos, me peleé no sé cuántas veces en la calle, recibí todo tipo de ofensas, una violación sexual de pequeñito, tuve varias sobredosis de crack..., pero aquí estoy vivo. Ahora se habla más de mí que de Maradona, de John Lennon, aunque eso va a ser temporal, me doy cuenta. Mi caso se hizo super famoso en este momento por lo que significa. Por supuesto, a nadie le interesa un negrito de mierda, pobre, nacido y criado en un barrio marginal, vapuleado varias veces de niño cuando robaba solo alguna que otra billetera o un collar a alguna mujer, golpeado por la policía hasta el cansancio, semi analfabeta. ¿A quién le importo? ¡A nadie! Pero, curiosamente, ahora soy noticia mundial. Sé que aparezco en la*

*televisión todo el tiempo; y en las redes sociales no se para de hablar de mí, de mi malicia, de mi poca humanidad.*

*¡Qué hipocresía!, ¿no? Ahora hablan, ahora soy noticia, ahora todo el mundo, en todos los países, dice indignarse por lo que hice, pero nadie, absolutamente nadie se pregunta cómo se llegó a esto, por qué un joven de apenas 22 años es un asesino, qué hubo en mi vida que me hizo llegar a esto.*

*Por eso le decía que usted me cayó bien, no me parece hipócrita, me dice las cosas de frente, tal como debe ser, no me está juzgando todo el tiempo como hacen otros. Por eso, entonces, le cuento todo esto, y me gustaría saber su opinión. Su opinión franca, por supuesto. No que me vea con lástima, con conmiseración -¿está bien dicho así, verdad?, porque no conozco mucho de palabras complicadas-, con lástima, con compasión. Pero, bueno..., así son las cosas, mi amigo: maté a esa familia completa: padre, madre y los dos hijos, solo para robarle unos pocos billetes que tenían en la casa, y una bandeja de helado que había en la nevera. Parece terrible, ¿verdad? Quizá la gente llamada “normal” no lo pueda entender. Lo que muestra que hay mucha mentira con esto de la normalidad.*

*Yo, de haber tenido otra vida de pequeño, seguramente no hubiera llegado a esto. Tal vez hubiera podido ser como esos dos niños que maté. Es decir; niños normales, con una familia normal, con un papá y una mamá que me quieren, con juguetes, con comida todos los días, sin violencia... Pero no fue así. Claro que, cuando uno dice “normales” hay que hacer una consideración: muchos son así, con papá y mamá, y tomando helados a veces, con una infancia feliz, tranquila. ¡Pero también muchos son como yo! Es decir: vivimos en situaciones de mierda, entre la basura, la violencia, la más completa pobreza, el olvido. Tal vez yo, lo reconozco, soy más basura que otros, soy un asesino, pero ¿no son una basura también los que viven en palacios y nos miran a nosotros como deshechos?*

*Creo que usted conoce mi historia, ¿no? Mi mamá, puta de profesión, o trabajadora sexual, como se dice ahora, ya tenía otros cuatro hijos cuando yo nací. Estaba ya viejita cuando quedó embarazada de mí. Y según supe, porque ella misma me lo contó no sé cuántas veces, no quería tenerme, había pensado abortarme. Ella andaba ya por los 40, pero seguía trabajando de prostituta. Fue un grupito de muchachos de, digamos “buena familia”, que la contrató para una orgía. Ella aceptó, porque los billetes nunca venían mal. Pero esta gente la estafó: no le pagaron lo que le habían prometido, y no tuvieron protección al tener sexo.*

*Producto de eso, según ella me contaba, vino el embarazo. Mi viejita quiso denunciarlos, pero eso era imposible. ¿Se imagina usted?: una puta pobre, negra, ya vieja, sin ningún poder, meterse contra “niños bien”. Eso no podía prosperar de ningún modo, para nada. Así que mi pobre madre tuvo que aguantarse el atropello y agachar la cabeza. Agacharla una vez más, como la hemos agachado siempre nosotros, los pobres, los marginados, los negros, lo que venimos de esas barriadas consideradas zonas rojas por la gente llamada “normal”. No sé si usted alcanzará a dimensionar el odio que uno va acumulando así, pero creo que sí se da cuenta.*



*El odio no nace porque sí, así nomás. No, para nada. Tiene historia, como todo tiene historia en la vida. Las cosas no surgen de la nada. Nadie es malo solo porque se le ocurre ser malo. Yo creo, según lo que he visto en mi corta vida, corta pero movida vida, que la maldad es algo complicado. Todos tenemos cosas buenas..., a veces. Y también, del mismo modo, todos podemos hacer las peores cosas. Somos una mezcla rara, confusa. Mire, yo no soy psicólogo ni psiquiatra ni nada de eso, pero con mi poco, poquísimo estudio que tengo, veo que cualquiera puede hacer las cosas más nobles, a veces. Y también las más terribles.*

*Dicen que los pobres somos violentos, que de esas barriadas pobres, “marginales” como les dicen, “zonas rojas”, viene la gente más violenta. No estoy de acuerdo; creo que no es así. Todo el mundo tiene buenos sentimientos, a veces, como le decía. Y todos somos un poco demonios también, a veces. Depende de las circunstancias. Por ejemplo: la violencia más grande que hay, la guerra, donde está permitido matar, donde premian al que más enemigos mata -ahí uno no es un asesino sino un héroe de la patria-, la guerra, decía, no la declaran los pobres. ¿Se imagina gente como yo, un matón a sueldo, un pandillero peligroso, decidiendo la guerra de los países? ¡Imposible! Totalmente imposible. Entonces ¿de dónde putas sacan eso de que los pobres somos los violentos y la gente llamada normal, bien educada, criada en una familia, que no sufre los horrores de vivir en una zona roja, que esa gente no es violenta?*

*Le pongo otro ejemplo, para que vea cómo la violencia está siempre dando vuelta, y no solo en nosotros, los asesinos. ¡Porque yo soy un asesino!, no lo niego. Cuando era pequeño iba a la escuela, como todo niño. Pero yo era el único negrito de la clase. De más está decir que recibía todo tipo de ofensas, burlas, exclusiones. Y cuando se enteraron que era hijo de una prostituta, ¡ni le cuento! “Negro hijo de puta” me decían abiertamente. Los maestros, créame, no hacían nada por impedirlo. En todo caso, se hacían los desentendidos. Recuerdo una vez que teníamos que dibujar los símbolos patrios, y la maestra luego dijo que tal cosa, no recuerdo qué, la pintáramos color piel. Yo, entonces, la coloreé con color café oscuro. ¡Casi me mata la vieja de mierda! Hasta me mandó a la dirección. ¿Le parece que eso no es un acto de violencia? ¡Terrible violencia!, por supuesto. Pero no, el que recibió el castigo fui yo. Porque las pieles son de diversos colores; nosotros, los negros, ¿de qué color la tenemos si no? ¡Putas si no hay violencia!*

*Como ve, mi estimado, aunque la gente no se dé cuenta todos los días, la violencia está en todos lados. Para muestra, vea eso que le conté. O vea esto otro también: ¿cuál es el peor insulto de todos? “¡Hijo de la gran puta!” ¿Qué significa eso? Que ser puta es algo infame, una porquería, lo peor del mundo. “Sacrílego” creo que se dice, ¿no?, porque yo no conozco mucho de esas palabras difíciles, raras. O sea: puta es inmoral, deleznable. ¿Por qué? Ahí también hay violencia, hay hipocresía. Se las difama de día, pero de noche se va con ellas. Lo que los señores habitualmente no pueden hacer con sus esposas, muy respetables ellas, lo pueden hacer con las putas: coger por el culo, hacerles tragar el semen, silbarles y gritarles cuando bailan en un tubo, denigrarlas... Se indignan si eso se le haría a su hija,*

*pero con las putas se vale. Todo eso, ¿no es violencia?, ¿no es hipócrita? No digo que yo no sea machista, pero eso ¿no es el peor machismo que hay? Entonces nosotros, los hijos de una trabajadora sexual, ¿somos lo peor que hay en el mundo? ¿Por qué la peor ofensa, el peor insulto que existe es, justamente “hijo de puta”? Los señorones que declaran las guerras, y que van con putas, incluso con putas muy caras, gastando fortunas, ¿ellos no son violentos entonces?*

*¡Por favor! Ya estoy harto de tanta mentira, de tanta hipocresía barata. ¿Por qué nos dicen violentos a nosotros? Yo lo reconozco, nunca dejé de reconocerlo: soy una porquería. Trabajé como matón a sueldo, y me quebré un par de tipos por encargo en su momento. Pero ¿por qué lo hice? Porque otros peor que yo me contrataron. Y se lo voy a decir con todas las letras, aunque no le voy a dar nombres: fueron encumbrados empresarios, gente que maneja muchísimo dinero quienes me pagaron el servicio. Me acuerdo bien: en realidad, no fueron ellos directamente, sino empleados de ellos que mandaron a buscarme. Tenían que terminar con un par de sindicalistas medio comunistones que estaban organizando a los trabajadores de sus empresas. Me contrataron, y pagaron muy bien, por cierto. Dígame entonces: ¿quién es el violento ahí: ellos o yo?*

*A esta altura ya no me sorprende de nada. ¡De nada! Que yo me haya tronado unos cuantos en mi vida no es nada, al lado de otras cosas infinitamente peores que veo por allí. Los curas, por ejemplo. Ahí andan hablando del amor y no sé cuántas tonteras más. Y se violan a niñitos indefensos. ¿No da vergüenza eso? ¿Por qué se llenan la boca hablando de misericordia, del amor de dios y qué se yo qué otras cosas, y son tan mala onda de prohibir lo que ellos hacen en secreto? ¿No es violencia eso acaso? Unos viejos de mierda, violadores, borrachos, decidiendo si una mujer puede abortar o no. ¡Por favor! ¡Qué asco!*

*Hablando de violaciones, usted sabrá que a mí me violaron de pequeño. Mire, si me pongo a contar todas las afrentas que tuve en mi vida, estaríamos aquí una semana entera hablando. Me violaron cuando yo tenía más o menos 7 u 8 años. Mi viejita nunca me lo quiso creer. Ella estaba atormentada, sin dinero, con deudas, sin saber qué hacer con cinco hijos. Siempre atormentada, sin saber cómo salir de ese pozo de mierda. Vivíamos en una casita que se venía abajo en un puto barrio pobre, lleno de violencia, entre delincuentes, borrachos y drogadictos. ¿Qué puede salir de allí sino otro delincuente? Lo único que veía yo de pequeño era violencia. Además de la violación, sufrí cosas que prefiero llevarme a la tumba. Mire, ni con usted, con quien agarré confianza, me atrevería a contar esas cosas. Prefiero guardármelo.*

*Lo que no puedo guardarme, uno de los odios más profundos que llevo adentro es lo que le hicieron a mi mamá con mi embarazo. Ella, como le dije, no quería tener otro hijo. Por eso, cuando supo que estaba embarazada, quiso abortar. Pero todo el mundo puso el grito en el cielo y le dijeron que no. De acuerdo a lo que ella me contó, se lo impidieron. Incluso, me dijo, hasta fue a la justicia. Pero como en esa época estaba prohibido el aborto, le dijeron que no. Por eso nací yo.*

*No me quejo de mi madrecita. Sé que ella, a su modo, me quiere. Si no me quiso cuando era un feto en su vientre, eso fue por otros motivos. Pero cuando nací, sé que me quiso. A su modo, haciendo lo que pudo, me crió. Claro que hubo carencias, muchas, ¡muchísimas! La pobre no sabía qué hacer con su vida; menos aún iba a saber qué hacer con la vida de un muchachito que le cayó de regalo. Pero ahí fue haciendo la lucha, y como pudo, me crió.*

*No puedo decir que haya sido una mala madre. Lo que pasa es que siendo pobre, marginal, con un trabajo de mierda como tenía, con problemas crónicos de alcoholismo y drogadicción, sin nadie que la apoyara ni la guiara, ¿qué podía sacar de mí? Un universitario con suma cum laude -así se dice, ¿no?-, eso no podía sacar. Los que no tenemos oportunidades desde el nacimiento, estamos siempre cagados. No todos los pobres de esas barriadas terribles salimos delincuentes, ¡por supuesto! Pero, de verdad: ¿qué nos espera? Con muy buena suerte, ser un pobre trabajador, un albañil, una sirvienta, un obrero en alguna puta fábrica de esas que pagan centavos, un peón en el mercado. Uno de esos que, como trabajador o mujer explotada, si se quiere organizar en un sindicato, es asesinado por un matón a sueldo como yo, pagado por los patrones. Pero, criándose entre delincuentes, vagos y drogadictos, ¿qué otra cosa puede uno salir si no es también un delincuente? ¿Quién es más hijo de la gran puta: el matón, el sicario que no se tiente el alma para gatillar fríamente, o quien lo contrata? Mire, seamos sinceros: todos, las dos partes en este caso, somos violentos. Pagar sueldos de hambre, ¿no es una forma de matar también? Pero, ¡claro!: eso es legal. ¡Qué mierda!*

*Por eso, mi amigo, yo, criado a los golpes como fue mi vida, a los 12 años ya estaba consumiendo drogas. ¡Y drogas pesadas! Y a los 15 me troné al primer tipo. Sé que troné a varios. La verdad, con toda sinceridad, no sé exactamente cuántos son, porque muchas veces, en peleas callejeras, uno dispara o pega con una cadena y solo ve la sangre. No se queda a averiguar si lo mató, o solo lo hirió. Pero en total son varios, quizá unos diez, tal vez quince. Ahora, con esto último que pasó, me queda más bronca aún, más odio reconcentrado. Pero no bronca por ser un asesino, a eso ya me acostumbé, sino por lo que sucedió en torno a todo este caso.*

*Usted vio exactamente cómo fueron las cosas. Sí, maté. Lo reconozco. Incluso lo confesé públicamente, ¿para qué iba a negarlo, si hasta creo que quedó grabado en las cámaras de seguridad de la casa? Por culpa de esa maldita droga, fui a robar para comprar crack. Pero tuve la mala suerte que se me cruzaron los cuatro de la familia. Yo no sabía que estaban ahí, y el tipo quiso defenderse con un arma. Fue automático: cada vez que me atacan, reacciono brutalmente. Iba drogado, no lo niego, así que me exalté y no pude contenerme. Mi "profesión", si así puede decirse, es la violencia, la muerte. Los maté a los cuatro. Lo único decente que me pude llevar, además de unos pocos centavos, fue el helado que me comí. De niño, para mí era un sueño poder comer helado. Y bueno... me agarraron.*

*¿Qué iba a decir en mi defensa? Nada. Soy un criminal. Sé que estuvo mal lo que hice, pero... así es mi vida. Le cuento que antes de matar a la señora, estuve tentado de violarla. No lo hice, me pude controlar. Siempre que estoy con una mujer*

*que me gusta, me acuerdo de cuando yo fui violado. En fin... eso es otra cuestión de la que no quiero hablar ahora. Lo que sí es increíble, no lo puedo entender, es que el juez no me haya condenado a muerte. Me dio perpetua. Como mi caso se hizo tan notorio por los medios, todo el mundo está hablando de eso, y ahora mucha gente se reúne para pedir que se cambie la sentencia. Están pidiendo la pena de muerte. Lo que no entiendo, le estaba diciendo, es de por qué a mi mamá, cuando pensaba abortarme, se lo prohibieron, e hicieron tanta bulla con eso. Y ahora, 22 años después, o 23, contando los nueve meses de embarazo, ahora que yo nací contra su voluntad y pasé todas las penurias que pasé, penurias que dieron como resultado esta basura que soy, ahora no entiendo por qué sí piden matarme, y no permitieron que lo hicieran años atrás, cuando hubiera sido mucho mejor no dejarme nacer. ¿No le parece hipócrita?"*

## MISS JOHNSON

**Fiscal:** Entonces, ¿usted la mató?

**Acusada:** Fue mi mano quien lo hizo, pero no podría decir que fui yo. Fueron las circunstancias, fue la historia.

**Fiscal:** Eso no es una respuesta lógica. ¿Cómo que su mano? Su mano es suya. Usted la mató. No responda con evasivas.

**Acusada:** No son evasivas, señor Fiscal. Sí, yo la maté, nunca lo he negado. Pero, ¿sabe usted por qué lo hice?

**Fiscal:** Porque es una asesina, y eso debe pagarlo. Con cárcel, o quizá con la vida.

**Acusada:** Es fácil decirlo así. Pero no deje de considerar que usted me acusa con toda esa fuerza, hasta con odio diría, porque es blanco.

**Fiscal:** ¿Y eso qué tiene que ver?

**Acusada:** ¿Cómo que qué tiene que ver? Usted nunca podría entender lo que siente la población negra de este asqueroso país. Menos aún, lo que siente una mujer negra.

**Fiscal:** Está exagerando. Esas son evasivas para no reconocer su culpabilidad. Pero usted mató de 18 puñaladas a la Sra. Nancy Miller el día 23 de febrero de 1921. ¿O va a negarlo?

**Acusada:** Claro que la maté. Sé que eso está mal, que no hay que matar. Violé un mandamiento bíblico. Moralmente es incorrecto. Lo reconozco. Pero si fuera un hombre blanco seguramente no correría la misma suerte que una mujer negra, nieta de esclavos.

**Fiscal:** Insisto, Sr. Juez, y estimada Srta. Kamali Johnson: esas son estupideces, meros distractores que intentan desviar su culpabilidad.

**Acusada:** ¡Soy culpable de haber asesinado a esa cretina de Nancy Miller! ¡¡No lo niego!! Pero tengo sobradas razones para haberlo hecho, y ustedes, todos blancos y mayoritariamente hombres, no pueden entenderlo.

**Fiscal:** No se sulfure, por favor. Si no, tendré que pedirle a Su Señoría que la retire de la sala y proseguiremos el juicio sin su presencia.

**Acusada:** Ustedes no están entendiendo.

**Fiscal:** ¿Qué es lo que no entendemos, Srta. Johnson?

**Acusada:** Que sí, fue mi mano la que empuñó ese cuchillo, pero que fue una larga historia la que me llevó a ello.

**Fiscal:** Eso suena a poesía, a metafísica. Y aquí estamos en un juicio oral y público en el estado de Alabama. Aquí no filosofamos, no perdemos el tiempo. Aquí juzgamos a criminales, y usted es una criminal que merece pagar su crimen.

**Acusada:** No se sulfure usted. Vea: más criminales son los blancos que trajeron a mis abuelos como esclavos a esta tierra desde nuestra África natal. Más criminales son los hombres blancos que violaron y violaron sin piedad a mi abuela, y también a mi madre. Más criminales son los blancos que, aunque nos dieron esto que llaman libertad, nos siguen tratando como basura.

**Fiscal:** Srta. Johnson: me parece que se está extralimitando.

**Acusada:** ¡¿Extralimitando?! ¡No me haga reír! ¿Sabe usted quién se extralimita? Ustedes, los blancos. ¿Sabe por qué maté a esta mujercita?

**Fiscal:** ¡Porque usted es una asesina!

**Acusada:** Eso dice todo y no dice nada. Ustedes son infinitamente más asesinos que yo. ¿Sabe lo que me hacía la tal respetable Sra. Miller? Me obligó a tener sexo con su hijo mayor, para que el joven se estrenara con una mujer cuando tenía 17. ¿Qué diría si eso le hicieran a su hija o a su esposa, o a su hermana? ¿Sabe por qué maté a esta perra? Porque me hacía lavar su inodoro con las manos, sin guantes.

**Fiscal:** Todo eso no justifica un asesinato, Srta. Johnson.

**Acusada:** Tal vez no lo justifica, pero sí lo explica. Usted, hombre blanco, exitoso miembro de una corte, que no necesita lavar la caca de otros con sus manos, que no se siente humillado día a día, que no tiene que comer parado y a las apuradas, que no tiene horario para trabajar, bajo la lluvia o el sol, que no recibe insultos continuamente por su color de piel, ¿podrá entender lo que significa ser tratado como animal?

**Fiscal:** A usted nadie la está tratando como animal. Está en un juicio con un abogado defensor donde se le respetan sus sacrosantos derechos civiles. Usted está en el país más civilizado del mundo, con libertades y democracia.

**Acusada:** ¡Por favor! Me parece absurdo lo que dice. ¿Libertad y democracia? Ja, ja, ja... Entonces, ¿qué dice de los esclavos? Aunque ahora ya no llevamos cadenas, los grilletes permanecen.

**Fiscal:** Usted no lleva ningún grillete.

**Acusada:** ¿Cómo que no? Los grilletes no son solo físicos. ¿Sabe lo que hacía el honorable y respetado Sr. Miller, dueño de una plantación donde trabajaron mis abuelos como esclavos, y mi madre como criada, siendo ya una mujer “libre”? ¡Me obligaba a hacerle sexo oral sin que su adorada y respetable mujercita se enterara! ¡Y me obligaba bajo amenaza de muerte! Por supuesto, nadie sabía de eso en la respetable familia de este respetable país tan democrático.

**Fiscal:** Eso no tiene nada que ver, no justifica una muerte.

**Acusada:** ¿Le parece? ¿Está tan seguro? ¿Y puede llamar vida a la que yo llevaba en esa casa? ¿No era una muerta en vida?

**Fiscal:** A usted, Srta. Johnson, nadie la agredió.

**Acusada:** ¿Usted está loco? ¿Y qué era todo eso que le estoy contando?

**Fiscal:** Son exageraciones.

**Acusada:** ¿Exageraciones? ¿Cómo puede decir eso? Sistemáticamente, todos los días, tanto el matrimonio como sus seis hijos, me vivían maltratando, tratando de negra de mierda, obligándome a trabajar 12 o 14 horas diarias, sometiéndome a vejámenes. ¿Dónde está la tierra de la democracia y la libertad?

**Fiscal:** Si la maltrataban, podría haber buscado otro trabajo.

**Acusada:** ¡Qué fácil lo ve usted! ¿Y cómo piensa que tratan a las mujeres negras en otros trabajos? Igual o peor.

**Fiscal:** Volvemos al principio: nada justifica un asesinato.

**Acusada:** Seguro que seré condenada. Eso ni lo dudo. Pero espero que esta próxima muerte casi segura que me espera sirva, en algún momento, para hacer justicia. No queremos la venganza de los negros contra los blancos. Eso no está bien. ¡Queremos, pedimos, exigimos justicia!

**Fiscal:** Sr. Juez: creo que quedó más que evidenciado que la Srta. Johnson es culpable de asesinato. Ella misma lo reconoce abiertamente.

**Acusada:** Claro que lo reconozco, nunca lo negué. Me enloquecí y entonces hice algo que no debería haber hecho. Pero lo que no queda claro, y espero que alguna vez la historia se encargue de demostrar, es que los asesinos son ustedes. Su riqueza, la de los terratenientes blancos que se llenan la boca hablando de democracia y libertad, reposa en la sangre de los negros y las negras que trajeron en condición de esclavitud. ¡No se olviden!

## RACISMO A LA CARTA

Chantal, con sus 34 años, pensó que ya era tiempo de tener un hijo. Ningún parisino de su círculo –era antropóloga– le parecía el adecuado padre de su bebé. Tendría que ser en África. Prefería un “negrito”.

Resuelta, viajó a Senegal. Allí había estado ya haciendo una pasantía de algunos meses cuando preparaba su tesis doctoral. El país la había fascinado. Lo que recordaba con mayor alegría era el *ceebu jen*, o *thiéboudienne*, el plato nacional. Desde que dejó Dakar, donde tuvo un rápido amorío con un profesor de la Cheikh Anta Diop University, siempre añoró regresar a esa nación.

Muchas veces, con sus amistades más cercanas, solía manifestar que no querría vivir en pareja toda su vida. Ser madre soltera le parecía una interesante opción. Más aún si el niño “*salía de lo común, no era un rubiecito como todos los franceses*”. Terminando sus estudios de post grado había pensado adoptar un niño, pero finalmente se decidió por tener uno de sus entrañas. La experiencia de llevar un ser en su vientre por nueve meses se le antojaba fascinante. De todos modos, no encontraba fácil cómo hacerse embarazada en Francia de un connacional, y luego evitar la participación de ese progenitor en la crianza de su vástago. “*Los hombres franceses son buenos padres*”, pensaba. Su idea, fundamentada en lo que había conocido en su paso por el África (Camerún, Gabón, Costa de Marfil, Madagascar, además de Senegal), era que allí la paternidad resultaba algo más laxo, más relajado. “*No se lo toman muy en serio*”, habituaba decir. “*Hijo más o hijo menos, no se preocupan demasiado*”.

Hizo los arreglos del caso, logrando regresar a la misma universidad donde se había asentado tiempo atrás, en Dakar. Consiguió allí un puesto, vinculado al Museo de Arte Africano Theodore Monod. Su objetivo, lo tenía claro, no era perpetuarse en África ni establecer una relación amorosa duradera. Era tener un hijo “*de un padre negro; algo exótico, por cierto*”, pensaba.

Luego de un corto noviazgo con una compañera del museo, Fatoumata, bella muchacha veinteañera (Chantal era bisexual), empezó a buscar padre para su futuro hijo. Claro que, para tener el ansiado hijo, primero debía cumplir con el trámite de conseguir un tipo, seducirlo, llevarlo a la cama y hacerse embarazada.

Se puso manos a la obra. No le costó mucho. Para una buena cantidad de varones senegaleses, una mujer alta, rubia, de ojos azules y piel tremendamente blanca, constituía una apreciada presea. Para un negro de la etnia mandinga como Jean-Paul Mbengue, por supuesto que también.

El joven, de 32 años, con educación universitaria en Francia, musulmán por ascendencia familiar pero agnóstico en su vida real (agnosticismo mantenido en secreto, a partir de sus ideales socialistas desarrollados en su paso por la



Universidad París I Panthéon-Sorbonne) era uno de los curadores del museo. Su formación en antropología e historia del África era notoria. Hablaba a la perfección mandenká –su lengua materna– así como francés e inglés. La desgracia lo había acompañado desde joven. Además de haber perdido en forma trágica a ambos padres en su niñez, casado a los 26 años a su regreso de Europa, su esposa había padecido cáncer de matriz, por lo que quedó inhabilitada para procrear. Jean-Paul nunca lo dijo en forma pública, pero era evidente que al ver cortado su sueño de paternidad, terminó separándose de ella porque esa mujer “*no le servía*”. Cuando conoció a Chantal, para ambos fue el gran hallazgo de su vida.

La antropóloga francesa, luego de ver que inmediatamente había conseguido el candidato buscado, no lo dudó: se haría su novia. Jean-Paul quedó fascinado con la despampanante rubia, y tampoco dudó un instante en aceptar las insinuaciones de la muchacha. En un santiamén, fueron pareja.

El joven senegalés, europeizado en sus gustos y aspiraciones, ya se había distanciado mucho de las tradiciones familiares. Su formación y su actual trabajo lo alejaban de los ritos que había conocido en su infancia y adolescencia, y su práctica del islam, como muchos jóvenes de su generación, no guardaba ninguna cercanía con fanatismos fundamentalistas –aunque, en realidad, Jean-Paul, más o menos en secreto, se consideraba un librepensador sin religión–. No era un mandinga más, aunque su aspecto así lo dejara pensar. Nadie vio mal que noviará con una mujer blanca.

La relación fue estrecha, muy pasional. Chantal llegó a decir –lo dijo en público incluso– que había empezado a considerar la posibilidad de quedarse a vivir fijo en Senegal. Luego de una candente vida sexual por espacio de varios meses, resultó embarazada.

A partir de eso fue que la joven francesa comenzó a ser más fría. Jean-Paul lo notó de inmediato, pero no sabía bien qué hacer. No encontraba la razón de ese distanciamiento. Para él, el hecho de poder ser padre era una de las cosas más fabulosas de su vida, su anhelado sueño, su realización. Pero Chantal parecía alejarlo cada vez más.

Cuando el vientre ya comenzaba a notarse, una tarde en que el joven senegalés retornó a su casa luego de la jornada laboral en el museo, encontró la infausta carta. Escrita a mano, era sin dudas la letra de Chantal. Jean-Paul no podía creerlo. Temblando, casi no pudo terminar de leerla. Inmediatamente le brotaron ríos interminables de lágrimas. Se puso pálido y tuvo que sentarse para no caer de la impresión. La antropóloga francesa le comunicaba que le habían descubierto un cáncer en la matriz, y que había decidido en forma unilateral volver a su país de origen para atenderse. Sentía que en Senegal no podía tener la mejor atención médica, por lo que pedía perdón, pero se marchaba. No daba fecha de retorno ni ninguna indicación de dónde se la podría ubicar en Francia. Había desaparecido.

Jean-Paul no salía de su asombro; tuvo que leer la carta tres veces para convencerse que era real lo que decía. En el párrafo final dejaba muy claro que la pareja no podía seguir adelante; agradecía todo lo bueno que había pasado con él, pero había tomado la decisión –“*terminante y definitiva*”– de seguir su vida sola. Si el niño nacía sin problemas, si el cáncer no impedía el embarazo, prefería ser madre soltera en Francia. No se iba peleando ni con Jean-Paul ni con Senegal, pero ya no podía permanecer más ahí.

La primera reacción del joven fue destruir el papel. Lo arrugó en sus manos arrojándolo lejos. Luego de superado el primer golpe, con los ojos irritados por un llanto incontrolable, lo recogió y desplegó nuevamente, tratando de quitarle las arrugas. Volvió a leerlo por cuarta, por quinta vez. “*No podía ser cierto*”, pensó. Muerto de la angustia, preguntó por teléfono a algunas amigas en común si sabían algo al respecto, pero todo el mundo consultado dijo no tener idea de la noticia, quedando tan estupefactas como él. Chantal, como por arte de magia, se había esfumado sin dejar rastros.

Jean-Paul pensó que sería una broma. No entendía por qué una broma tan grotesca, pero seguramente tendría una explicación. Chantal era muy racional y no podía hacer algo así, inopinadamente, sin ninguna razón. No lo podía entender. Para cerciorarse de lo que estaba pasando, corrió al armario a ver su ropa. Efectivamente, faltaban prendas de la mujer. Había dejado algo, pero era evidente que faltaban cosas. No encontró la mochila de viaje. Constatando todo eso, empezó a tener la certeza que era cierto: Chantal se había marchado.

Aunque como musulmán no podía beber bebidas alcohólicas, él no era precisamente muy devoto. Con su pareja solían tomar de tanto en tanto. Sin pensarlo mucho, buscó en el armario una botella de ginebra y casi de un sorbo la vació. No salía de su estupor.

Se había quedado sin respuesta. ¿Por qué se fue Chantal? No le encontraba explicación lógica; todo parecía marchar muy bien. El embarazo recién comenzaba, y de momento no había habido ninguna complicación. Ella nunca le había manifestado problema ginecológico alguno; nunca habló de malestares, molestias, sangrados. “*¿Cómo un cáncer de matriz?*”, se preguntaba azorado. No podía ser cierto. Debía haber otra cosa, algo oculto.

Olvidó sus ocupaciones diarias por un momento, y se dedicó con frenesí a investigar lo que pudiera sobre Chantal. En principio acudió al ginecólogo que habían consultado cuando supieron del embarazo. Era un viejo amigo de la infancia, con quien mantenía siempre una estrecha relación. Ambos eran musulmanes no muy convencidos. Lo llamó desesperado, pero el médico no sabía nada de un cáncer de matriz. Le hizo saber que sí, efectivamente, no eran incompatibles un embarazo y un proceso cancerígeno en la matriz, por lo que le formuló un extenso interrogatorio. Ante todas las preguntas que le hizo su amigo galeno, Jean-Paul respondió en forma negativa: según lo que le había manifestado la joven, no había habido sangrados, no había dolores, no había molestias durante el coito, no existían

urgencias para ir a orinar, no había perdido el apetito. Parecía bastante evidente que, o no había ningún cáncer, o de haberlo habido, Chantal no había dicho nunca una palabra al respecto. “*¡Rarísimo! No lo entiendo*”. El asombro de Jean-Paul iba en aumento.

Tenía algún contacto en París que podía proporcionarle alguna información. De todos modos, nadie supo decirle nada en concreto. Por el contrario, las personas contactadas quedaron muy sorprendidas. Todas manifestaron sorpresa, pues entendían que Chantal estaba muy cómoda en Senegal. Muchas de ellas ni siquiera sabían del embarazo. Un amigo, sociólogo belga radicado en París, que había compartido largas discusiones sobre política con Jean-Paul algún tiempo atrás, le dio una pista que lo dejó perplejo. “*Recuerdo que alguna vez me dijo que quería ser madre soltera*”.

“*¿Madre soltera?... Pero, ¿cómo es eso? ¿Y todos los planes de vivir en familia? Entonces... ¿eran mentiras?*”. Lloró amargamente los primeros días.

Quizá otro varón ahí hubiera dejado el asunto. Mucho dolor, sin dudas, sensación de engaño, de aturdimiento tal vez por no encontrarle lógica al asunto, pero la suerte parecía echada. Con Jean-Paul, sin embargo, las cosas fueron distintas. Su carencia paterna –su progenitor murió trágicamente en un accidente automovilístico durante su primera infancia– sumado a la enfermedad prematura de su esposa que le negó la posibilidad de la paternidad, le habían disparado en forma exponencial su deseo de ser padre. La alegría que le había proporcionado el embarazo de Chantal era, sin dudas, la mejor noticia de su vida. Lo ahora acontecido lo enfureció. “*Se volvió completamente loca, o es una tremenda hija de puta*”, razonó. “*No puede hacerme esto... ¡No puede!*”

Se iría a Francia a buscarla. Pidió un año sabático en el museo, cosa que le concedieron de inmediato al exponer su situación, y con los ahorros que mantenía se dio a la tarea de recuperar al hijo que venía en camino. Lo del cáncer no se lo creía para nada. La madre no le interesaba en absoluto; era el nuevo ser su foco de preocupación. Pensó que se si le acababa el dinero, no le costaría encontrar algo que hacer en Europa: lavar platos o baños, hacer malabares a la salida de alguna estación de metro; pedir limosna, por último. O robar, si llegaba el caso. El objetivo era reencontrarse con su hijo.

Después de interminables búsquedas –el rigor en su meticulosidad como curador de museo le había templado el carácter en ese oficio casi detectivesco– pudo dar con Chantal. Cuando se encontraron, la reacción para ambos fue impresionante: Jean-Paul lloró de ira, ella de miedo.

La buscó en el edificio donde ella estaba viviendo: una elegante construcción antigua en la zona de Montmartre. Averiguando, le habían pasado ese dato. No se habían equivocado. Allí estaba Chantal, a la salida de su casa, temblando desconcertada ante Jean-Paul en aquella fría mañana de febrero. Después de la sorpresa inicial, balbuceó algunas palabras: “*¿Qué haces aquí?*”.

Atronador, el joven respondió: “*Creo que tú deberías explicar qué haces aquí*”. La sangre le hervía; hubiera querido agredir físicamente a la mujer que tenía delante, pero se supo contener. Chantal se las ingenió para salir de la situación pidiendo socorro. Con el más descarado cinismo gritó en búsqueda de auxilio, pronunciando varias veces, en forma despectiva, la palabra “*negro*”. No faltaron personas –todas blancas, rubias, bien vestidas– que se “*indignaron ante ese ladrón, seguramente ilegal, que quería atacar a esa mujer*”.

Jean-Paul terminó en la estación de policía. Su explicación no convenció a los agentes, y luego de algún cachetazo recibido y largas horas de espera, sin abogado defensor, fue dejado en libertad por no encontrársele cargos. Se le ocurrió entonces volver a contactar a Jacques, el sociólogo que le había dado aquel dato espeluznante. No le costó encontrarlo, y se vieron prontamente en algún café.

El antropólogo senegalés quedó más colérico aún al conocer otros detalles del asunto. “*¿Eso decía Chantal? Pero... ¿de verdad?*”. No salía de su asombro al escuchar el relato de Jacques. No podía creer que hubiera tanta maldad, tamaña frialdad en la concepción de sus planes por parte de la muchacha. “*La tengo que denunciar*”. Jacques dijo, sin estar del todo convencido pensando que quizá le fallaba la memoria, que recordaba haber escuchado decir alguna vez a la muchacha que había hablado de “*parir un negrito*”.

En Francia Jean-Paul no conocía ningún abogado. Fue a un bufete popular de asesoramiento gratuito. No le dieron mayores esperanzas. En todo caso, si eran convivientes en Senegal –no estaban legalmente casados– era allí donde, quizá, podía presentarse una demanda. Tal vez, le dijeron, podían tomar el caso como abandono de hogar. Pero eso no era muy posible. El tenor general de la consulta fue desesperanzador.

Jean-Paul no se amedrentó. Si ya estaba en Francia, debía hacer lo posible con toda la fuerza del caso para lograr aclarar la situación. Ese hijo que venía en camino era tan suyo como de Chantal, por lo que no podía abandonar su paternidad por un capricho –o algo que no terminaba de entender– por parte de su pareja. Su deseo más absoluto era poder tener un hijo, ser padre. Ese era el cometido de su vida. Si Chantal pensaba que él desistiría de la paternidad, se equivocaba de cabo a rabo.

La situación no le era en nada favorable, porque por el racismo imperante, un africano era casi impensable que pudiera acusar a una ciudadana francesa por un caso así. Además, ni para el sentido común ni para la justicia parecía lógico que un padre reclamara su paternidad con tanta virulencia. En todo caso, la reacción más común era pensar que se trataba de un ardid para buscar obtener ciudadanía francesa, y quedarse “*como un ilegal más de tantos que vienen a invadirnos, amparándose en tener un hijo nacido aquí que le dé residencia*”, tal como rezaba el credo popular de los franceses.

Comenzó a desesperarse viendo que todas las puertas iban cerrándose. No encontraba por dónde abrir caminos. Hasta que, finalmente, un abogado amigo de otro ex compañero de la universidad le dio alguna pista. Se podía solicitar una prueba de paternidad, haciéndose el correspondiente examen de ADN.

No le resultó nada fácil lograrlo. El tiempo de la visa iba terminándosele, y la desesperación ante la situación crecía. Si abandonaba el país, le resultaría muy difícil retornar. Si permanecía en situación irregular, corría el riesgo de poder ser deportado en cualquier momento; pero lo peor era que se le tornaba imposible gestionar cualquier denuncia siendo un inmigrante ilegal.

Quiso la providencia que este abogado, Philippe, con quien había trabado alguna amistad, compartía ideales progresistas; él, el jurista, como miembro de eso que se llama –impropiamente– Primer Mundo, sentía un profundo rechazo por el insultante racismo con que las presuntas “razas superiores” veían –¡y trataban!– a los “subdesarrollados”. Rápidamente entendió que con Chantal, además de presentificarse alguna cosa psicopatológica por negar de ese modo tan radical al padre biológico, había una alevosa presencia de discriminación racial. “*Te ha usado de macho semental. Se hizo embarazar y luego te mandó a la mierda. Seguramente eso no se hubiera atrevido a hacerlo con un francés*”, fueron sus contundentes palabras cuando sintetizó el caso ante Jean-Paul.

El joven senegalés estaba estupefacto. No podía entender cómo alguien que le había jurado amor, alguien con quien compartió no solo una cama, sino proyectos conjuntos a largo plazo, que había hablado incluso de tener varios hijos, alguien que parecía la mujer que lo acompañaría quizá para toda la vida, de pronto actuaba así. ¿Una delincuente? ¿Una enferma? ¿Una total hija de puta? No sabía con qué epíteto quedarse. Eso, en definitiva, no importaba. Lo único que contaba era que él había sido engañado, vilmente estafado, y la cólera que eso le provocaba no tenía fin. No quería tanto vengarse de la muchacha sino no perder su legítima paternidad. Quería a su hijo, así de simple. Además, “*una sátrapa como Chantal no debía quedarse al niño*”. Eso lo veía como el colmo de la injusticia.

Apelando a mecanismos legales habitualmente poco o nada utilizados, de los que no se podía esperar hiciera uso un extranjero (“*un negro africano*”, para el común de la gente, con toda la execrable carga racista que eso implicaba). Philippe logró que se autorizara una prueba de paternidad. Para ello era primero imprescindible dar con la madre. El desarrollo de la genética permitía poder hacer ese examen, aún en período de gestación. Pero ¿dónde estaba Chantal? ¿Podría ella aceptar realizar esa prueba? Demostrándose que el infante en camino era de Jean-Paul, ¿qué pasaría luego?

Lo usual, en Francia, en África o muchas partes del mundo, es que muchos varones se desentienden de su responsabilidad paterna. Pueden fabricar un hijo, pero nacido que fuera el retoño, en muchas ocasiones no asumen plenamente la paternidad. El caso de Jean-Paul era la antípoda: un padre que quería reafirmarse como tal a toda costa. Quizá su falta de padre en la infancia, y su frustrada

paternidad con su esposa senegalesa, le inflamaron en grado sumo esta búsqueda de ser un papá con todas las letras.

Como muy buen abogado que era, Philippe consiguió la debida autorización de un juez de familia para que la madre se sometiera al examen de ADN. En realidad, este abogado no actuaba solo, sino que el caso había sido tomado por el estudio al que pertenecía. Dado lo inusual de la demanda en juego, el bufete había decidido involucrarse porque algo así podría rendirle réditos. Si se sabía manejar, podía llegar a ser una explosiva bomba mediática; eso, sin dudas, catapultaría la firma en forma exponencial.

Sabiendo los riesgos que podía haber al iniciar un proceso así, él, un africano en tierra francesa, la misma tierra desde donde se había conquistado y diezmado lo que hoy es Senegal, entendió que su amor de padre era lo más importante. Sentirse estafado lo enardecía; pero sentirse estafado en algo tan especial para él, le daba la fuerza más monumental para encarar la batalla.

El asunto tomó vuelo mediático. Eso era, en verdad, lo que buscaban los abogados. Finalmente se hizo la prueba de paternidad prenatal tomando una muestra de líquido amniótico. Del cáncer de matriz no hubo nada. Cuando el joven africano quiso denunciarlo como estafa, nadie le prestó atención. Chantal rió cuando se le preguntó por un proceso cancerígeno. “¿Qué? ¿Cáncer yo? Pero ¿de dónde sacaron tamaña estupidez?”, dijo airada. Su sangre fría era proverbial. Con la prueba quedó establecido sin ninguna duda que Jean-Paul Mbengue era el progenitor de la criatura en camino, con esa mujer francesa. El senegalés mantenía una mezcla confusa de sentimientos: muchísimo odio por lo hecho por Chantal, satisfacción por saber que tenía apoyos, esperanza de poder tener un hijo, miedo por lo que pudiera suceder siendo un extranjero en un país de blancos que despreciaba a los negros. Temía también –siendo esta quizá la gran preocupación práctica– por su situación legal, dado que pronto expiraba su permiso de permanencia.

Al haberse hecho público el acontecimiento, el asunto llegó a tener ribetes políticos. Incluso se generaron bandos enfrentados. Dada la magnitud de la cuestión, el bufete pudo gestionar con mucha habilidad la prórroga de la estancia de Jean-Paul. Sin ningún lugar a dudas, todo se volvió un espectáculo mediático.

No faltaron quienes apoyaban a Chantal por considerar que ella, como mujer, tenía derecho a ser madre soltera si así lo deseaba. Las opiniones fueron tomando calor, y se establecieron fogosas discusiones en torno a las mismas. El debate dio para todo. Jean-Paul, un tanto azorado en medio de ese vendaval, no terminaba de entender lo que estaba pasando.

Dado lo raro de la situación, y en medio de las más encontradas opiniones y puntos de vista, las autoridades migratorias decidieron prolongar la estancia del senegalés por tiempo indefinido, hasta tanto se resolviera de algún modo convincente el asunto, que ya era, en cierta forma, algo de orden público. “*De interés nacional*”,

llegaron a decir los abogados defensores de Jean-Paul, sin dudas exagerando la nota, dándole un carácter heroico al caso.

Chantal, por su parte, intentó defenderse creando una historia ficticia, pero muy convincente, sin dudas creíble. Dijo haber sido víctima de una violación. En Francia nadie conocía la vida de este antropólogo de Dakar, por lo que se hacía más difícil creerle; a la antropóloga francesa sí le podían dar más crédito. Dado el racismo reinante, y al hecho de una denuncia de violación, la suerte comenzó a inclinarse a favor de la europea. En una entrevista muy bien preparada, que luego llegó a varios canales de cable, e incluso a dos canales abiertos de cobertura nacional, la joven exponía, con profusión de lágrimas, cómo, a partir de una borrachera inducida por el senegalés, fue víctima de un abuso deshonesto. Cambió de color cuando un periodista, luego de ver la entrevista, acucioso le preguntó por qué un musulmán como Jean-Paul utilizaba alcohol. Luego de un primer momento de duda, la respuesta fue categórica: “*no era un fiel devoto de Alah*”.

Era imposible investigar los hechos ocurridos fuera del país. Se podía confiar en la palabra de Chantal, o no. Ante esa confusa situación, la opinión generalizada se tornó igualmente confusa. Ambas posiciones eran creíbles, razonables. Por cierto, mucho más la de la parisina, más aún en la capital del otrora imperio de ultramar que había conquistado buena parte de África: una mujer llevada con engaños a un estado de ebriedad es luego violada. Ella sale huyendo de su violador y de ese país que no le ofrece ninguna garantía. Tiempo después ese criminal (¡hasta se llegó a apelar a la tipología decimonónica de Cesare Lombroso para indicar que Jean-Paul tenía toda la fisonomía de un violador consuetudinario!) llega a la civilizada Europa buscando utilizar un hijo concebido de esa horrenda forma para pedir la residencia en Francia, alegando su vínculo con el niño. Aunque algo forzada, la explicación convenció a muchos. Para otros, si bien un poco increíble, la versión del senegalés tenía sentido. Claro que, en nombre del machismo imperante, era difícil concebir que un varón quisiera hacer tanto esfuerzo por asumir su paternidad.

Lo que Jean-Paul buscaba no era establecer un matrimonio con Chantal. Eso, por el contrario, le resultaba repugnante. De consumarse algo así, se sentiría humillado, indignamente pisoteado. La mujer que lo había engañado, por nada del mundo podría ser su pareja. Y para él, no debería ser siquiera la madre de su hijo, pese a que naciera de sus entrañas. Había que quitárselo, no permitir “*que esa estafadora asquerosa se salga con la suya*”.

Las palabras proferidas en su momento por el abogado Philippe lo habían tocado muy en lo hondo. “*¡Macho semental!*” No paraba de repetir eso. Lo ofendía, lo consternaba en lo más profundo de su ser. “*Un semental..., un padrillo. Chantal hija de la gran puta. ¡Yo soy algo más que una máquina de embarazar hembras!*”

El embarazo siguió adelante. La mujer se comenzó a sentir un tanto apesadumbrada; veía que su maniobra, además de poder proporcionarle el anhelado hijo, se había convertido en una bomba de tiempo de la que no se sabía cuándo podía explotar. Y mucho menos, cuáles podrían ser sus consecuencias.

Comenzó a sentirse arrepentida. De todos modos, confesar la jugada, a esa altura de los acontecimientos, se le figuraba imposible. Se desacreditaría totalmente, se acabaría su carrera profesional, su reputación como madre y como mujer quedaría por el piso, y Jean-Paul podría reaccionar de la peor manera, incluso con violencia. Pero lo peor de la situación es que, sabiéndose todo, quizá pudiera perder la tenencia del bebé. Luego de pensarlo infinitamente, optó por lo que le pareció la más honorable salida. Se pegó un tiro.

Andando el tiempo, Jean-Paul siguió viviendo en Francia. Finalmente tuvo un hijo con una española, que lleva por nombre, en castellano, Esperado.



## LUZ, CÁMARA... ¡ACCIÓN!

Edson era un acaudalado empresario de San Pablo. Muy católico –de día– también se permitía sus “escapaditas” –en la oscuridad de la noche–. Su esposa lo tenía por un santo, y Edson no hacía nada que diera lugar a pensar lo contrario. Todos los domingos, puntualmente, asistían a misa. Solían tener bastantes reuniones sociales, y con mucha frecuencia recibían invitados en su casona de tres niveles, piscina y cancha de tenis en las afueras de la ciudad. La vida de ambos, al menos en apariencia, era envidiable.

Luego del nacimiento de Thiago, el único hijo que tenían –ahora de veintitrés años– la madre presentó complicaciones que le obligaron a una histerectomía. No pudiendo tener más descendencia, ambos padres pusieron todo el empeño de sus vidas en la crianza del único vástago.

Pero Edson, además de la adoración que sentía por Thiago, tenía otra cosa que lo movía, tan importante como su hijo, o quizá más. Años atrás –tendencia que con el paso del tiempo había decrecido un poco, pero sin desaparecer del todo– sus salidas “en las sombras” lo habían llevado a concebir otro ser. Una hija para el caso: Isabelinha. Ambos hermanastros tenían casi la misma edad; apenas un mes de diferencia. Con sus amantes, que se contaban por decenas, siempre fue muy precavido, no trayendo más hijos extramatrimoniales.

Para Edson lo de su hija “pecaminosa” constituía el secreto mejor guardado. Salvo la propia muchacha y su madre, nadie más sabía de su paternidad oculta. Eso funcionaba para él como una bomba de tiempo, algo que le quitaba el sueño cada día. En el transcurso de los años había considerado varias veces decirlo, fundamentalmente a su esposa y a su hijo. Pero un remordimiento hondo se lo impedía. Un buen católico no podía mostrar eso.

La madre de Isabelinha, una hermosa mujer mulata de extracción muy humilde, admiraba tanto como temía al empresario. El paso de los años no borraba su belleza, y aún mantenía un complicado, y al mismo tiempo fogoso amorío con Edson. Durante años, costumbre que había ido mermando con el tiempo, pero no desaparecido, una vez por semana o por quincena tenían un encuentro erótico, siempre en hoteles distintos. La obsesión del furtivo amante era no ser descubierto por nada del mundo. Cuidaba cada detalle a fin de no dejar ninguna pista, evitar toda posible sospecha.

A lo largo del tiempo había tenido innumerables encuentros clandestinos con numerosas mujeres; pero con ninguna se había establecido un vínculo tan fuerte como con la madre de Isabelinha. Ello debido, muy probablemente, a la existencia de un ser de por medio que les unía. Con las otras no pasaba de alguna temporada, que jamás iba más allá de unos meses. Luego se aburría y venía la siguiente.

Abrumado como se sentía por la carga de una hija extramatrimonial, buena parte de la energía de su vida, de cada día, de sus proyectos a futuro, tenía que ver con cómo guardar ese secreto. Isabelinha tenía que ser ocultada.

Desde el nacimiento de la niña había pensado distintas opciones para ocultarla: darle una buena cantidad de efectivo a la madre y hacer que ambas, progenitora y bebé, salieran de Brasil con el compromiso de no volver. Portugal en Europa, o Guinea-Bissau en África, ambos países de lengua portuguesa, fueron los propuestos. Pero la idea no prosperó.

Propuso entonces que, siempre dentro de Brasil, marcharan lejos de San Pablo; Manaus fue el destino pensado por Edson, en el corazón del Amazonas. Igualmente, la propuesta fue desechada. En su desesperación, el empresario pensó algo terrible, monstruoso: eliminar físicamente a madre e hija. Contratar un asesino a sueldo resultaba muy fácil; con sus conexiones, ni siquiera él en persona tendría que encargarse del “trabajo sucio” de buscarlo y hacerle el encargo. Pero eso podría dejar rastros, pensó, y un matón no se le antojaba una persona confiable. Por tanto, esa posibilidad también fue excluida. Optó por algo más sencillo: Isabelinha sería una muerta en vida. En otras palabras: debería llevar una existencia opaca, silenciosa, y por nada del mundo, nunca jamás, debería saber nada, y mucho menos, hablar de su padre.

Así fue en los primeros años. Luego, el mismo Edson se arrepintió y quiso tener contacto con su hija. De ese modo, a partir de los 7 años de la niña, el padre hizo entrada en su vida.

Sin embargo, resultó una entrada con características muy especiales. Desde el día del nacimiento de Isabelinha, su progenitor se hizo cargo de todos los gastos de madre e hija. Al aparecer personalmente, las atenciones y regalos se multiplicaron, pero con una condición: la niña no debía saber que “ese señor que la visitaba periódicamente” era su padre. La madre debió presentarlo como un amigo “que te ama mucho”.

De ese modo fueron pasando los años. Isabelinha llegó a tener mucha confianza con ese “señor” que con frecuencia visitaba a su madre. Las insistentes preguntas de la niña a su madre respecto a la presencia del padre fueron transmitidas a Edson; después de interminables cabildeos consigo mismo, de atreverse a consultarlo con su cura confesor y de largas horas de angustia vividas en soledad, Edson decidió presentarse ante su hija como lo que en realidad era.

La sorpresa de Isabelinha fue mayúscula, con una confusa mezcla de alegría y desconcierto. ¿Por qué recién a sus diez años de edad iba a conocer a su padre? ¿Por qué era tan distinta en eso a sus amiguitas? No faltó tampoco una dosis de tristeza en la niña, incluso la sensación de sentirse engañada: si todas las compañeras de juego, en la escuela, en el barrio hablaban siempre de papá y mamá, interactuaban con ellos, los hacían públicos, ¿por qué a ella no le sucedía eso?

Ahora la condición impuesta por el empresario trocó a algo aún mucho más perverso: la niña, pese a conocer sobre su historia familiar, a partir de ese momento no podría –no debería, ¡jamás de los jamases!– decir quién era su progenitor. La madre vio eso como descabellado, pero ante la posibilidad de perder todo el apoyo económico, apretando los dientes aceptó la propuesta. Isabelinha no terminaba de entender, pero un viaje a Disneylandia ayudó a “convencerla”.

Para la niña todo esto resultó un cataclismo de emociones: en un mismo acto conocer a su padre, y sin terminar de entender el porqué de esa súbita aparición, no poder tratarlo como tal. ¡Era demasiado! Entre las condiciones impuestas figuraba que nunca le podría decir, ni en público ni en privado: “*papá*”. El trato, como siempre, debería seguir siendo muy cordial, pero solo mencionando el nombre “Edson”. Como las atenciones materiales se redoblaron, la sensación de desconsuelo fue extinguiéndose con el tiempo. Entrada la adolescencia, la costumbre se había incorporado de tal modo que Isabelinha prefería ni pensar en eso. Muy en secreto, a veces, bastante raramente, reflexionaba sobre esa “cosa incomprensible”. Al no encontrarle ninguna explicación lógica, abandonaba la congoja con celeridad. El amor de la madre le resultaba suficiente.

Con sus quince años comenzaron a llegar otros amores. La belleza heredada de su progenitora atraía largas filas de pretendientes. Si le preguntaban por su padre, tenía bien estudiada la respuesta: “nos abandonó cuando yo era una bebé”.

Para Edson todo esto tenía un valor confuso: adoraba a sus dos hijos, el legal y la clandestina. Pero con esta última había siempre un temor latente. Debía mantener como secreto total esa paternidad. Thiago, por su parte, con la misma edad de su desconocida hermanastra, fue creciendo con todas las atenciones de hijo de millonario, más de las que recibía Isabelinha. La diferencia básica estribaba en el lugar en el mundo que ambos ocupaban: saberse hijo de tal padre, aprovechar ese nombre –para el caso, ese apellido abría puertas–, tener el respaldo oficial de una encumbrada familia con vínculos políticos, daba una sensación de comodidad que la joven no podía tener.

El muchacho no sabía nada de la joven, mientras que ella sí sabía de la existencia de Thiago. Aunque nunca lo vio –el padre se cuidaba muchísimo de enseñarle alguna foto, así fuera por distracción– el secreto se mantenía con el mayor hermetismo. Isabelinha solo sabía que había un joven de su misma edad, “muy guapo”, según manifestaba su padre (que, para ella, era solo “Edson”), excelente alumno –igual que ella– y que llegado el momento de escoger carrera universitaria había optado por la cinematografía, mientras ella prefirió el Derecho.

Ya peinando canas, el empresario paulista decidió mantener económicamente a su hija secreta hasta que ella se graduara como abogada. Luego debería buscar por sí misma su vida; ya era “más que suficiente” el apoyo brindado, consideraba. Por el contrario, para con su hijo tenía otra perspectiva: él sería el encargado de mantener el apellido familiar y, muy probablemente, podría continuar sus negocios, aunque el

hecho de optar por dedicarse al cine en modo profesional lo alejaba del ámbito inmobiliario y financiero en que Edson se movía. “Pero por último”, razonaba, “si deseaba utilizar la fortuna para invertirla en la producción de películas, ¡adelante!” Sin decirlo nunca en voz alta ante la muchacha ni ante su madre, Thiago era su “verdadero descendiente”. Isabelinha, claramente, no.

La estudiante de Derecho se había convertido en una bellísima mujer con largas filas de interesados que se babeaban al verla. Igual que su madre, su porte era provocador: alta, de largos cabellos negros y exuberante cuerpo muy bien formado, con unos enormes y cautivantes ojos verdes, resultaba la sensación de la universidad. Tanto le insistían para que participara, que finalmente aceptó: fue reina de belleza de su Facultad, lo cual tomaba con displicencia, sonriendo. No avanzaba mucho en los estudios, pero sí en su vida amorosa: no tenía un novio formal, fijo, pero sí interminables amoríos, lo que le valió una fama especialísima en la carrera de Derecho. Según el mito que se fue construyendo, Isabelinha podía tener sexo con distintas personas hasta tres veces al día. En su larga lista de encuentros había de todo un poco, desde profesores hasta jovencitos ingresantes, no faltando también alguna muchacha.

Cuando ambos, Isabelinha y Thiago, tenían doce años, fue la única ocasión en que se vieron. Un encuentro muy rápido, con Edson presentándolos –obviamente no como familiares– dejó un recuerdo vago del otro en cada uno de los hermanastros. Pasando los años, ahora con veintitrés, con los cambios que naturalmente se habían dado, era imposible reconocerse. La joven sabía algo sobre su medio hermano, fundamentalmente por las historias que le relataba su madre; a veces su padre, en alguna ocasional visita, le había hablado de Thiago, pero sin dar mayores detalles, sin siquiera mencionar su nombre. Por el contrario, el muchacho prefería no saber que había una hija extra matrimonial. Tan distante de eso estaba que ni sabía el nombre. Su padre alguna vez, entre líneas, le había hablado de su existencia, pero sin poner mayores detalles. Ese comentario ocasional, sin ningún peso, había desaparecido ya por completo de la memoria del muchacho.

Thiago comenzaba su carrera como cineasta. Como travesura, pero también como una posible fuente de ingresos, empezó a considerar el cine porno como una opción. Asesorado debidamente, se lanzó a producir un primer video. El éxito obtenido no fue poco. Escenas muy “picantes”, con mucha originalidad, dejaron ver que el joven tenía madera para el oficio de la video-realización. “El cine porno tiene que ser artístico y no una grosería machista”, expresaba con aire doctoral. Efectivamente, su objetivo era crear una visión novedosa del tema, “creativa e ingeniosa” decía. “¿Por qué no mostrar artísticamente, con calidad, algo que es tan bello como el sexo y que la pornografía barata convirtió en algo vulgar?”

Edson conoció esta producción de su hijo. Moralista como era –al menos en su discurso oficial, en lo que debía presentarse en público como correcto– no estaba muy de acuerdo con ese tipo de películas. Sin embargo, dado que todo lo que hacía Thiago lo veía como “fuera de serie”, aplaudió el primer video que produjo el muchacho. El joven, envalentonado por sus primeros pasos bastante exitosos,

decidió largarse a hacer una gran producción. Quería emplear como actores a gente de la calle, no profesionales.

Eso llegó a oídos de Isabelinha quien, después de pensarlo un poco, decidió presentarse al llamado. Se pautó una entrevista para conocerse, así como se hacía con todos los candidatos, hombres y mujeres. En el encuentro entre director y posible actriz ambos quedaron fascinados con el otro. Thiago sintió estar eligiendo a la actriz principal; la muchacha, por su parte, quedó encantada con la posible nueva profesión que se le abría. El Derecho podía esperar un poco más; el hechizo de las luminarias y el ambiente cinematográfico la cautivó, así como también el realizador audiovisual que la entrevistó. Sin reconocerse como hermanastros –¿por qué habrían de hacerlo?, si no se conocían– el encanto fue mutuo. La joven tenía un algo que capturaba; incluso muchas mujeres heterosexuales quedaban sorprendidas con su belleza, admirándola, pero más aún, con su desenvoltura, con su femineidad tan avasalladora, tan segura de sí. Concitaba admiración. Eso fue lo que movió a Thiago. Tanto y a tal punto, que modificó el guion original. Él mismo participaría ahora como actor para tener contacto con la joven. Isabelinha se entusiasmó mucho con esta nueva perspectiva que se le ofrecía.

Su madre, siempre interesada en lo material, no vio con malos ojos esta nueva actividad. “Si te gusta y eso te satisface, ¡adelante! Además, supongo que eso se paga bien, ¿verdad?”, fueron sus palabras. Con esa venia otorgada, Isabelinha se sintió totalmente lista para acometer el nuevo trabajo.

Thiago funcionó bien como director y también como actor. La escena filmada con su hermanastra fue la más atrevida de toda la producción. Algo los unía con fuerza volcánica, los atrapaba. Lo que hicieron ante las cámaras ya no era mera actuación: era verdadera pasión. Se atrajeron profundamente. El joven, más allá de la filmación, buscó estrechar el contacto. La muchacha lo aceptó, y así comenzó un romance que, con total sentido, podría decirse “de película”.

La película –“*La pecadora*” llevaría por título– estuvo terminada en dos meses. Entró a los circuitos comerciales obteniendo un éxito rotundo, más de lo esperado por quienes la produjeron. Thiago no lo podía creer. Edson tampoco. Cuando la vio, casi cae de espaldas. No solo porque allí actuara su hija, sino porque se la veía en atrevidas escenas sexuales ¡con su hermano!

Pensó que era hora de decirle a su hijo lo de su media hermana, contarle claramente cómo era esa historia. Aunque, luego de un primer momento de arrebatos, pensándolo bien se dijo que mejor no. Si habían pasado ya más de veinte años sin saber nada de ella, ¿qué le podría reportar saberlo ahora?, pensaba el atribulado padre. De todos modos, apelando a lo que le quedaba de moral, estimaba que era tremendo que dos hermanos, o hermanastros para el caso, cometieran tamaña aberración como un incesto. Y peor aún: haciéndolo público a través de una película.

No le preocupaba que su hijo fuera el director de un audiovisual machista, tal como éste lo era en grado sumo, poniendo a las mujeres en un descalificador lugar de meros objetos sexuales pasivos. La intención del joven director de hacer algo alternativo no prosperó mucho; quienes pagaban la producción exigieron más de lo mismo. Tampoco le preocupaba que Thiago apareciera desnudo haciendo de sultán con un harem de ocho mujeres a su cargo –así era el bastante disparatado argumento de la película–. Sabía que el cine porno estaba en auge creciente y daba mucho dinero. “Negocios son negocios”, se justificaba. Pero sí lo consternaba la relación incestuosa. “¿Y si trascendía que ambos actores eran hijos suyos, una de ellas ilegítima?” Su tormento fue en aumento.

Ganado por la angustia que no lo dejaba vivir, consultó a un sacerdote de su confianza. Por supuesto, a este pastor de almas jamás le había contado –ni lo haría– de sus correrías amorosas, de una hija extramatrimonial, ni que había mandado a matar a dos sindicalistas que lo denunciaban por sus manejos financieros nada transparentes con los que había defraudado a más de cien inversionistas. El sacerdote le recomendó no decir nada a Thiago de su hermanastra, pero al mismo tiempo sugerirle al joven que se le aleje de esa mujer, porque eso “era pecado”. Además, como para entender bien la situación, pidió copia de la película.

Como todas las actrices porno, Isabelinha fue instruida de tomar todos los recaudos necesarios para evitar un embarazo, así como cualquier enfermedad de transmisión sexual. Algo pasó, sin embargo, que eso no funcionó como tenía que funcionar: la próxima menstruación de la joven no llegaba.

Y no llegó.

Thiago, fascinado como había quedado con la actriz –“excelente, muy abierta y desembozada” se repetía–, buscó mantener la relación. Esa desenvoltura, además de su particular belleza física, lo cautivaba. Si bien casi no la conocía, el corto tiempo que pasaron juntos durante el rodaje del film le bastó para sentirse enamorado. Isabelinha tenía algo que producía ese encanto, exhalaba siempre un hechizo que hipnotizaba. La muchacha igualmente se sintió atraída por el director-actor. Llegó a decir que nunca había tenido un sexo tan placentero como con él. El final de la carrera de Derecho podía demorarse un poco: ahora su nueva profesión y el incipiente noviazgo –más el embarazo en puerta– le abrían un nuevo escenario, una nueva vida. “No necesito de padre que me apoye. Ojalá se enterara de todo esto ese viejo de mierda que me abandonó”, mascullaba con todo el odio del mundo, muy en secreto.

Sin poder dar razones –en realidad, ni siquiera las necesitaban, ¿para qué?– ambos se sintieron profundamente unidos casi de inmediato, como si se hubieran conocido desde largo tiempo atrás. Ninguno de los dos esperaba un niño en ese momento; sin embargo, ambos al unísono sintieron una unión especial para con el otro. El niño en camino, en vez de haber sido tomado como un drama que les alteraba sus vidas, fue algo que los comenzó a estrechar más. Ninguno de los dos, como cosa curiosa,

reaccionó espantado ante la novedad. Algo debían hacer con eso: no estaba claro si dejarlo proseguir o rechazarlo, pero como fuere, el embarazo tenía la misión de unir, y no de promover la salida huyendo.

Isabelinha lo consultó con su madre quien, interesada como siempre, preguntó sobre la identidad del progenitor. O, siendo más específica –y pérfida–, quiso saber si esa persona estaría en condiciones de hacerse cargo de la criatura. Incluso, si no sería posible proponerle interrumpir el embarazo, pero a cambio de una buena suma de dinero. Rápidamente calculó qué cosa sería más conveniente en términos económicos. La muchacha, no pensando igual que su madre, en absoluto buscaba dinero. La idea de un niño la enterneció. Además, la aparición de Thiago la había dejado profundamente tocada. Ser actriz porno presentándose como mujer embarazada, pensaba, daba un toque de fascinación. Se le ocurrían increíbles escenas que llamarían la atención. “La gente quiere morbo”, sonreía maliciosa. “Pues... ¡démoselo!”

Su madre no conocía mucho acerca de Thiago. Solo sabía que existía otro ser, contemporáneo de su hija, del mismo padre que Isabelinha. Edson, por precaución, con una meticulosidad rayana en lo paranoico, casi nunca hablaba con su amante de su hijo varón. Había llegado al extremo de no nombrarlo nunca con su verdadero nombre: Jair lo había bautizado idealmente para estas circunstancias. La madre de Isabelinha nunca lo había visto personalmente; solo una vez, en forma ocasional, una foto muchos años atrás. Su hija, al referirse escuetamente al causante de su embarazo, lo nombraba como “el director”. Con el correr de los días pasó a ser “mi novio”.

Por su parte Thiago, dada la cercanía que lo unía a su padre, con mucha vergüenza y preocupación decidió contarle la situación. Edson quiso morir. Lo primero que pensó fue no decirle una palabra a su hijo de la historia secreta, no revelar la verdadera identidad de la mujer que había dejado encinta, que era su hermana, y hablar con Isabelinha para obligarla a abortar, diciéndole que sabía de su embarazo “porque un pajarito se lo había contado”. Con Thiago, tragando saliva, prefirió no reaccionar mal; por el contrario, mostrándose comprensivo, lo apoyó, brindándole toda la solidaridad que necesitara. Eso fue sorprendente para el joven, quien se derritió en expresiones de admiración para con la muchacha. Ésta no le había mencionado nunca su verdadero nombre, sino que prefirió seguir utilizando el pseudónimo artístico que había escogido para la película: Adriana. Para ella era ya costumbre inveterada ocultar su identidad; toda su vida la había pasado haciéndolo. El tiempo, calculaba, decidiría si le relataba toda su historia, de la que cada vez prefería hablar menos, el abandono de su padre, su ambiente tan singular de orfandad con un progenitor al que debía tratarlo por su nombre de pila y no como “papá”. En caso que se sintiera animada y Thiago abriera convenientemente la puerta, revelaría que se llamaba Isabelinha. De todos modos, para el muchacho eso no significaba nada, pues desconocía la trama oculta.

Al día siguiente de recibir la noticia, Edson se comunicó por teléfono con Isabelinha. Con voz enérgica la conminó a que interrumpiera el embarazo; la joven, con voz

más enérgica aún, dejó salir una lista de insultos de tan alto calibre que hicieron palidecer al padre al otro lado de la línea. Tratándolo de descarado y con una andanada de improperios increíblemente ofensivos y descalificadores, muy furiosa cortó la comunicación, advirtiéndole que no volviera a llamarla nunca más en su vida, pues si no, contaría en forma pública esa paternidad ocultada durante años.

Las visitas de Edson se habían hecho mucho menos frecuente a su amante; eran ocasionales, muy esporádicas. Para con su hija eran infinitamente menos, si bien seguía cumpliendo a cabalidad con su compromiso de financiarle los estudios universitarios hasta su graduación, tal como había prometido. Jamás había faltado un solo mes al depósito bancario; ahora, sin embargo, luego de saber lo del embarazo, pensó en que podría ser la ocasión para suspenderlos. De todos modos, se veía en una encrucijada: si actuaba contra Isabelinha, podía encontrarse con la infausta sorpresa de ser descubierto. Eso significaba inmediato divorcio, como mínimo, más todo el escarnio de su círculo de amistades, de la gente de la iglesia. Eso no podía permitirse.

Los años no le habían quitado el encanto a su querida, pero para un picaflor como el empresario, eran preferibles jovencitas más tiernas. No obstante, en alguna de sus visitas, Edson, para darle un tono crecidamente erótico al encuentro, llevó una película a fin de verla juntos. Eligió una al azar en algún cine-club. “Son todas iguales”, se dijo. “Para el caso, llevó una que le sugirieron, un clásico de la pornografía”. Quiso el destino que, al prepararse para su cita, confundió los VHS, y llevó la producción de su hijo en lugar de la que había alquilado. Dijo no ser amante de ese tipo de cine, lo cual era cierto –nunca las usaba en sus citas amorosas “pecaminosas”, y mucho menos con su esposa–. De todos modos, para esta ocasión le pareció interesante probar con una.

Cuando se pudo apreciar el film, llegados a una de las escenas donde estaban juntos los hermanastros, ambos padres quedaron mudos, estupefactos. Luego de algunos instantes de silencio sepulcral, en donde lo que menos podía suceder era el despertar de un voluptuoso deseo sensual movido por la pornografía, cada quien reaccionó como pudo. “¡Esa es Isabelinha!”, vociferó Edson. “¡No puede ser!”

“Sí, ¿no lo sabías?”, respondió con desparpajo la madre. Edson quedó galvanizado. Con voz trémula, entrecortada, pudo agregar: “Pero..., ¿no sabías que Isabelinha está embarazada de ese tipo, el actor y director?”

“Sí, me lo dijo. Yo no lo podía creer, pero si ella lo quiere y desea tener el niño, ¿cuál es el problema?”

“Es que ese muchacho... ese no se llama Jair. Jair no existe. ¡Es Thiago, mi hijo!”, dijo con lágrimas en los ojos.

“Entonces... mi hija y tu hijo..., esos que actúan en la película, ¿son hermanos?”, pronunció asombrada la amante.



“¡Terrible!, ¡monstruoso! ¿¡No te das cuenta!?”, espetó Edson con furia.

“¡Fabuloso!”, murmuró ella con risa triunfal.

Pasado un corto tiempo, el empresario comenzó a concebir su maquiavélico plan. Si transcendía que tenía una hija extramatrimonial a la que prácticamente había mantenido invisibilizada toda la vida, su reputación podía verse manchada. Eso lo tenía desesperado. Aunque también lo desesperaba que su hijo mantuviera una relación incestuosa con su medio hermana. Además de arruinar su imagen el saberse de amoríos ocultos, esta relación “enfermiza” se le hacía insoportable. Calculaba que, de saberse eso, quedaría en muy mala situación.

Pero el peor elemento lo constituía el dilema que se le había abierto: si se deshacía de Isabelinha, su hijo Thiago lo sentiría mucho. Y si se enteraba que su mismo padre había mandado a matar a su compañera, la madre de su futuro hijo, eso no se lo podría perdonar. Convencerlo a Thiago de dejar a la muchacha y abandonar la responsabilidad paterna se le antojaba casi imposible, tan enamorado como veía a su Tiaghinho. La opción extrema de matar también a su hijo para terminar así con todas las evidencias, le era absolutamente monstruosa. Aunque lo pensó.

La presión fue tanta que no pudo aguantar. Apenas transcurrido un mes del momento de descubrir la relación “pecaminosa”, Edson desapareció de Brasil. Nunca quedó claro qué fue de su vida. Su esposa oficial quedó atónita sin poder reponerse del golpe. Unos meses después de la desaparición sufrió un accidente cerebro-vascular que la dejó postrada en silla de ruedas. Según algunas versiones, el empresario se hizo hermano marista y ahora vive en Timor Oriental, donde se habla portugués, entregado a una vida de santidad. Otras voces dicen que se suicidó en el más absoluto silencio, por eso su cadáver nunca fue encontrado. Aunque según pudo saberse de buena fuente, quizá la más confiable, Thiago quedó al frente de los negocios, y de acuerdo a filtraciones le pasa una pensión mensual a su padre, quien vive de incógnito en Portugal con nombre falso. Ahora, siempre según esas filtraciones, pese a su edad parece que está intentando hacerse actor porno.

## ACCIDENTES DOMÉSTICOS

Roxana era tremendamente celosa. Siempre lo había sido, desde el noviazgo; ahora, con casi veinte años de casada, su desconfianza hacia la conducta de su marido había crecido en forma exponencial.

Alejandro alimentaba esa paranoia. Mujeriego incorregible, continuamente andaba a la caza de alguna presa. Así había sido desde el noviazgo también. Con el tiempo, su capacidad para ocultar pistas se había perfeccionado. Nunca, en todo el tiempo de casados, su esposa pudo descubrir algo, más allá de las razonables sospechas.

Desde dos meses atrás tenía nueva secretaria: Ingrid, una simpática veinteañera que no disimulaba su coquetería. Sus atrevidas minifaldas tenían loco a su jefe. Las insinuaciones no faltaban, pero la joven sabía esquivarlas muy bien. Ella era monogámica, sintiéndose profundamente enamorada de su novio.

Como una forma de ir ganándose la confianza de la muchacha para poder acceder a algo más -así fantaseaba él, al menos-, Alejandro le había dicho que podía utilizar su baño privado cuando lo deseara. Ingrid, por pura comodidad para no ir hasta el baño común de la oficina que quedaba bastante más retirado de su escritorio y solía estar ocupado, aceptó. Fue así que se le hizo común entrar un par de veces al día a ese sagrado recinto.

Ingrid tenía una obsesión culinaria: le gustaba la comida con excesivo picante. Eso, y la falta de fibra, hacía que sus heces fueran especialmente duras. El taponamiento del baño, por tanto, le era frecuente. Un par de veces le había sucedido en la oficina del jefe, lo que la llenó de una culpa indecible, aunque siempre pudo lograr destapar el inodoro después de echar agua innúmeras veces. Se había prometido comer mucha avena para evitar esto, pero nunca recordaba hacerlo.

Aquel miércoles por la tarde, sucedió una vez más. El día anterior había sido el cumpleaños de su hermana, y el festín de pizza con muchísimo chile picante fue casi orgiástico, desenfrenado. Alrededor de las tres de la tarde, nuevamente el baño se tapó. En los intentos de destaparlo estaba cuando, inesperadamente, llegó Roxana. Su jefe se dio cuenta que algo estaba pasando, porque Ingrid se demoraba demasiado, y ya había hecho correr el agua del depósito no menos de diez veces.

Alejandro temblaba por dentro por esta inoportuna visita, pero no quería hacerlo evidente ante su esposa. Que la secretaria utilizara su baño privado podía ser motivo para una escena tormentosa, y si las cosas no se detenían a tiempo, Roxana podría pedir el divorcio por infidelidad a partir de ese nimio detalle. No había ninguna prueba pero, como diría Goya: *“el sueño de la razón produce monstruos”*. Ingrid, al escuchar la voz de la esposa, de quien conocía sus celos exorbitantes por boca de su jefe, comenzó a temblar más que Alejandro.

Roxana dijo que iba al baño. Jefe y secretaria perdieron el aliento. No había en absoluto algo de malo en que se le pudiera decir a la señora que había habido un percance, y que el baño ahora estaba ocupado. Pero en la situación presente, dadas las circunstancias, eso podía terminar en tragedia.

Y así terminó. La secretaria quiso escapar por una pequeña ventana, pero quedó atascada, porque el tamaño no permitía el paso del cuerpo de un adulto. Los bomberos, que llegaron en un momento, demoraron más de una hora en poder destrabarla. Alejandro sufrió un paro cardíaco que lo llevó al hospital -tuvo que llegar otra ambulancia para asistirlo-. Y Roxana pidió el divorcio -que ningún juez quiso otorgar, pues no había ninguna evidencia sólida que pudiera sustentarlo-.

Cosa curiosa, o si se quiere, tragicómica: nadie se acordó del inodoro tapado, y así quedó por espacio de más de una semana. Los fétidos olores que inundaban toda la oficina hicieron que uno de los quince empleados que allí laboraban, buscara solucionar el problema. Ingrid se sintió tan avergonzada que al día siguiente presentó su renuncia con carácter de indeclinable. El vicepresidente de la compañía, que sustituía temporalmente al convaleciente Alejandro, no tuvo mejor idea que colocar varios cartelitos en la oficina con la inscripción: "*Hay que comer mucha fibra y aguacate*".

Ah, me olvidaba: el baño siguió tapado casi un mes, pese a los intentos que realizaron con soda cáustica, detergente, bicarbonato de sodio, vinagre, gaseosas y sopapas. Fue necesario llamar una vez más a los bomberos, quienes encontraron el feto que obstruía el paso. Como la situación no dejaba de ser confusa, el juez interviniente se apuró a dar lugar al juicio de divorcio, con lo que el hecho pasó a ser la comidilla nacional por más de una semana -los medios hacen fanfarria, y negocio, de cualquier cosa- hasta que se declaró la guerra con el país vecino. Fue ahí que se comenzaron a tapar muchos más inodoros.

## HERENCIA MALDITA

En algún país latinoamericano donde la hombría se mide, entre otras cosas, por la cantidad de alcohol que alguien puede resistir sin emborracharse y, quizá esto es lo más importante, por el número de hijos que puede procrear, independientemente de las mujeres que sirvan para tal fin, un hombre no tan viril como la cultura dominante marcaba, de pronto se encontró con una enorme herencia.

Terencio, quien realmente hacía honor a su nombre –“*Tierno*”, en latín– llevaba ese nombre porque su padre, un buen católico, tomó del santoral el onomástico: 10 de abril, como aquel mártir de la iglesia del siglo III. El muchacho, heterosexual sin dudas, siempre había sido el tierno de la familia, el “suavecito”, a decir de su padre. Criado en la austera opulencia de un rudo terrateniente de provincia, nunca le faltó nada de niño. Al morir su madre cuando apenas contaba con ocho años, debió compartir la vida familiar con su padre, ocho hermanos y cuatro criadas. Lo que le llamaba poderosamente la atención era que, de continuo, aparecían nuevos hermanos en la lista, y otros salían de la casa para no volver a verlos. Preguntado por esa rareza que Terencio no lograba descifrar, el padre –autoritario, siempre alisándose los ceremoniales bigotes con aire de suficiencia– solo respondió, con su típica voz atronadora: “*cuando crezcas lo entenderás*”.

Terencio había contado un total de veintitrés niñas y niños que habían pasado por la casona. Él, junto con dos mujeres, eran los únicos que permanecían, mientras los otros estaban un tiempo y se iban. Había una profesora que llegaba cada dos o tres días a impartir clases a la prole, pero eran solo esas dos mujeres y él quienes las recibían en la enorme sala de aquella sólida vivienda. A decir de la enseñante, el jovencito mostraba grandes aptitudes para aprender todas las materias, por lo que la recomendación al padre, repetida ininidad de veces, era que marchara a la ciudad a continuar allá su formación.

Ante tanta insistencia, el muchacho por fin fue enviado a un instituto como pupilo, donde cursó varios años que lo prepararon para su ingreso a la universidad. La relación con su padre fue haciéndose más esporádica, y el continuo contacto con los sacerdotes que atendían el internado le confirió ese aspecto de tierno, casi asexuado, posible santo sin preocupaciones terrenales.

Andando el tiempo, por distintos canales fue llegando a sus oídos un comentario sobre su progenitor que le alteró su pasar: este señorón, muy al estilo feudal haciendo honor al derecho de pernada, tal como se daba en aquellas tierras, herencia de un sufrido pasado colonial que recordaba el medioevo español –*ius primae noctis*– había procreado una cantidad incontable de hijos. Se decía que alrededor de cincuenta (había quien decía que ochenta). Terencio no terminaba de entender por qué él había sido el único de todos ellos y ellas –al menos, de quienes conocía– que había recibido ese trato especial. Años después, ya graduado de abogado, pudo entreverlo.

Luego de la muerte de su progenitor, la carta que le entregó el notario en aquella pomposa ceremonia, escrita de puño y letra por su padre –no exenta de muchas faltas de ortografía– era corta pero precisa: le dejaba toda su fortuna, una hacienda de más de 50 caballerías, “*con todo lo clavado y plantado, indios incluidos*”. Terencio no lo podía creer: ¿por qué él? Siempre había pensado que su padre, quien había opacado la figura de su madre de la que casi jamás le había hablado, lo tenía por un bobalicón. El nombre que le había dado, pensaba, lo ratificaba. Él no era ese “macho” poderoso, viril, que andaba haciendo hijos por todos lados, siempre pistola en la cintura y listo para liarse a golpes con quien osara contradecirlo. No, en absoluto: Terencio era todo ternura, suavidad. Le gustaban las mujeres, pero nunca había andado tras de ellas como si fuesen trofeos de caza, tal como hacía su padre. Ni tampoco competía para ver cuántas copas tomaba antes de caer borracho. Él era distinto, y estaba muy orgulloso de eso.

Había tenido noviazgos ocasionales, pasajeros. De momento, ninguna relación sería. Como abogado joven, su situación económica no era precisamente brillante: sobrevivía en forma bastante magra, sin recibir nada de su padre, a quien veía cada vez menos. Él, por lo pronto, era un estoico, muy sobrio en sus gastos. Casi no bebía, jamás había utilizado drogas, nunca visitó un lupanar. Al encontrarse con esta inesperada herencia, su vida se alteró. Un considerable hato ganadero, numerosos cultivos tropicales (azúcar y hule en especial), árboles frutales, más todas las instalaciones de una hacienda hecha a la alta escuela, proporcionaban una renta anual envidiable. Terencio cambió su estilo de vida.

Fue un cambio moderado. Mantuvo a los mismos administradores que habían manejado la heredad durante la vida de su padre. Después de la muerte de él, solo en una ocasión visitó el terreno; la vieja casona, donde se había criado en parte y visto pasar tantos hermanos y hermanas, le traía recuerdos agridulces, más amargos que nada. Por eso prefirió dejar el manejo contable en mano de terceros. Ser un hacendado no era para él; menos ahora, ya hecho a la vida urbana por completo. La renta que mensualmente le llegaba era mucho más que suficiente para cubrir sus gastos. Vivir en la hacienda se le hacía espantoso; el recuerdo de tantos hermanos, o hermanastros más precisamente, que veía desfilar se le tornaba sobrecogedor. Prefería no pensar en eso.

Como parte del cambio que se comenzaba a registrar, decidió darse algunas gustos. O, más precisamente, hacer ciertas cosas que, hasta el momento, no se había permitido. Le resultaban casi chocantes, esnobismos que se le antojaban casi absurdos en algunos casos, pero que debía conocer para saber de qué se trataba. Así, por vez primera en su vida, asistió a una corrida de toros, se hizo lustrar los zapatos por un lustrabotas, viajó en avión y pensó en recibir masajes.

Esto último lo asociaba con algo sibarítico, un lujo extravagante, bizantino, reservado solo para gente ociosa. Esa era su visión, cargada de una férrea moral que trataba de distanciarse de las conductas de su papá, a quien cada vez más

consideraba un procaz libertino repulsivo. No podía procesar que alguien engendrara tamaña cantidad de hijos y luego no se hiciera cargo de ellos.

La casa de masajes que visitó no era, como tantas otras, un prostíbulo escondido; era, simplemente, un centro de relajación y terapia quiropráctica. La masajista que lo atendió era una hermosa mujer de más o menos su edad. A Terencio le dio mucha vergüenza quitarse la ropa, pero entendió que no había otra alternativa. En realidad, a eso había ido, a recibir esos masajes para desprenderse de toda contractura.

La sesión le resultó altamente relajante. Le gustó mucho, tanto como la masajista que lo atendió. Por todo ello decidió volver. No solo lo hizo una vez; terminó convirtiéndose en un cliente frecuente. Por fin un día, tomando valor, invitó a salir a la muchacha.

Lo que continuó fue un romance profundo, donde ambos fueron adentrándose cada vez más en la vida del otro. El enamoramiento fue mutuo, muy hondo, y el sexo no tardó mucho en llegar, apasionado, fogoso. Después de unos pocos meses, comenzaron a pensar en casamiento.

La primera duda se le despertó a Terencio cuando le preguntó a Yahaira por su origen, dónde se había criado, quiénes eran sus padres. La joven respondió con total soltura que pasó algún tiempo en la hacienda L., en el departamento de M. Allí vivía con varias empleadas domésticas y varios hermanos y hermanas. De su madre no recordaba nada. Prefirió no preguntar más, y el noviazgo siguió adelante. Si bien ninguno de los dos lo buscó en forma explícita, llegó el embarazo. El amor que se profesaban disipó cualquier duda en Terencio, y la boda se planificó con premura. El joven, aún teniendo la posibilidad de una fiesta fastuosa, prefirió algo mucho más modesto, más íntimo. Yahaira casi no tenía familia, unas hermanas con las que casi no mantenía relación, y él, solo algunos amigos abogados.

Cuando el muchacho, en forma casi casual, llegó a saber el nombre del padre de su prometida, quedó estupefacto. Era la misma persona que su progenitor, el tristemente famoso hacendado don Tiburcio J., ese "*promiscuo deleznable*" célebre por la cantidad de descendencia que había traído al mundo.

La muchacha tenía un vago recuerdo de aquella época de su vida rural; recordaba, entre una niebla que no dejaba ver bien el pasado, que su mamá nunca había vivido con ella en la hacienda. Solo un tiempo en una aldea cercana, antes de ser instalada de niña con quien le decían que era su padre. Después de su paso por la hacienda Yahaira había ido a parar a una familia de la capital, donde se crió hasta los dieciocho años. A esa edad se independizó y comenzó una suerte de martirio con un casamiento fallido, un rápido paso por un club nocturno donde trabajó como camarera —"*¡nunca con clientes!*"—, se apresuró a aclarar— y luego el curso de masajista, que nunca terminó formalmente, pero que le permitió entrar al spa actual, donde ya hacía un buen tiempo prestaba servicios.

Terencio, muy poco tiempo antes del casamiento, no resistió la duda angustiante que lo taladraba día y noche le preguntó abiertamente a la joven: “¿no había un niño en la casa patronal, siempre con semblante triste, a quien don Tiburcio trataba con especial cuidado?”

“Sí, muy a lo lejos, recuerdo que sí”.

“¿Qué más recuerdas de él?”, inquirió Terencio con fuerza.

“Nada, nada más... Creo que nunca llegué a hablar con él. Se mantenía en la casona, casi no hablaba con nosotras, las niñas”. Yahaira comenzó a sentir que allí había algo grande, pesado. El tono que iba tomando su novio lo dejaba entrever.

Terencio sentía que no podía continuar hablando. El peso de una historia incontable lo paralizaba. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Yahaira trataba de entender qué pasaba, pero el silencio y la distancia del muchacho lo impedían. Finalmente, con un rostro trastocado por la emoción, enrojecido, desencajado, el novio pudo balbucear:

“No creo que sea posible casarnos. Y menos aún, tener ese hijo”.

“¿Qué?!” , respondió alterada Yahaira, casi fuera de sí.

“Es que... no podemos. Sería un pecado. Nos iríamos al infierno”. Guardó un silencio sepulcral por algunos instantes. “Ambos somos producto de un pecador irredento, un monstruo sin alma que nos orilló a cometer este acto blasfemo. Pero, por gracia de dios, pudimos descubrir lo injurioso, la mácula imperdonable a la que nos acercamos sin saberlo, y estamos a tiempo de detener todo”.

La muchacha, totalmente desconcertada por estas palabras, no atinaba a saber si estaba escuchando un chiste de mal gusto o un afiebrado delirio de su amado. Detener el casamiento le parecía descabellado, pero más aún le parecía no seguir adelante con el embarazo. No encontraba respuesta a toda esa declaración, fogosa sin dudas, que parecía honesta, pero que no guardaba la más mínima lógica.

Interrogado con vehemencia por Yahaira, en medio de un llanto que se había tornado incontenible, Terencio pudo pronunciar casi tartamudeando:

“Es que somos hermanos”.

El muchacho nunca contó cómo se operó el cambio. Hubo quien dijo que eso era brujería hecha, o mandada a hacer, por Yahaira. Lo cierto es que el niño nació –un varón de siete libras de peso, sano, robusto– y fue bautizado como Fidel, y el matrimonio se consumó. Nunca más Terencio volvió a hablar de ese lazo sanguíneo. La vez que su esposa, andando los años, le comentó sobre la posibilidad de hacer una prueba de ADN para establecer con exactitud si había algún grado de parentesco, el joven la desestimó con fuerza. Tampoco nunca quedó claro cómo

fue, quién lo hizo ni el propósito perseguido con esa acción, pero la tumba de don Tiburcio fue profanada y sus restos mortales jamás aparecieron. Terencio hoy encabeza un movimiento por las nuevas masculinidades. La segunda hija se llama Rosa. El devenido hacendado se practicó una vasectomía.